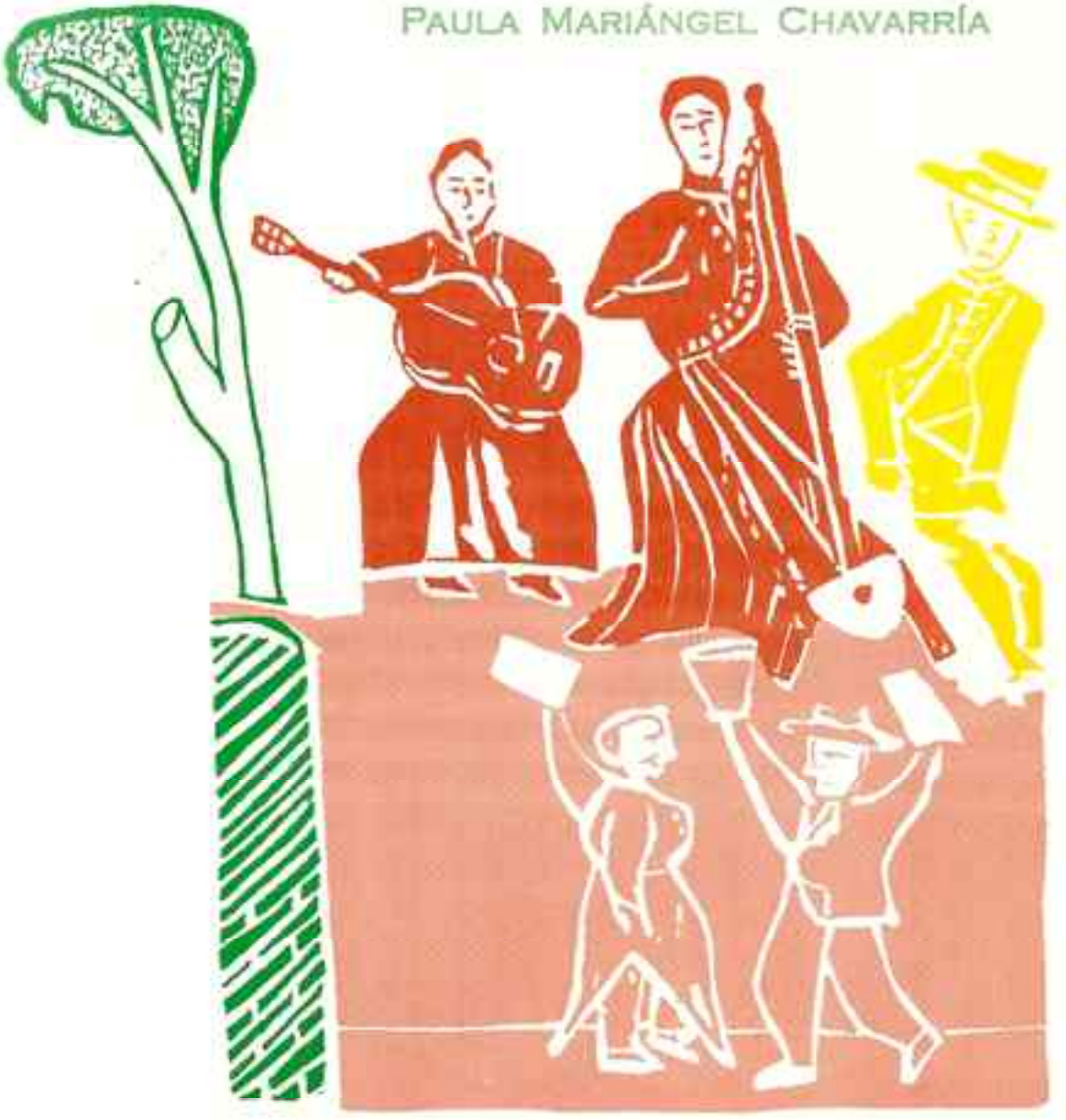
Canto, Palabra y Memoria Campesina

Isabel Araya Olmos
Patricia Chavarría Zemelman
Paula Mariángel Chavarría



Fondart 1996

C A N T O,
P A L A B R A Y
M E M O R I A
C A M P E S I N A

Isabel Araya Olmos
Patricia Chavarría Zemelman
Paula Mariángel Chavarría

Dedicamos este trabajo a cada una de las mujeres que, con paciencia y alegría, nos abrieron las puertas y admitieron en sus vidas.

Esta investigación y este libro han sido posible gracias al financiamiento del Fondo de Desarrollo de la Cultura y las Artes,
FONDART.

Dibujo de portada: Grabado de una Lira Popular,
gentileza de Micaela Navarrete.
Transcripción de partituras: Rodrigo Mariángel
Diseño y diagramación: Yanko González Cangas

Todos los derechos reservados. Se autoriza la
reproducción parcial mencionando la fuente.
Inscripción # 100.367 ISBN # 956-272-705-X
© Isabel Araya, Patricia Chavarría Zemelman y
Paula Mariángel Chavarría.

Este libro se terminó de imprimir en agosto de 1997, en
los talleres de Tecnoimprenta Color. Ltda.
Ernesto Riquelme 499, Valdivia,
bajo el cuidado de Yanko González Cangas.

La guitarra es permitida
donde no hay profanidad
porque es parte de la gloria
es gracia que el Señor da.

En esta guitarra quiero
comunicar mi pasión
vaya afinada primero
para explicarla mejor.

Quiero tirarle las cuerdas
que queden todas iguales
el soncito de los bordes
son mis tormentos y males.

Y el son de los bordones
que atormentan a mis brazos
cuando tengo mayor pena
con mi guitarra la paso.

Licencia le pido al cielo
y a mi guitarra un sentío
que se quiere lamentar
un corazón afligía.

Citado del Folclor Chileno

PRÓLOGO

La escritura de la historia desde los protagonistas, o sea, la escritura de la intrahistoria es lo que hacen estas cantoras de Curanipe. Cuando la historiografía, la filosofía, la estética empiezan a preocuparse de la cotidianeidad como lugar antropológico donde ocurre la vida en su revelación más directa, la palabra de estas mujeres viene a patentizarnos cuales son las fuentes reales que alimentaron la vida del pasado, cuales son los trazos relevantes con los que hay que esbozar el perfil de nuestra identidad.

Ellas nos entregan inapreciables significantes con que atisbar hondos, complejos significados. Significantes constituidos por imágenes y símbolos que recogen lo más representativo del espacio, del tiempo, del acontecer de un pasado que se siente ido. Dolorosamente ido.

En estos testimonios hay imágenes de espacios que son como rupturas por donde alumbra otra dimensión del campo y del pueblo chileno. Un campo con los rasgos identificadores del paisaje maulino donde destacan robles, peumos, lingues con su porte, aroma y colorido inconfundible.

Hay imágenes de casas herederas de una tradición hecha por y para el diálogo entre el habitante y su entorno. Casa como útero donde se nace, se crece y se muere, el alma y el cuerpo del hombre en armonía con el alma y el cuerpo del mundo.

Sus palabras tienen el don de poner en órbita un modo de entrañar el tiempo. Un tiempo no ajeno ni hostil, violentador, violador del ritmo humano, sino uno disponible servicial para que la experiencia humana ocurra tomándose todo el tiempo que necesita para ser en plenitud. Tiempo como ya no va quedando, porque se ha impuesto el tiempo chatarra de los relojes que hacen chatarra la vida de los que caen bajo su imperio. Este tiempo chatarra induce a sustituir el ser por el tener y con el tener, consumir la vida consumiendo. Esta triste versión del desarrollo no está en las palabras de la vida de las cantoras de Curanipe.

De estas palabras luminosas surge un vivir como acontecimiento personal, familiar, comunitario. Acontecimiento asistido por la maravilla de lo previsible que avienta la «lata» y el tedio, de una parte y, de otra, por la confianza de la fe de que todo está previsto. Entre sorpresa y certidumbre avanza el calendario y la existencia jalonados por acontecimientos de encuentro en el trabajo y en el ocio. Los trabajos en familia, en comunidad (los mingacos) marcan las siembras, las emparvas, las trillas, las cavas con el signo humanizador de lo personalizante y solidario. El trabajo de la tierra enriquece a la experiencia humana al ponerla en contacto con los procesos creadores de vida. Pone piel a piel al hombre con la madre tierra y su entraña fecunda. Le posibilita al hombre ser co-creador del misterio de la vida.

Por esto la agricultura es esencial para un país. Educa como ninguna escuela, para respetar y multiplicar la vida. La agricultura no es cultivo de la tierra por el hombre. Es cultivo del hombre por la tierra. Por esto su valoración no puede ser entregada al mercado. El mercado entiende de precios, no de estos valores.

El testimonio de las cantoras ilumina el sentido humanizante de los acontecimientos del ocio: las fiestas, especialmente de los santos. Sus palabras ilustran cómo la red de parentesco vincula a la familia campesina con la familia celestial. Llevar talo cual nombre no es indiferente. El nombre marca, entraña un sistema de correspondencias entre la gran familia, la terrestre y la celeste, la humana y la divina.

Hoy sufrimos el desencanto de la post-modernidad. En el testimonio de las cantoras se percibe el encantamiento de una humanidad que siente la asistencia solidaria del entorno humano, cósmico y divino.' .

¡Misterio de una economía regulada por la experiencia de la encarnación! El hombre, espíritu encarnado, en sus momentos de exultación, contacta con el espíritu y el cuerpo del mundo y del transmundo. Esto es la fiesta: experiencia de encuentro gratificante del hombre consigo mismo, con los otros, con el entorno, con Dios y sus santos.

¡Cómo cantan y bailan las palabras y las frases con que las cantoras cuentan el sentimiento maravillado de la fiesta! ¡Cómo se siente transfigurado el espacio, el tiempo, el acontecer! ¡Cómo las celebraciones trabajan con un tipo de duración que «pide rienda» y desborda un día, tres días, cinco días, tan, tan plenos que la voz de la cantora no enronquece! ¡Y el repertorio de sus cantares no se agota ni se repite! ¡Cómo en este acontecer no falta ni comida, ni bebida, ni alegría, ni respeto! Este es el encantamiento del hombre y el mundo, producto de la experiencia original de la encarnación: cuando la armonía, el ritmo, el timbre y el tono de la voz y la guitarra se encarnan en los festejantes y su son y su sentido trasciende a las personas, traspasa las casas, convoca los ecos de las montañas y emociona a los astros de lo alto.

La cantora es una figura emblemática, es la oficiante del rito sagrado del encuentro. Ella no sólo aporta a la historia local, regional, nacional. Sus canciones engastadas en los acontecimientos claves de la vida -bautizos, casamientos, velorios, trillas, novenas, santos- son algo más que documentos; son monumentos, esto es, encarnaciones vivas de la historia. La cantora y su quehaceres un monumento por el que respira la vida, la memoria y sentido vital de una cultura.

Figura ritual, encarnación del sentido, ~tesis armónica de una manera sabia de entender la existencia, la Cantora es lugar de encuentro de las vertientes más Variadas de la vida campesina.

Ella es cantora pero es también rezadora, partera, santiguadora, médica, locera, costurera, huertera y jardinera. Algo del perfil sagrado de la machi ha pasado a ella. Su guitarra tiene dejos de cultrún. Su canto tiene cadencia de entraña.

El canto es «una virtud» que se hereda. Con él se hereda la fuerza, la gracia, la peculiaridad de la estirpe. No es la cantora la que elige el canto; es el canto el que elige a la cantora. Por eso la cantora no se administra, no se mercadea. La necesidad de canto de la comunidad es la que determina su actuación. Con la vocación por el canto ella recibe el mandato de su disposición, su disponibilidad para estar donde su arte sea requerido. A su vez, su arte le esclarece cuáles son los requerimientos dignos de su arte. Por esto también la cantora no canta por pago sino por amor. Es porque aquí, todavía, el arte no tiene precio. No es mercancía. Su servicio a la comunidad es tan alto que ésta entiende que no se lo puede pagar con la moneda vulgar y corriente. ¡Entiende que «amor con amor se paga»!. Nada más y nada menos.

La cantora es creadora de belleza. De una belleza que viene de muy atrás, de muy adentro y que convoca lo profundo y permanente de su cultura. Su canto desencadena el canto de la comunidad. La cantora oficia su arte, su arte revela y crea identidad personal y plural.

El canto no es sino cuando se concierta con el toquío y éste no es sino cuando se acompasa con el tañeo y éste se siente siendo cuando modula el ritmo de los danzantes y estos diversos frentes sólo se certifican de estar siendo de verdad cuando son confirmados por el concierto de las palmas de toda la concurrencia. La cantora es la que ayuda a su pueblo a dar a luz su identidad. Lo da a luz y lo cría. Su canto lo arraiga y lo proyecta. Lo amamanta con la fe, la esperanza, el amor.

Antes, en todas las familias se hacía música y música propia. Hoy en casi ninguna se hace. Ha sido erradicada de las escuelas, de la familia, de la sociedad. Ya no se hace vida familiar ni musical. Antes se hacía. Por esto las palabras y el arte de las cantoras hablan de un tiempo pasado como mejor. Había más pobreza, había más sufrimiento, había más ignorancia, pero, a pesar de eso, había más riqueza de sentimiento, más alegría y entusiasmo de vivir, había más sabiduría. Había más calidad de vida. Y esta calidad tenía su revelación, su epifanía en los acontecimientos de encuentro, del trabajo y el ocio fecundo, en las fiestas sagradas y profanas donde el tener, el poder y el valer encontraban su sentido. El tener como tenerse y tener espacio y tiempo disponible para lo esencial, el poder como acceso a Lo Otro que te revela tu infinitud, el valer como comportamiento de tu transcendencia frente a la aventura de la vida y la muerte.

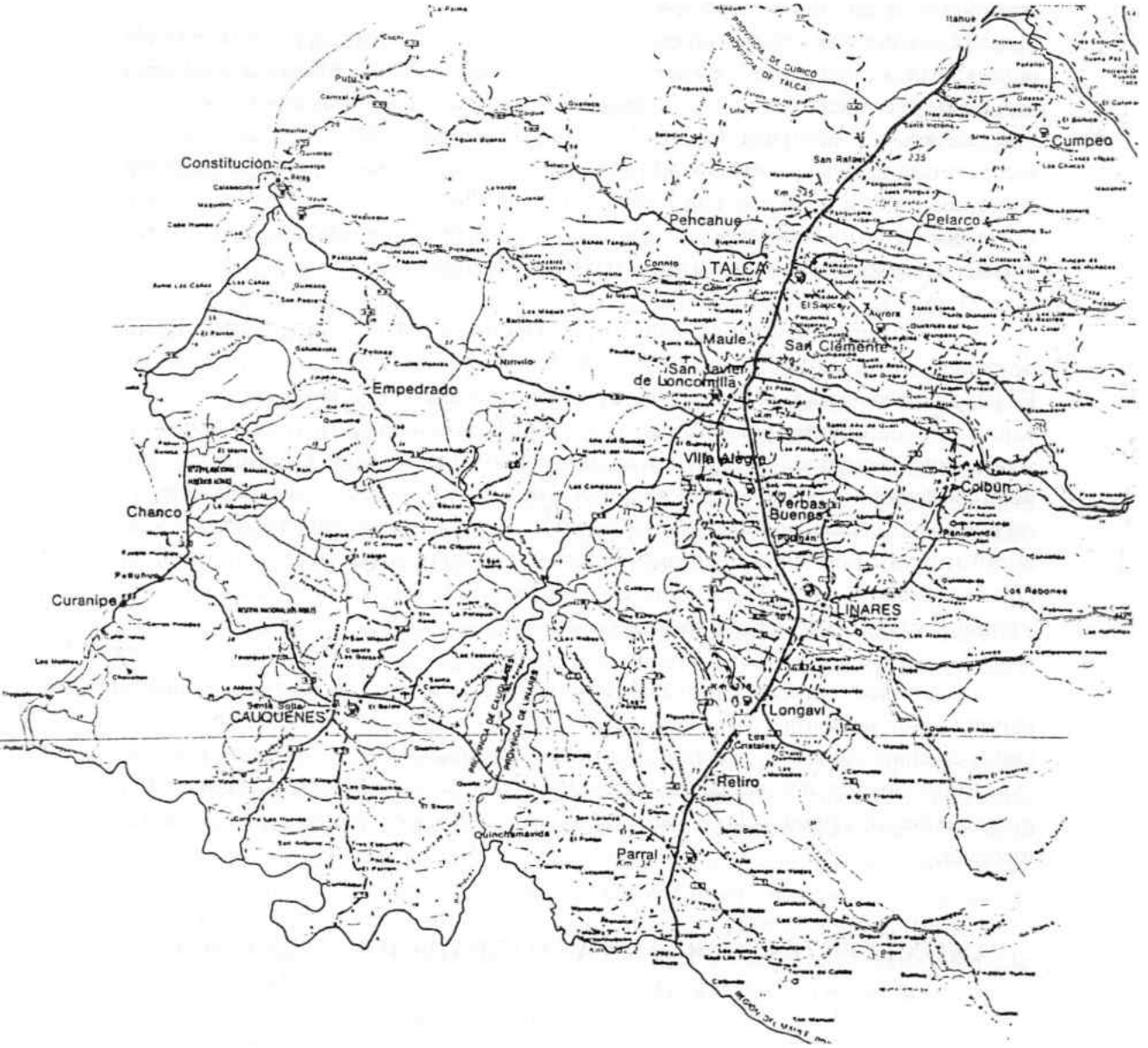
Este libro es el mejor aporte que puede recibir el pueblo de Curanipe. Aporte al rescate y valoración de su patrimonio intangible sin el cual el patrimonio tangible es pan para hoy y hambre para mañana. Es un aporte esencial

a su desarrollo. No hay desarrollo sin cultura y no hay cultura sin identidad. Abriéndole paso a la identidad, a la cultura y al desarrollo está la creación artística. El arte de las Cantoras de Curanipe, arte individual y comunitario, está en las páginas de este libro, revela la raíz y la vía para un auténtico desarrollo.

Gracias a Patricia Chavarría, a Paula Mariángel y a Isabel Araya por este don inapreciable. La comunidad de Curanipe, de la Región del Maule, de Chile entero no tiene con qué pagarles este precioso don. Rescate de pasado que debiera ser inversión para el futuro.

Prof. Fidel Sepúlveda Llanos

MAPA DE LA PROVINCIA DE CAUQUENES



INTRODUCCIÓN

Cuando comenzamos con la idea de realizar este libro, pensamos en la necesidad de rescatar y revalorar, por medio del texto, la importancia de la cantora tradicional al interior de la comunidad campesina. Sin embargo, a medida que desarrollábamos nuestro trabajo de campo, en donde compartimos parte de su vida cotidiana -de la casa y la familia- fuimos abriendo nuestros ojos a un mundo de relaciones mucho más complejas, en el cual, la mayoría de las veces encontrábamos, además de una cantora, una santiguadora, rezadora o' quita empachos. Poco a poco, pudimos reconocer, entonces, que este mundo tenía características propias que lo presentaban como una cultura particular con historias, temporalidades y sujetos que mantenían vivos, por medio de la experiencia, lenguajes propios, de palabras heredadas y saberes cotidianos, suspendidos entre lo mundano y lo trascendente.

Así, fuimos dándonos cuenta de que el texto era sólo un pequeño instrumento de expresión a través del cual podríamos esbozar la complejidad del mundo campesino. El impacto emocional, el recogimiento y respeto que reflejaban los rostros de las cantoras, y de quienes escuchaban, al interpretar una tonada, nos invitaban a un sentimiento de comunión que creíamos casi olvidado. La poesía era parte indesligable de su cotidianeidad; en los versos, canciones y melodías encontrábamos aquello que sus relatos no nos decían, no mostraban. A pesar de la riqueza de las historias de vida y de nuestro impulso por reinterpretarlas y recrearlas, sentíamos que faltaban sus voces. Fue algo en conjunto, una experiencia que nos reafirmó la idea de grabar también sus cantos, y editar el cassette que acompaña a este texto.

Ante todo, sabemos que este pequeño esfuerzo sólo forma parte de un interés particular por acercamos a una cultura tan diferente pero tan cercana a la vez. Por lo tanto, creemos en la necesidad de abrir distintos espacios de canalización para las expresiones locales, a través de las cuales se puede sustentar una identidad que pugna por permanecer, a pesar de.la globalización y de las nuevas e imperantes relaciones de mercado.

ANTECEDENTES SOBRE EL CANTO TRADICIONAL EN CHILE

El canto campesino es una tradición arraigada en nuestro país, cuyo origen se remonta a los albores de la Conquista y Colonia de América. Los versos, canciones, romances, y otras expresiones líricas populares, fueron traídos por soldados y funcionarios de la Corona española, principalmente de origen andaluz[1], y se esparcieron por toda América Latina, para constituir, hoy en día, parte

[1] Maximiliano Salinas. Historiado del Pueblo de Dios en Chile. Ediciones Rehue. 1987.

importante del acervo folclórico de nuestros pueblos. Esta herencia cultural ibérica, conducida en el tiempo por la tradición oral, poco a poco formó parte del Nuevo Mundo y sus culturas.

Entre los agentes más importantes para la popularización del canto tradicional, se cuentan los misioneros franciscanos y jesuitas, quienes, en el siglo XVI, hicieron uso de la décima glosada como instrumento de evangelización. Esta se sostuvo y proyectó alrededor de la música, que constituía un medio de expresión ritual fundamental para todos los pueblos. Con el tiempo, el mundo popular recurre y comienza a apropiarse de estas formas métricas para contar los sucesos cotidianos y extraordinarios, mundanos y sagrados, que les son propios. De tal modo, irán alegrando y recreando, entonces, tanto celebraciones religiosas como fiestas y reuniones que pueblan su cotidiano.

Sin embargo, a medida que el proyecto independentista de la nación se consolida, dicha expresión poética-musical va siendo olvidada por las clases altas y centros urbanos. Poco a poco el canto tradicional se irá replegando y refugiando en el mundo campesino.

> «En algunos pueblos del Valle Central y en sectores agrícolas, se desarrolla un tipo de poesía netamente popular del cual son vivo ejemplo el contrapunto y los cantos a lo divino y a lo humano sobre formas poéticas popularizadas en siglos anteriores (...) Pero las clases altas se han apartado de ella, ya no se preocupan de difundidas y creadas. La poesía popular y tradicional se ha refugiado en las clases bajas, especialmente en la campesina».[2]

De acuerdo a lo mencionado por el profesor Rodolfo Lenz, durante el siglo XVIII, ya se delineaban en la poesía popular de nuestro país dos ramas características: la femenina, la cantora, y la masculina, el pallador.

> «Es un rasgo mui característico de la poesía popular chilena el que se divida rigurosamente en una rama masculina i una femenina. Cada una de ella tiene sus argumentos, su métrica, su canto i sus instrumentos particulares i propios (...) Las cantoras cultivan así la lírica liviana, el baile i cantos alegres en estrofas de cuatro i, a menudo, de cinco versos; sus instrumentos son el arpa i la guitarra. Los hombres, en cambio, se dedican a los escasos restos del canto épico (romances), la lírica seria, la didáctica; la tesón (controversia poética, llamada «contrapunto»). La forma métrica preferida es la décima espinela i su instrumento es el sonoro guitarrón».[3]

[2] Gabriela Pizarro y Romilio Chandía. Veinte Tonadas Religiosas. Ediciones Gabriela Pizarro. 1993 p. 25.
[3] Rodolfo Lenz. Sobre la Poesía Popular Impresa en Santiago de Chile. Imprenta Universo. 1919 p.43-44.

Tal como lo establece esta clasificación, el canto femenino se sitúa dentro de la lírica liviana, asociado, por lo tanto, a espacios más profanos, mientras que los hombres desarrollan una lírica de carácter serio, diferenciando también su forma métrica y los instrumentos empleados. El cantor «apoetado», por medio de su canto «a lo divino y a lo humano» adquiere un rol significativo en las celebraciones religiosas, ya que es capaz de conectar el cielo y la tierra. Mientras tanto, en aquellas festividades como matrimonios, ramadas u otras, la cantora conserva un estilo musical que podríamos denominar «festivo» y que forma parte de la vida cotidiana campesina, más allá del calendario religioso.

Uno de los pocos investigadores que ha mencionado cómo funcionan estas diferencias dentro del contexto campesino, ha sido Juan Uribe Echeverría, quien en sus investigaciones de terreno cuenta:

«Al varado nos brinda unas décimas ala humano (...) El sortilegio se interrumpe cuando los veraneantes piden tonadas y cuecas. Alvarado se niega a lo que él llama «cantos de mujer».[4]

«Doña Ana María Cantillana Viera (...) Su fuerte eran las tonadas, villancicos de Navidad, las cuecas y parabienes a los novios, repertorio que había aprendido de su madre, doña Vicenta Viera. Doña Ana cantaba, también, a lo poeta, versos a lo humano y a lo divino. Entonces advertía -Ahora les cantaré versos de hombre y la entonación de hombre tendrá que ser (...) Voy a transponer la guitarra-».[5]

«Don Rosalindo se negaba a cantar tonadas y cuecas (...) Son cantos de mujer, nos decía».[6]

Si bien podían darse situaciones excepcionales, en las cuales una mujer interpretara cantos a lo humano y lo divino -como doña Ana María Cantillana o la famosa palladora Rosa Araneda-, se mantenía la idea de una actividad propia del mundo masculino.

No obstante, a lo largo del tiempo, estas distintas expresiones han tomado rostros singulares de acuerdo al área geográfica en la cual sedan. En la zona centro-norte de nuestro país, vemos, por ejemplo, cómo la existencia del cantor «apoetado» guarda su singularidad por medio del canto en décimas. A su vez, en la zona centro-sur, la cantora es quien adquiere un papel protagónico, animando fiestas con tonadas, valses y cuecas. En algunos sectores también se pueden encontrar tonadas de corte religioso, las que, tal como el cantor a lo divino en celebraciones de este tipo, interceden entre lo mundano y lo sagrado a través de

[4] Juan Uribe Echeverría. Folklore de Colliguay. Editorial Universitaria. 1965 p. 131.
[5] Juan Uribe Echeverría. Cancionero de Alhué. Editorial Universitaria. 1964 p. 43.
[6] Ibid.

sus versos.

En el caso del Sector Secano Costero de la provincia de Cauquenes, VII región, área de nuestro estudio, la cantora ocupa un espacio privilegiado en tanto ejecutara de la guitarra y el canto, pese a los cambios que han sufrido las actividades festivas en las cuales participa. Si antes la celebración de novenas y santos, tales como San Francisco, las Cármenes, San Juan o velorios de angelitos, eran su actuar principal, hoy en día su participación se desplaza también a ramadas, paseos, choclones[7] o cualquier otro tipo de reuniones en el que se quiera disfrutar de un ambiente de alegría y comunidad. Así mismo, a pesar de que el canto ha sido tradicionalmente sólo de competencia femenina, desde hace unos cincuenta años se ha venido produciendo un lento proceso de transformación y redefinición dentro de este oficio, lo que ha conducido a la incorporación de algunos varones como «cantores», incluyendo nuevos repertorios y formas musicales tales como las rancheras o corridos mexicanos. Lo anterior da cuenta de las posibles resignificaciones que puede estar adquiriendo el canto, en tanto componente substancial de la identidad campesina.

IDENTIDAD Y CULTURA CAMPESINA

Para entender el oficio de cantora tradicional más allá de su rol recreativo y amenizador, quisimos integrar en este apartado algunas pequeñas reflexiones en tomo a las nociones de cultura e identidad campesina. Pensamos que si bien el concepto de «cultura tradicional» ha sido ampliamente utilizado, esto no ha significado una necesidad de pensar y replantear sus contenidos, y quienes se han acercado a ella han centrado su atención fundamentalmente en hechos más que en cuestiones de «sentido cultural». Comúnmente, se han privilegiado los hechos folclóricos (cantos, danzas, comidas, cuentos, adivinanzas), enfatizando su condición de «pintorescas» expresiones populares, desde una mirada que muestra a una cultura estática con ciertas «supervivencias» rurales, mantenidas hasta hoy pero, a fin de cuentas, condenadas a desaparecer.

> «Lo folk es visto como algo similar a Europa, como una propiedad de grupos indígenas o campesinos aislados y autosuficientes, cuyas técnicas simples y poca diferenciación social los preservarían de amenazas modernas. Interesan más los bienes culturales que los actores que los generan y consumen».[8]

Sin embargo, creemos que al hablar de la cultura tradicional y del canto

[7] Concentraciones en apoyo a un candidato político

[8] Néstor García Canclini. Culturas Híbridas. Estrategias para Entrar y Salir de la Modernidad. 1992 p. 196. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, Argentina.

campesino, estamos haciendo referencia a sujetos particulares con sentidos propios, producto de una historia y experiencia distinta. El mundo rural no se contrapone al urbano ni tampoco resulta ser una etapa anterior a éste, que aún no ha sido favorecida con la llegada de la «modernidad». Cuando hacemos referencia a la oralidad, a la tradición y a estas formas tan particulares de habitar el mundo, estamos hablando de personas con un sentido colectivo que acomodan y reacomodan sus fronteras identitarias a partir de una memoria histórica y una experiencia concreta anclada en las vivencias, más allá de construcciones formuladas bajo categorías del logos.[9]

Lo anterior nos permite reconocer no sólo a «la cultura campesina» como un abstracto, sino a sus múltiples manifestaciones de acuerdo al contexto geográfico e histórico en el cual nos situemos. Así mismo, pensamos que las identidades surgidas en tomo a ellas no son estáticas e inmutables sino que sufren un proceso de transformación constante, desechando y reapropiándose de elementos que permiten su existencia en un mundo tan fragmentado y globalizado como el nuestro, donde las posibilidades de información y los mercados simbólicos son demasiado amplios.

En Pelluhue, Curanipe y Chanco, localidades importantes de la zona Secano Costero y centros intermedios, donde confluyen poblaciones flotantes en temporadas veraniegas y se encuentran sujetos venidos de este Otro urbano y este Otro campesino, las fiestas encarnan manifiestamente estos hibridismos simbólicos[10]. Allí se encuentran el mercado, la feria con sus haberes artesanales, sus plásticos y ropería, y también los cantos, el baile y la alegría.

La identidad campesina no se compone de elementos predeterminados y esencializados en un tiempo pasado. Esta se construye y reconstruye permanentemente y, por lo tanto, se hace necesario, al momento de estudiarla, considerar tanto sus continuidades como sus transformaciones.

Finalmente, para reconocer cómo son comprendidas estas persistencias y variaciones, debemos refugiamos en los mismos sujetos que las viven en tanto experiencias. Aquí, las cantoras campesinas relatan sus historias, de mujeres rurales nacidas en Pilén, Salto de Agua, Canelillo y otras localidades de la zona, crecidas e imbuidas en mundos donde la identidad campesina se recrea, se hace palpable y visible.

LAS HISTORIAS DE VIDA Y SU RECOLECCIÓN

[9] Sonia Montecino «Identidad Femenina y Modelo Mariano». En Revista Estudios Públicos, Invierno, W 39. Santiago. Chile. 1990.

[10] Tomamos el concepto de «hibridismo» del mexicano Néstor García Canclini, quien lo utiliza para comprender la coexistencia de diversos modos de producción de la cultura, la multiplicidad de discursos y el cruce de elementos simbólicos de origen heterogéneo, que en ella se dan. Ver Culturas Híbridas...

El trabajo de recolección de información para la elaboración de este material fue hecho en el transcurso del año 1996. Durante dicho período recorrimos las localidades de Chanco, Pelluhue, Curanipe, Las Pocillas, Peúño, Chovellén, Canelillo y Salto de Agua, en busca de alguna señora que nos contara acerca de la guitarra y el canto. A medida que conocíamos a la gente y nos integrábamos a la vida del pueblo, fueron surgiendo algunos nombres y referencias que nos llevaron hasta ellas.

Demás está decir que no sólo conocimos y supimos de estas siete cantoras. Hacia la montaña, más allá de los pequeños centros poblados, se refugiaban muchas otras. Sin embargo, al momento de pensar en quiénes serían las que incluiríamos dentro de este libro, prevalecieron tanto las relaciones de empatía que se fueron generando, como otros criterios más manejables dentro de la investigación. En este sentido, decidimos recurrir a aquellas más renombradas y célebres de la zona (a las que podríamos denominar «cantoras de oficio»), como aquellas acostumbradas a cantar en fiestas pequeñas y familiares («que se aplican a tocar», de acuerdo a su propia definición). Además, intentamos recoger historias de mujeres con experiencias y ciclos de vida diferentes.

Fue así como surgieron las historias de Rosa, Blanca, Fresia, María Alejandrina, Carlina, Ester y Estela. Con cada una de ellas compartimos tardes enteras, conversando, cantando y recordando. Estuvimos en sus cocinas, tostamos y molimos trigo, ayudamos a hacer roscas y mote, recogimos verduras de la huerta y fuimos parte de su vida cotidiana. También participamos en algunas actividades de la comunidad. El 18 de septiembre, por ejemplo, celebrado con ramadas, muertes de chancho y carreras a la chilena. O la elección de alcalde y concejales, el día 27 de octubre, con todos los preparativos previos durante el período de campaña. Las concentraciones o «choclones» agrupaban a los vecinos de distintas localidades y, además de los discursos pronunciados por los candidatos, éstos se animaban con empanadas, vino y cantora.

La experiencia acumulada en esta etapa de trabajo rebasa todo aquello que podamos entregar a través de este libro. Aquí, hemos dejado fuera expresiones, gestos y silencios que muchas veces resultan decidores para los relatos. A su vez, la omisión de nuestras voces, tampoco significa que no hayamos participado en la elaboración de ellos. Hemos intervenido en las entrevistas por medio de nuestras preguntas y, posteriormente, realizando un proceso de ordenación y estructuración de las narraciones, lo que nos convierte, en cierta medida, en co-autoras de estas historias.

Con todo, hemos intentado conservar la particularidad e identidad que distingue a cada relato. Quisimos comenzar con la vida de la señora Rosa Hernández, ya que en ella se plasma una forma de ser muy propia de la zona, pero a la vez desconocida para el mundo urbano. La señora Blanca Torres, por su parte, nos da cuenta de una familia de cantoras, trasplantada en el pueblo, que recuerda

con nostalgia «la vida de antes». Luego, Fresia Osores, como una mujer joven, nos habla del canto y las nuevas generaciones; en ella, las cumbias y corridos mexicanos son parte importante de su repertorio. El relato de la señora María Alejandrina Torres, muestra el oficio de cantora como uno de los tantos saberes característicos del género femenino. La cocina, la huerta, el tejido y el canto, forman parte de las tareas cotidianas de la mujer en la montaña. Mientras tanto, la Señora Carlina Vega Cuevas nos traslada a otros espacios, en los cuales «todo es sentir». Sus canciones y la manera de interpretarlas sobrecogen por su emotividad. Cada verso está asociado a un recuerdo y, a veces, también a un dolor o pena de amor. La historia de la señora Ester Lepe, reseña la manera en que el canto es incorporado a la cotidianeidad. Entonces, no es necesario ser cantora de oficio para animar fiestas y celebraciones, también existen aquellas que sólo cuando pueden, brindan alguna cueca o tonada a la concurrencia. Finalmente, decidimos concluir con el relato de la señora Estela Castillo, la cantora más afamada de la zona, en el cual se reconoce a este oficio como parte constitutiva de la vida campesina. A través de sus palabras, queda de manifiesto la importancia que, para su gente, adquiere el canto y la guitarra.

Nuestro propósito a lo largo de todo este trabajo ha sido que por medio de sus historias, de sus palabras, se manifieste un sentido de vida en el cual el canto tradicional es parte de una identidad. La sabiduría y poesía que la cantora guarda dentro de sí, y expresa en sus versos y melodías, reflejan una cultura que no ha perdido su relación con el universo, la naturaleza y lo trascendente.

ROSA HERNANDEZ VEGA:

«MI GUITARRA ES MI COMPANIA, CON ELLA ME DIVIERTO Y CANTO»

Calles eternas y silenciosas casas de adobe, así es Curanipe. Un pueblo apacible por donde caminamos conversando de las nuevas experiencias que aquí hemos ido recogiendo. Hablamos de la gente de estos lugares y de su concepción de tiempo tan arraigada a un ritmo que se obstina en seguir los ciclos de la naturaleza. De pronto, divisamos a una mujer bajita y menuda, de pelo largo tomado en una trenza, que camina a nuestro encuentro y nos saluda cariñosamente: es la señora Rosa Hernández. Pese al evidente deseo de conversar, ella se excusa; debe regresar a Canelillo y la micra está por partir.

Cuando nos volvemos a ver, ya con más tiempo, aparecen sin timidez sugerentes e increíbles relatos. Asombran su capacidad y delicadeza para expresar lo que siente, para recrear un pasado. Sus historias nos dejan por largo rato en silencio absoluto, mientras sus recuerdos fluyen como leyendas de otros tiempos. En un lenguaje único y propio, nos va integrando a sus vivencias, un mundo rico y colorido: el suyo.

La señora Rosa Inés vive desde siempre en Canelillo, hacia el interior, a unos treinta kilómetros de Curanipe. Toda su vida ha trascurrido entre esos cerros. Con sesenta y ocho años y casada hace más de cuarenta con don Entor, continúa con su rutina de siempre: recolecta callampas y luego las vende, teje gorros y calcetines, mejora el empacho y canta. Así, entre estos quehaceres y el paso del tiempo, se esboza una forma peculiar de habitar el mundo, en el cual el canto y la guitarra tienen un sentido primordial.

LA NIÑEZ EN LA MONTAÑA

Yo nací en un lugarcito de Canelillo en el año 1930. Mi mamá no tuvo matrona porque era muy raro el vivir en esos años, así que nací en mi casa y mi abuelita Luisa la mejoró. De los hermanos fuimos nueve, pero se murieron cinco. Nos criamos cuatro mujeres no más, la mayor se llamaba María Isabel, la otra María Angélica, yo Rosa Inés y la más chica Flor María. Cuando yo nací se murió un hombre que se llamaba Luis. Ese falleció de la peste de alfombrilla, porque como no habían médicos en esos tiempos y mi mamá estaba recién de mí, no hubo quién le hiciera remedio. Después se murieron tres más, dos niñas y un hombre. De las cuatro, la final Flora se fue primero. Un día estaba lavando y enjuagando encima de una laguna cuando de repente se cayó y se ahogó. Después se murieron mi hermana Angelita y la Chabela, así que quedé yo sola con mis padres, pero ya estaba casá' cuando se murieron las otras dos.

Cuando estábamos chicas nosotras pasamos harta pobreza. Es que mi papá era muy borrachazo. Era trabajador pero era borracho altiro. Trabajaba con cochayuyo. Iba a venderlo al pueblo y cuando volvía a la casa llegaba por las

mismas, sin ni una cosa, así que iba por nojar[11] no más. Mi mamá por ahí se las arreglaba, pedía prestado, después ya pagaban y así pasábamos el hambre.

Pa' criarlos ella nos daba de mamar hasta bien grandes. Era tardiaza pa' tener los niños, a cada cuatro o cinco años venía a tener otro, no era na' como yo que tenía al año un niño. Así que nos criaba bienazo mamando. Y después nos daba comida. Me acuerdo que al fina'o Albornoz le íbamos a pedir papas pa' criar a la finá' Flora. Esa comía puras papas y yo pura chuchoca pelá', ninguna otra comida. Mi mamá cuenta que tenía que comprarme o sino pedir por ahí, encargarme y darme. Con cuero no me la comía y con porotos tampoco. Cómo me iba a alimentar, digo yo, ¡jante me crié y no me morí del hambre! ¡Quizás cuántos años comería lo mismo! Por eso fue que no crecí, por la chuchoca. ¡Buuh! yo las padecí mucho pa' criarme, porque fui tan mañosa pa' comer. Cuando se está chica se sufre muchazo. Se cría a pata pelá', sin zapatos y vamos pegándole no más.

En esos tiempos, en la montaña no se conocía ni el azúcar. ¡Quién veía azúcar o mate! Antes no se tomaba mate, no habían rushes pa' pintarse, polvos pa' afeitarse o cremas para la cara. ¡Nadie conocía esas cosas! De eso no había. Nosotros vinimos a tomar mate después que nos casamos, recién ahí lo conocimos.

Ya cuando más joven, pa' tener que comer, íbamos a vender avellanas a Cauquenes. Ahí estaba niña sí, estaba pololeando con Entor. Nos íbamos a pie, andando. Salíamos el jueves por media tarde, alojábamos en el Rincón y de ahí madrugábamos pa' allá y los íbamos. Llegábamos como a las dos, tres de la tarde a Cauquenes, cada una cargá' con su luna de avellanas, sus cocavines y sus trajines. Vamos tejiendo en el camino también. Llevábamos un paño de combinación hecho, y por el camino los hacíamos el otro y cuando llegábamos, lo lavábamos y lo vendíamos. Teníamos que vender las combinaciones mojá' s porque no se alcanzaban a secar. Pero ahí se trajinaba harto. Antes no había micra como ahora, así que había que trajinar así no más, a pie. Uno se mortificaba mucho cuando estaba joven.

Después, cuando me casé, ya no fue na' tanto, no pasé tanta hambre como cuando estaba soltera. Entor era borracho y mal genio pero nunca nos falló el quintal de harina. El, si no come pan, no está tranquilo, por eso nunca dejaba de comprar. De otra cosa no sabríamos tener, pero harina cruda había, siempre tenía que haber. ¡Ay! esos panes sí que me tenían aburrida. Nunca me gustó la comida de masa, me gustaba una vez o dos no más y después me cabreaba ligerito, pero así pasábamos la vida.

[11] Por no dejar

Por eso digo yo, cuando mi mama[12] se murió, decía entre mí, ¡tanto que sufrió pa' criarlos! Tan padecía que fue y tantos años que duró siempre. Falleció de 97 años. Mi papá, ése murió joven. Se curó con vino, porque él tomaba puro vino con bicarbonato, después durmió al sol y se coció. Duró siete días enfermo y la fiebre amarilla se lo llevó. Desde que la fiebre se va al corazón no tiene arreglo y en esos tiempos -mi papá que murió hace más de cuarenta años- no se sabía de hospitales.

APRENDIENDO DE LA VIDA Y EL CANTO

Yo, cuando estaba chica, me lo pasaba a diario sola y como no estuve nunca en la escuela, me crié casi sola con el fina' o Juan, un sobrino que tenía. Por allá no habían más niños y mis otras hermanas ya estaban grandes. Una se había casado y se había ido pa' la hacienda y a la otra se la habían llevado pa' allá también, a que le ayudara a criar los niños.

Como mi mama me dejaba sola, yo siempre me tramaba[13] a hacer muñecas o cualquier cosa que se me ocurriera, y pegaba el día en eso. Me acuerdo que primero estudié de hacer columpios. Hacía unas sogas de pita y de ahí las colgaba del gancho de un peral y me tramaba a columpiarme, todo el día en lo mismo. Después me dio por cantar. Ya, me tramé. Hice una guitarra de tablas, le puse un palo arriba y otro abajo y le puse hebras de pita, la afinaba y me tramaba a cantar, ¡vamos cantando! Me había aprendido un canto que decía «me subí a un cerrito por verlo pasar / se subió a una nube y me puse a llorar / Se fue mi negrito, no lo vaya ver / llorando, llorando pasaré mi tristeza... », no sé cómo era ... Ese canto se lo había aprendido a la finá' Cota. Estaba chica, unos diez años tengo que haber tenido. Con mi pedazo de guitarra de cuerdas de pita, vamos cantando, todos los días en canto.

Después me dieron ganas de bailar. Ya está. Voy a buscar un palo largo, un garabato[14], le puse cabeza arriba, le puse un palo amarra' o, le hice manos y abajo, busqué unos zapatos viejos, y le hice zapatos. Ese era el hombre. La muñeca la hice de un trapo viejo, la cocí, le hice boca, manos y después que se las pegué, le puse la guitarra. ¡Qué me iba a cantar la muñeca! Y yo me tramaba a bailar con el mono de palo. ¡Uuh! picoteaba por aquí, picoteaba por allá y vamos bailando. Sacaba el día en eso.

A mí me gustó cantar de chica. Ponía las muñecas a bailar, el de palo lo ponía a un lado y la muñeca al otro, y yo les cantaba pa' que bailaran.

Después, cuando aprendí a cantar ya estaba jovencita, tenía dieciséis años.

[12] Palabra transcrita tal como es pronunciada

[13] Me disponía a ...

[14] Palo en forma de honda que se pone en el cuello del animal para evitar que atraviese los cercos.

Mi papá me echó a aprender donde una sobrina de él que se llamaba Audolía Estuardo. La finá' Audolía y su hija Clementina, las dos me enseñaron a tocar. Un día ella le dijo: -Tío Pancho, ¿por qué no me echa a la Rosa pa' enseñarle a cantar?-. Mi papá le contestó: -¡Cuándo va a aprender a cantar si ésta no sabe ni leer pa' anotar las canciones!. -¡Bah!-le dijo -si apriende, pásemela no más, venga a dejármela acá abajo-o ¡Pucha!, yo loca por aprender. Sí, yo tenía intenciones de aprender, a mí me gustaba el cantar. Entonces me fue a dejar... ¡Después no podía nunca aprender a tocar! La mano se me enrredaba y no podía, ¡me daba rabia! Las palabras las aprendí ligerazo, las melodías también se me quedaban, pero pa' tocar no podía nunca. ¡Viera que me costaba! Y comencé a pelear, a pelear, hasta que aprendí a cantar. Pero estuve dieciocho días aprendiendo y después ocho días más. Me demoré hartazo. Si fue casi más de un mes que estuve con la finá' Audolía.

Ellas me enseñaron a tocar primero y después a afinar. Lo demás lo aprendí sola. Escuchaba a las otras donde cantaban y me tramaba a cantar yo. Y cuando me gustaba un canto, tenía muy buenaza memoria. Ahora se me olvida sí. Cuando me gustaba un canto, ponía cuidado en ese puro canto, y aunque hubieran cantado otras cosas, salía a hacer mis quehaceres pa' allá, lejos, y ahí iba a cantar el canto que a mí me gustaba. Así comencé a aprendérmelos, a aprender cuecas, a aprender canciones. Y me gustaban las puras bonitas, las que hallaba feas no me gustaban y no me las aprendía na' tampoco... Era mañosa, me gustaban las puras bonitas pa' cantarlas.

A los dieciséis años aprendí. Tiempo hace de eso, ya ando en los sesenta y siete, el veinticuatro de marzo cumplo los sesenta y siete y dentro a sesenta y ocho.

CANTORA PERO NO CANTANTE ESCRIBANA

La virtud del canto se la saqué a mi abuelita, la mamá de mi papá. Ella era cantora, se llamaba Lucrecia. Mi mamá no supo nunca tocar guitarra y ni una de las hermanas. Es que para ser cantora hay que tener buena memoria y fijarse bien en la palabra, no es na' agarrar la guitarra y ponerse a cantar no más. Por eso hay cantoras buenas y malas. Algunas se pueden bailar porque son de cuecas livianitas y otras que son de la cueca pesá', por más que le pongan empeño, no hay caso. Eso pasa por la mano, porque unas la llevan muy arrastraita.

A mí me gusta de cantar la cueca tañadita[15] y bien fuerte. Quizás por eso será que me gustan más las cuecas. Las toná's me aburren ligerito, me emborrachan. ¡Las cuecas me gustan! ¡Y soy lo más divertida! Parece que donde grito voy descansaita, pero si vaya cantarla despacito, luchar, no me sale. Y cuando me sigo con el tañador puedo estar cantando todo el día, cuando no, se cansa el brazo altiro. Eso sí que a mí no me gusta que me tañen los viejos. ¡Si los

[15] Golpes en la caja de la guitarra que acompañan la melodía

viejos son los atrevidos, oiga! Yo cuando voy a cantar a las ramá's, primero los cateo y entonces los elijo. Ahí les digo que me llamen a fulano de tal... Cuando vaya Salto de Agua y llego a cantar, cateo a Remicio, el Micho que le dicen, andando él ya no lo presto. Siempre les digo que me griten a Micho pa' que me tañe porque esos son cabritos nuevos, entonces me tañan como si fueran mis hijos. ¡Y los viejos no pu'! Aquí arriba, el que más me taña de los viejos es el compadre Ernesto, hermano de la Ana. Ese es mi compadre, así que con ése ¡buuh!, cantamos como dos hermanos, como niños... ¡Pero es güeno, güeno! Lo que tiene es que le pega a la guitarra como quien le pega a un tablón. ¡Hay que estarlo atajando! ¡No le pegue tan fuerte, compadre! Yo por la mitad de la cueca, le digo: -no compadre, no tan fuerte, más despacio-. Le corto la cueca a la gente pa' pararlo a él y no me quiebre la guitarra, si no me la quiebra no más.

En las fiestas, por ser en los casamientos, ¡aah! me gustan poco las toná's. -¡Qué!- digo yo -tanta toná', tanto novio de porquería, cantar tanto. -¡Ah!, es que es tan bonito- me dicen. -¡Ehh!-les digo- si no suena tan bonito pa' cantarles tanto, báilense unas cuecas mejor, se divierte más la gente-o Me gusta más de hacerlos bailar que de tocar toná' s. Y es al contrario, con las toná's se gana plata y con la cueca no gana na', pero no me importa. En la cueca, toca que toca no más, canta que canta y la gente se divierte. ¡Si pa' eso es el canto, pa' divertir!

Y canto por hartas partes, por los casamientos, los velorios de angelitos, por las fiestas, pa' cualquier devoción de santo: San Sebastián, las Cármenes, San Juan, pa' todas las fiestas que salen. En cambio hay otras cantoras que son mañosas y no quieren cantar. -¡Uy, que me da vergüenza!-. Yo no, salgo hasta a las ramá's. ¡Soy muy salidora! Nosotros hacimos ramá's en la escuela de Canelillo pa'l centro de padres, entonces, cuando llegan las guitarras -¡no, yo no canto na'!- dicen unas -¡yo tampoco! dicen otras. -Ya, ¡traigan pa' acá la guitarra! ¡Yo cantaré!-. Siempre tanta regodiosa pa' cantar; yo les canto no más. La fiesta se acaba a la hora que me vaya.

Cuando mi suegra murió
descansó mi corazón
mi suegra se volvió santa
y yo me volví cantor

Mi suegra me quiere ver
en la puerta de un cañón
muchas gracias a mi suegra
que tiene buena intención

Mi suegra me quiere ver
y en salitrera de aceite
muchas gracias a mi suegra

yo le deseo la muerte

Mi suegra me quiere ver
y en la puerta del infierno
muchas gracias a mi suegra
que quiere bien a su yerno

Para toda la compaña
todos los que están presentes
muchas gracias a mi suegra
yo le deseo la muerte.

De aquí, es cierto que soy la mejor cantora. Bueno, eso es lo que dice la gente porque yo no me escucho na' lo que canto, canto no más, pero no me escucho. Pero canto de todo, cuecas, canciones, tonadas, de todo lo que sé, porque valses y cumbias no he aprendido. Lo antiguo, no ve que antes ¡quién conocía los valses! No se conocían, las cumbias tampoco. Me acuerdo que cuando tenía los cabros chicos míos en la escuela, el Manuel Jesús, la Clara, la Olivia y la Graciela, entonces el profesor estudió que bailáramos cumbias, ¡y qué sabía yo de cumbias! Nos echó a bailar con el Herminio Torres. Fuimos a bailar nosotros y nos tramamos cada uno con su pañuelo. Qué reirlos más después. Cuando llegó una hermana mía, la que se llamaba María Isabel:-¡¿y qué están haciendo?!-, como era de descollollá'[16] -¿Qué están haciendo?- dijo -así no se baila, ¡así se bailan las cumbias!-. Y se trama a bailar ella. Me quedé con la boca abierta mirándola no más, ¡Qué sabía yo de cumbias! si ni las había oyí'o[17] nombrar en ese tiempo. Nosotros bailamos como se bailaba la cueca porque eso era 10 que se sabía por acá y 10 que más se cantaba.

Aquí yo canto, pero no soy cantante escribana, como ir y escribir, o que vaya a grabar o hacer un mexicano grande con eso. No, no se hace. La cantora no hace eso. Por eso que la cueca se toca y se baila así no más, por puro divertir, pa' que se divierta la gente. Y canto de todo, hasta que me canso, me aburro cantando. Mi guitarra es mi compañía, con ella me divierto y canto, por eso que la cuido tanto también.

La guitarra tiene que tener su lugar especial. Yo a la mía le tengo un paño, la envuelvo, encima le pongo un bolsón de nylon rojo grande y ahí la amarro. Le queda la pura cabecita pa' que no le pase el vierito. Pa' que suene bonito hay que afinarla no más pero pa' que se componga, cuando está abombá', se le echa ají. Se pone el ají al fuego y cuando está calentito 10 parte y ahí se 10 echa adentro en pedacitos. Pero es frega'o ese arreglo porque cuando va a cantar no canta na', se

[16] Expresiva.
[17] oído

vuelve tos y tos. Donde la tañan se va el humo del ají pa' arriba. Se vuelve loca tosiendo y no canta na'. ¡Tose por arriba y por abajo!

EL ANGELITO

Los angelitos son niñitos muertos que se velan 24 horas no más. Al velorio llega mucha gente. Ahí se matan chanchos, se da comida, vino y hay harto canto, pero es un canto distinto. El canto de angelito tiene que ir calmadito porque es a un muerto, no es como la cueca ni como la canción que uno canta. Uno canta una canción pa' divertir a la gente, pero pa' un angelito no. El canto va triste, más suavecito y como medio lastimoso. La toná', es toná' de angelito, y la cueca, es cueca de angelito.

Esta cueca se baila sin pañuelo, sin zapateo y sin levantar la mano arriba. Bailan con las manos abajito, como cuando se baila cumbia, y mirando al angelito. La guitarra no se taña tampoco. Yo cuecas no sé muchas, así que canto pocas, pero si uno canta y no sabe otras tiene que repetirlas no más, porque tienen que ser cuecas de angelito. Ahí no va ir a cantar una cueca «Dime cómo corre el agua» o «Caminando por la arena».

A los angelitos los visten y los acuestan en una mesa llena de flores y ahí los velan. No los echan al ataudcito hasta que los van sacando en la mañana cuando están cantando los gallos, porque el angelito no se pasa a misa a la iglesia, se va derechito pa' 1 cementerio no más. Se velan en la mesita, destapaditos. Se le hacen guantes, se le ponen florcitas en la boquita y debajo de la cabecita, como cabecera. Cuando hay flores de campo le ponen de ésas, cuando no, florcitas de papel. Se le hacen canastillos, palomitas con ojitos de papeles de pastilla brillante, ¡viera usted como brillan los ojitos de las palomitas!, Y se cuelgan arriba, en el cielo. Para el cielo se le pone una sábana grande, de la más blanca, y se cuelga encima de la mesa del angelito. Después le hace una escalera de papel que va del cielo al niño, a la altura del pechito, y le pone sus manitos como que va agarrándose, va subiendo pa' arriba, que paré' que está vivito.

De ropita se le hace una albita como vestidito largo, igual que maternal. Se le pone una cinta grande que le dé dos vueltas en la cinturita, le haga una buena rosa y le llegue al borde del zapatito. Tienen que ser dos metros de cinta para un angelito. El gorrito se hace mochito, dejándole la cabeza destapadita para que nuestro Señor le ponga la bendición. Queda como un cintillo al que 'se le pone un vuelito largo con florcitas, tapándole su carita. Todo eso se le hace con lienzo. Hay que hacerle enagüita, si alcanza le hace zapatitos y si no, si tiene trama[18] blanquita, merino[19] blanquito, se hacen zapatitos de merino y le pone borlitas.

[18] lana.

[19] Tipo de lana.

Yo sé hacer mortajas de angelitos. Los míos los vestía a todos por eso es que se me morían también. Dicen que hacerles la ropa y vestirlos uno es malo porque todos se mueren pa' que los vista su madre. Les hacía de todo, cuando ya los veía enfermos, de que se iban a morir, les hacía zapatitos de tramita blanca o de lienzo, otras veces les hacía de sábanas viejas. Les hacía enagüitas y cuando eran hombrecitos les hacía pantaloncitos y encima les ponía la mortajita. En veces les cantaba yo misma cuando no había cantora y en veces les cantaba otra. La gente que iba los sacaba, no los sacábamos nosotros porque era malo que el padre los cargara, que saliera con su hijo en brazos porque, según dicen los antiguos, después se siguen.

Hasta los seis años se vela a un niño como angelito. De los seis para arriba se le reza al Señor. Esos son angelones, así los llaman en el campo. Se le reza al Señor todos los rosarios, pero se les reza poco y se les canta más en libros. Y dicen que la guagua que se muere mora no ve nunca la luz de Dios, porque para que vea la luz del Señor tiene que ser bautizada. La guagüita que va mora, como no ve la luz de Dios, está rogando pa' que se acabe luego el mundo. Acabándose el mundo ellos salen a ver la luz.

Todo eso se ha ido perdiendo porque ya no mueren angelitos y si mueren, mueren en el hospital de Chanca, entonces se sepultan allá y no vienen para acá. También ahora hay mucho evangélico y el evangélico no cree en nada. Cuando toca que son angelitos de religión católica, ahí a veces se les cantan canciones, pero los evangélicos no. Para los novios todavía buscan cantoras católicas sí. Allá abajo se han casado por la ley evangélica y yo les he cantado, pero ahí no se les canta con el cura, se les canta con el pastor. Las mismas toná's, pero en vez de decir «el cura que los casó», uno dice «el pastor que los casó». Como son evangélicos no se les puede nombrar el cura y se les nombra el pastor mejor.

TRASPASO DEL SABER

De mis hijas o nietas, ninguna ha aprendido a cantar. No sacaron voz pa' aprender, no son entoná's, por eso es que no se les puede enseñar. Hacen sonar la guitarra pero pa' cantar son muy desabrías, ¡son peras cocidas toditas! La Blanca Olivia había aprendido, pero como el viejo es borracho, entonces dijo -mi papá después me va mandar a cantar delante de la gente y a mí me va a dar vergüenza; mejor no aprendo na' y no quiso tampoco. Pero era de poquitita voz, cantaba despacito. Yo la mandaba a que gritara fuerte y ella no quería, me decía -no mamá, me da vergüenza-o

Una vez vinieron dos niñas a aprender a cantar, la Margarita y la Lidia Muñoz. Yo les quise enseñar pero no aprendieron. A la primera lo que le pasó fue que se le engarrotó la mano y no pudo nunca. ¡Le hacía al brazo y lo apretaba! Yo

se lo tomaba, más me lo apretaba y me mezquinaba la mano, así que no pude enseñarle na'. La Lidia, ésa tocaba mejor, pero no era capaz de decir la palabra. Le enseñaba una cueca: «Cuándo me casaré yo / pa' tener a quien pegarle / mi marido me mantenga y yo pasármela de balde». Y ella cuando quería cantar decía: «Cuándo me cachalé yo / pa' tenele a qqien pegale». Tonadas le enseñaba también, pero nunca pudo aclarar la palabra. Era de la palabra muy chica, así que para cantar no le hacía na' muy bien.

Así es mejor no enseñarle a nadie porque después ésa va a cantar y los otros se van a reír, van a decir: -¿quién le enseñó a cantar?-. -Fulana-. -¡Pucha!, ¿y así le enseñó? O sea, le enseñó como ella canta también-o

Ahora en la escuela de Canelillo, allá arriba, les estoy cantando a los niños. Estoy inscrita pa' cantarles todas las tardes, un día en la semana. Todos los días martes los voy a hacer bailar. Yo vaya cantar no más y si alguno, un niño, una niñita, quiere aprender, un niño hombre, yo le enseño igual, pero si ninguno se entusiasma, cómo les voy a enseñar. Ahí lo niños bailan en el recreo, hombres y mujeres. Viera que es bonito. Los profesores, la señorita Verónica con el señor Patricio me lo pidieron. Todos los martes voy a cantar. Cuando llueve no voy na' sí, porque soy mala pa'l frío, me entumo; pero que no llueva, voy todos los martes a cantarles un ratito. LLegan a haber hartas parejas en el baile.

A las chiquillas les doy las canciones anotaditas pero no sé si las aprenden porque me las piden copiá's y no les he preguntado si las han aprendido. A mí me gustaría que alguna aprendiera a cantar porque o sino, cuando yo me muera, hasta ahí no más va a llegar el canto.

DEL OFICIO DE PARTERA

Yo tuve dieciséis hijos, pero se me murieron nueve y me quedaron siete. Los tuve a todos en mi casa, no tuve ninguno en hospital. A mí no me controló matrona ni naide, los tuve todos así no más. Por eso digo yo, ahora tanto tratamiento que se ponen, ¡qué! y pa' qué se casaron entonces, ¡y cómo yo no me puse ninguno! Sólo el que me puso el Dios porque Dios no me quiso dar más y punto. - i Eh!- decía yo -que salgan todos- Año por año tenía a mis hijos, todos los años un niño. Hasta que salieron todos y ahí me quedé...

Mi mama era la que me mejoraba a mí. Ella era media matrona y yo también aprendí. Ya hei saca' o como tres críos. Pa' sacarlos es facilito, pero no me gusta, porque después que los saco tengo que estar lavando a las mujeres. Soy mañosa yo, me da asco después de hacer las cosas con las manos, por eso no me gusta sacar niños.

A las mujeres, cuando se los saco, pueden estar acostá's o hincá's de rodillas,

depende como aguante ella. S i aguanta acostada, se saca acostada, si ella no aguanta, se lo saco hincá'. Mi mamá me los sacaba todos hincá' de rodillas. Es que acostá' es más difícil porque hay que ponerle una almohada en la cadera pa' que quede abajo libre y ayudarla, si no cómo le ayuda. Hay que ayudarla pa' que salga más luego, menos demora la guagua.

Me acuerdo que una vez ayudé a una vaca también. Yo tenía una vaquita que se llamaba Perfume y era pardita, entonces, ya estaba pa' tener la cría y ella no se botaba... Pa' tener al chiquillo se paraba, no quería. Después andaba con la ternerita la mitad afuera y la mitad adentro. Tenía el puro hociquito que se le veía. Estaba que se dejaba caer al suelo y le dije a Entor: -aplástale vos en la güatita arriba-le dije yo. Vaya buscar un trapo, una pollera mía, y le pesco la ternerita y se la comienzo a tirar de a poquitito así, cuando comenzó a correr como jaboncillo y saco mi ternerito. Las panas[20] le quedaron adentro eso sí. De ahí ya se paró, así que fui y le amarré una piedrecita en el pedacito de tripa que quedó afuera, hasta que cayeron.

A la Elsa, cuando le ayudé, también le quedaron las panas adentro. Esa vez agarré a mi niño, lo saqué, le corté el cordón y se lo amarré con un hilo rojo. Después, el pedazo que le quedó a ella se lo amarré en la pierna izquierda y la dejé acostá', que no se moviera. Tomé a mi niño, lo lavé, lo vestí, se lo eché a la cama y a ella le puse las manos en cruz y le comencé a buscar las panas. Por donde que las hallé, le busqué el lado y las comencé a empujar pa' abajo con las manos en cruz y ligerito caeron. El cordón hay que amarrarlo en la pierna izquierda pa' que las panas no se vayan pa' dentro, si no se le va pa' dentro y no se la saca nunca, tiene que llegar a manos de médico. Amarrándola así, en la pierna izquierda, bien apretado con el hilo rojo, no le pasa na'. Después, pone las manos en cruz y las busca y las busca y ahí uno empieza a empujarlas todas, tirando despacito.

EL SOBREPARTO

El sobreparto es una enfermedad que dentra cuando da calentura después del parto. Eso se mejora con los médicos, pero tienen que hacerle remedio al momento, porque si la dejan pasar, que se arregle y entere los cuarenta días, no sana nunca; se mejora un poco y después vuelve. A mí me dentró calentura una vez, no me acuerdo de cuál fue, pero de los menores de Manuel, ¡Ay! quería pasárrnelo puramente durmiendo no más. ¡Qué flojera tan grande me daba! Y ¡un sueño!, parece que el cuerpo estaba todo temblándome, me temblaban los huesos y no era capaz de pararme ni de hacer nada. Cuando me paraba a hacer mis cosas paré' que hubiera llorado, hubiera tenido plata, habría pagado pa' que me hicieran las cosas y yo estar acostá', puro durmiendo. Igual tenía que levantarme, quién me

[20] Placenta

hacía mis cosas, con niños más encima, criando a Manuel guagüita, qué iba a hacer, tenía que levantarme. Lloraba, lavaba mis paños y el sueño no me dejaba, me iba de punta lavando.

Ya, un día agarré el humor[21] y salí pegando, dejé al niño con mi mami y fui donde una médica que había, se llamaba Deidamia. Cuando llegué donde la meica, entré medio durmiendo, los ojos dormidos así y me daba vergüenza pasar el humor, porque le dije que a mí no me dolía ni una cosa, no tenía ni un dolor, puro sueño. Ella hizo verme, reconoció altiro que era calentura. Llegué, me senté y le dije yo: -sabe que vengo a verme la flojera no más, tengo tanta flojera, señora, pero soy curiosa. ¿Me puede dar un remedio para que se me pase?-, -¿y no te duele nada?- me dijo. -No pu' -le dije yo -no me duele ni una cosa-. Entonces me dijo ella: - Tení' s la calentita pu' hija. ¿Y cómo te dentró esa calentura tan grande?-, me dijo. -Estos son los traspartos, se llama sobreparto, pero son traspartos. Tú tení's congelo, mija. No te vas a ir acabando de adentro pa' afuera, esto es de afuera pa' dentro. Te van a empezar enfermedades afuera, en el vientre, y de ahí se te van a ir pa' dentro-o -¡Bah!- le dije yo -estando afuera yo me lavo-o -Te vas a ir acabando pa' dentro y cuando mueras vas a quedar hueca-o Gracias a Dios ni lo he sentido, ni una cosa por fuera, ninguna enfermedad, ya no me dentraría, digo yo, o saldría con los remedios que ella me dio.

Me dio hartazos remedios. Una toma de quién sabe qué sería. Después que me tomara esa toma en botella, que era salobre como agua de mar, me tenía que tomar un purgante de zen con solfato de soda, manita, maná, galapa y maunencia. La manita era una casita como levadura en barra, la galapa, el zen y la maunencia eran en polvito y el solfato de soda era como piedra lumbre. Y me dijo, -cuando te sintá' s floja y sintá' s sueño, tómate tu purgante-. Me lo tomé, dejé pasar unos días y después lo repetí y se me pasó altiro; hasta el día de hoy no he tenido más calentura, calentita como me decía ella. Es por eso que yo sé que esos son los traspartos porque la finá' Deida me dijo a mí que esos eran sobrepartos.

SANTIGUADORA, DESTRANCADORA, QUITA EMPACHOS

Mi mamá sabía hartos remedios también. Ella hacía lavados, destrancaba, santiguaba, hacía de todo. Cuando santiguaba lo hacía con una vela pero yo no quise aprender todo el santigüerio porque dije -soy tan ton taza, veo un niño enfermo, capaz que santigüe los mismos míos-. Y no quise aprender. Dicen que es malo que una madre santigüe a sus hijos porque con eso hace compadre al marido. Dicen que el santigüerio es una cosa más grande que el bautismo porque el santigüerio se lo quita nuestro Señor. Ese niño está ojeado y está pa' Dios, está pa' que se muera y con esa oración uno lo libra de la muerte y se lo quita al Señor.

[21] Orina

Por eso no puede ser la madre que lo santigüe, porque hace compadre al marido. Tiene que ser otra persona.

Lo que sí aprendí fue a quitar el empacho. Para eso se le da al niño agüita de poleo y se le soba el esto mito y la espaldita no más, pero hay que tirarle despacito, no muy fuerte, porque le puede sacar un pedazo. A los grandes siempre les tiro el empacho, a los niñitos chicos no les tiro na'. Una vez un cabro se empachó, pero ése era joven grande. Llegó allá y me dijo -tía Rosa, vengo pa' que me tire el espinazo, porque me duele tanto la guata y estoy empacha' 0-. -Ya-le dije yo -acuéstate ahí, abajito-. Y le tiré el espinazo. - ¡Oy! que me dolió- decía después, y se sobaba. Era grande ¡Y yo le tiré juerte el espinazo! La espalda suena adonde uno le tira y se pasa el dolor. Se quebrará digo yo, se despegará el empacho, porque cómo se les pasa y se les compone el estómago. Eso sí que hay que saber adónde puede estar, no es na' llegar y tirar al mundo.

Mi mamá también destrancaba a las personas, les metía el dedo adentro del pato y ahí los des trancaba. Ella sabía dónde estaba la vía, cuándo estaba buena y cuándo estaba débil. Si la vía estaba que se iban a morir, decía que la tenían como un algodoncito. Cuando tenían la vía bien babosa estaban bien y cuando las hallaba como un trapito de seda, les decía que no iban a sanar nunca y se morían. Duraban pero se morían y ella siempre le achuntaba. Otras veces decía que se les hacía un grano, que tenían un grano como una bolita. Yo nunca supe cuál era la vía, no quise aprender porque a la gente grande le tengo asco, no me di cuenta de nada.

Pa' destrancar a las guagüitas sí aprendí. A ellas las destranco con el dedo también pero sé destrancarlas por afuera del patito. Comienzo a sobarles así no más, a sobarles y cuando están trancados quedan huecos altiro, el patito queda escondido. Les comienzo a sobar de arribita, todo, blandito así, tirándole pa' abajo y de repente comienza a llenar el patito; de que llenó el patito abajo, están destrancados.

A Entor el otro día lo des tranqué con una cala. La cala se la hice de unto sin sal, esperma de vela y pelos de gato negro. Unto sin sal de cebo de... sea de cordero, sea de chancho, paré' que fue de cabra que le puse. ¡Le hizo mal! Tenía que haber estado harto trancado por eso la cala le afligía tanto el estomo. Cuando la persona está muy trancá', si lo destrancan se aflige, transpira, y él transpiraba y le daba como desmayo. Era donde estaba harto trancado.

LOS SANTOS Y SUS DIAS

El día de San Agustín no hay que trabajar porque los ratones le comen las cosas, lo mismo pasa el diez de agosto pa' 1 día de San Lorenzo, porque se prienden, se hace incendio. Eso es cierto como todo lo cierto. Yo una vez estaba

lavando y llegó un hombre de Los Quillay, y me dijo -no lave na' porque es malo. Mi abuelita una vez estaba lavando y se le prendió la batea-o Dije yo -¡Eeh! déjeme lavar un poquito no más, no tengo na' con qué taparme, tengo las puras sábanas que me tapo· y tengo que lavadas. ¿Con qué me tapo en la noche?, las lavo no más-o Las lavé pu', pero seguí lavando más. Lavé muchísimo más ropa y después fui a enjuagar al río. Llevé el balde y lo traje lleno de agua pa' arriba. Cuando llegué, me dio frío y entonces hice un buen fuego. La cocinita era chiquitita y estaba al lado de una mesita, un encatraito con estaquillitas, pero estaba de puro papel. De repente hablan en el camino y me paro en la puerta a mirar, ¡cuando pego la mirá' pa' atrás y veo la madera abarcá' altiro en la cocinita! La llama pescá' en las tablas arriba. Ni supe cómo desparramé el agua que había traído pa' que el fuego se apagara. Tuve que volver a ir a buscar de nuevo y la había acarreado del risco, harto lejos de la cabaña. Por eso dije yo, nunca más lavar el día de San Lorenzo. Son cosas que pasan y son ciertas, no son cuentos. Algunos son cuentos pero otros no, porque a mí me pasó de verdad esa cosa.

Los santos son muy cobradores y hay que tenerles respeto porque también acompañan mucho a las personas. Algunos ayudan a alejar los males. Aquí el día de San Juan en la mañana antes que aclare, se levanta uno a agarrar agüita bendita, se lava la cara, el pelo, se lava todo su cuerpo con agüita bendita y se toma tres traguitos en la mañana. Le puede tirar y rociar a su casa igual. Ese día me levanto en la mañana como a las cinco, cinco y media y después que me lavo y recojo agüita vaya buscar ramos benditos, ramitas de cualquier árbol. Las traigo, las amarro bien amarraditas y las guardo. Entonces, cuando llueve y está el viento fuerte, ahí yo las quemo en el brasero con trigo. Pongo trigo, le pongo ramitas de esas y hago un humito, un humo grande, una buena humadera y lo dejo al ladito afuera de la casa pa' que se vayan todos los males en el viento. Son ramos benditos del día de San Juan. Y así los tengo, por eso siempre guardo mis ramitas de un año pa' otro.

Y en la víspera canto mis décimas también.

La víspera de San Juan,
víspera de tanta alegría,
el Señor se alegra tanto
con toda su jerarquía.

El santo y su compañía
y en la hora que se duermen
y hasta la gloria se aterne
en un misterio profundo
y van los justos del mundo
y viva la noche buena .

Mandó a ensillar su caballo
la víspera pa' bajar
y se quedó recostado
en su cama celestial
y al otro día despierta
con una crecida pena
y música que le suena
dice se pasó mi día
y al mundo nunca bajé.

Con tanta crecida pena
le responde San José
no bajes al mundo Juan
que aquí te celebrarán
un ramo de bellas rosas
te celebrará mi esposa
la del mundo qué será.

Le dice Santa Lucía
no permitas padre eterno
que San Juan baje a este mundo
se rebajarán los cielos
este día santo y bueno
lo debemos de celebrar
las aves se han de gorjear
siendo brutas e ignorantes
que mañana tan frajante
la mañana de San Juan.

Y va mi padre San Juan
créanlo porque es de veras
que en la noche de San Juan
se ve la flor de la higuera
como es tan linda y tan bella
y el sol que la solicita
y al tomar la agua bendita
porque el Señor la gobierna
como fuera el laborinto
si el santo no se durmiera
ay, viva la flor de la higuera.

Esa es la décima de San Juan y es bien bonita. No ve que ahí dice lo que puede pasar si el santo baja al mundo. Eso es el laborinto... San Juan no alcanza a

bajar al mundo en su día porque se queda dormido, entonces si bajara se rebajarían los cielos... el laborinto es lo que puede pasar si el santo baja y no se queda dormido.

Esas décimas se las sabía mi abuelita, mi papá las aprendió y él nunca dejó que se olvidaran. Las cantaba y las cantaba, y después, desde que yo aprendí a cantar, me las enseñó a mí y yo las canto todos los años.

Todo eso lo hei pasado en mi vida: hei sufrido, hei gozado, de todo hei pasado... Yo nací, me crié, fui niña y me casé en Canelillo. Aquí vivo y aquí he de morir, o bien, si muere Entor primero que yo, me llevarán las chiquillas a morir quién sabe pa' dónde, porque una vez que quede sola las chiquillas me llevan. Y si muero yo y queda Entor solo, lo llevan a él. El primero que muera, dijeron, muere aquí, el último va a morir con nosotros, no lo dejamos estar solo. Y ahí digo yo, estando vieja, que no sea capaz de pararme y no sea capaz de hacer comida ni de lavarme, que esté arrollá' en la cama, ¿qué vaya hacer?, ¿quién me va a atender aquí donde estoy? Tengo que seguir a mis hijas, me lleven pa' donde me lleven. Un anciano enfermo sin tener quien lo atienda, estando en su cama sufre. Si tiene quien lo atienda no es tanto, pero cuando está solo se sufre. Vaya tener que irme pa' Santiago no más, claro que a lo que no sea capaz de pararme ni de hacer comida, que ya esté a la rastra, ahí me vaya ir. Siendo capaz de pararme yo me quedo sola en mi casa.

Dicen que ahora anda una enfermedad en que se comienza a deshacer el tuétano[22] de los huesos. Dicen que el tuétano de adentro de los huesos se comienza a debilitar, a adelgazarse y a volverse agua. Esa enfermedad, me dijeron, es como el cáncer, no sana en ninguna persona. Uno comienza a secarse ya acabarse porque el tuétano es el que se está acabando, y duele el estomo. El estomo siente pero es el tuétano. Uno no sana y dura mucho la persona hasta que se hace agua entero. Se acaba el valor y se acaban los ánimos y piensa puramente en estar acostado, porque ahí están descansando los huesos... ¿Quién me decía ayer, no vayan a ser los tuétanos que se le están deshaciendo? ¡Va a saber uno qué cosa!

Digo yo que mi padre Dios ojalá me llevara bien viejita, hasta que se me olvidara, se me olvidara de haber sido viejita.

[22] Médula

BLANCA TORRES MUÑOZ:

«ANTIGUAMENTE CANTABA TODA LA GENTE... LA VIDA DE AHORA NO ES COMO LA DE ANTES»

Originaria de Salto de Agua, Blanca Torres Muñoz vive en Curanipe desde hace 18 años. Instalada en una casa amplia y confortable, disfruta de las comodidades que ofrece el vivir en el pueblo. Nos dice que ellos, su marido José y su hijo Luis, tienen luz, radio, refrigerador, televisor y camioneta. Ella es una persona retraída y casi desconfiada, pero a pesar de todo, nos invita a conocer la vida de una familia que forma parte de la historia de esta zona y localidad.

La señora Blanca tiene alrededor de sesenta y ocho años y aunque la atormenten los problemas de la edad, se muestra satisfecha y tranquila con su vida, un poco sola, pero entretenida con los nietos. En el pueblo los días se hacen más llevaderos, sin embargo, las nostalgias no dejan de brotar y surgen en su memoria algunos recuerdos: su casa pequeña, un río, la huerta, sus ovejas; evocaciones de un remoto lugar perdido entre cerros y montañas.

Ahora, de todas sus hermanas, la más cercana es la señora Emelina. Con ella intenta recrear y aprehender momentos que formaron parte de su niñez. Así es como año a año, el dieciséis de julio, todo se organiza para festejar el día de las Cármenes; espacio de encuentro donde la familia baila acompañada de guitarras y canciones de antaño.

Con el pasar de los días, entre visitas y despedidas, la señora Blanca nos irá narrando, entonces, la historia de una familia de hermanas cantoras. Una familia donde el canto campesino también se cultivó como uno de los saberes cotidianos y festivos.

LA VIDA DE ANTES

La vida donde nos criamos nosotros era muy distinta a la del pueblo. Vivíamos en Salto de Agua, pa' la montaña, y casi no bajábamos a Curanipe. Fuimos nueve hermanos, cuatro mujeres y cinco hombres, pero uno se murió joven. Me acuerdo que cuando chicos los juegos de allá eran al trompo, las bolitas, la pelota, todo eso. Pero yo casi no jugaba, porque nosotras éramos mujeres y los hombres eran los que podían jugar. A mí siempre me mandaban con otro hermano a cuidar las ovejas y ahí aprovechaba de jugar al trompo o a cualquier otro juego con él. Si yo tenía como seis años cuando empecé a trabajar en el campo. A esa edad ya sabía cocer pan, hacer comida, tejer, todo. Y mi papá como era agricultor y sembraba mucho, entre todos después teníamos que ayudarle a cosechar. Otras veces cortábamos y emparvábamos trigo. Había gente que sembraba harto, así que también partíamos nosotros a las cortas. Se juntaban de a cincuenta personas y ahí todos ayudábamos acortar con echonas, no con máquinas como lo hacen ahora. Hoy día no, en la vida de ahora ¡¿quién trabaja así?! Nadie.

Antes la vida era muy dura. Para venir a Curanipe teníamos que bajar a Chovellén a tomar la micro. Nos demorábamos una hora o más caminando. Ahora ni parecido como antes, hay micra hasta ahí mismo en Salto de Agua y todos los niños salen a estudiar a la escuela que tienen. Nosotros, cuando vivíamos allá en ese tiempo, no teníamos escuelas y la más cercana estaba muy retirá', así que ninguno de los hermanos asistimos. Yo aprendí así poquito no más después de grande.

Me casé cuando tenía veintiséis años y tuve nueve hijos, pero me quedé con ocho no más. Uno me lo crió la Emelina, una hermana. Ellos nunca tuvieron familia, no tuvieron na' hijos, por eso fue que se trajeron al Daniel. Después que se vinieron a vivir a Curanipe fueron pa' allá con carreta a buscar unas cosas que quedaban, y me acuerdo que ella llevó como dos bolsas de pastillas y les repartió a todos los chiquillos. Entonces dijo: -Al que se vaya conmigo le doy otra bolsa-o ¡Y no fue el Daniel! Estaba chico, pero andando ya, y este otro, el Luis, que estaba como de la misma edad, era diablo, malo, y le pegaba. Pero así tenía mi «yuntita» yo y no quería que me llevaran a ninguno. -El que se va conmigo le regalo la bolsa-o -N o-le dije yo - ¡qué lo va llevar! José se va a enojar-. -No, si me lo llevo no más-, y agarraron al niño, lo envolvieron y partieron. Entonces le dije a José: -Oye, la Emelina se llevó al Daniel- y él me contestó: -Déjelo que se lo lleve no más pa' que le compre ropa, total, después el niño no se va a hallar con ella- ¡Y que se haiga hallado! Fíjese, al otro día vinieron a una muerte de chancho y no hizo caso de irse conmigo. Ella le compró unos juguetes. ¡Qué!, el cabro se entusiasmó y se quedó ahí. Si nosotros no se lo pasamos, llévate a ese niño, nada. Se acostumbró ahí solito, y se quedó como hijo... Se acostumbró a tenerlos por padres.

En el año 79 fue que nos vinimos a Curanipe. Primero se vinieron las otras hermanas, y después nosotros ya comenzamos a hacer viaje pa' acá, porque yo venía por los médicos y como nos quedaba muy retirado, entonces vendimos allá y compramos esta casa. Yo no quería venirme porque en el campo vivíamos al ladito de un río, teníamos árboles frutales y una huerta tremenda. ¡Un zapallar que hacía!, que cuando nos vinimos trajimos una carretá' entera. ¡Pero tremendos los zapallos! Yo sola con mis niñas hacía mi huerta. Y usted sabe que en el campo no se paga na' como aquí. En el pueblo hay que pagar agua, luz, hay que tener pura plata. Así que no quería venirme y José más entusiasmado de venirse, porque son primos con Luis, el marido de la Emelina, y se criaron como hermanos. ¡Nunca han tenido un disgusto! Y como ellos ya estaban acá... Esa vez ¡qué manera de llorar! La casa estaba tan linda y tenía mis doce, quince corderos, chanchos, pollos, de todo. Aquí no es como en el campo así que no me hallaba. Pero entonces, de a poco me fui acostumbrando.

Ahora, todavía nos queda tierra, porque nosotros teníamos hartos terrenos allá arriba. Pero donde yo me crié son puras montañas, están todas llenas de pino.

Da pena ir, está todo cerrado de pino.

CUATRO HERMANAS, CUATRO CANTORAS

Yo estaba chiquita, diez años tendría cuando aprendí a cantar. Y solita agarré la guitarra. Nadie me dijo hace las posturas de esta o esta forma. Donde cantaban las otras hermanas que eran mayores que mí, entonces aprendí. Cuando mis papás salían, yo aprovechaba y me ponía a tocar en cualquier pieza, sola, escondía, no ve que al principio me daba vergüenza que me vieran. Y tenía bonitaza voz, canción que escuchaba por ahí tenía que aprenderla.

En mi casa toda la familia tocaba. Las cuatro hermanas cantábamos. Una se llamaba Rosa Amelia; otra, Aurora y después estaba la Emelina y yo. Los hermanos, ésos bailaban cuecas y animaban las fiestas. Claro que nosotras sabíamos así no más, nos aplicábamos a cantar, no éramos cantoras. Bueno, yo era la que más cantaba pero no era cantante porque ni siquiera aprendí a afinar. Eso sí que nunca alguna de nosotras salió a aprender a otra parte, como otras que iban adonde habían cantoras pa' que les enseñaran. Jamás. Usted sabe que cuando le tira de aprender sola y Dios le da la voz y también le da esa inteligencia... porque hay que tener buena memoria pa' cantar. Las hermanas de Luis Vega, por ejemplo, el de la Emelina, a ésas el canto no les tiró a ninguna, nunca pudieron aprender porque no sabían agarrar la melodía de las canciones, nada. Una, dice José, estuvo con una cantora que fue a enseñarle a la misma casa, pero nunca pudo aprender.

De las cuatro, la Emelina y la Rosa Amelia sabían varios afinares; el de la orilla, la tercera alta y otra que es por el medio, no sé cuánto es que le llaman. Lo único que la Emelina no cantaba na' mucho y la Rosa era la voz la que tenía más mala, muy ronca ¡pero pa' tocar así! no se las ganaba una cantora buena. Le tocaban bienazo. Iban de la prima y con la mano, con estos dedos, iban haciendo la postura, tocando y, de ahí, haciendo de a una cuerda así, pa' arriba. ¡Pero quedaba una cosa linda! No sé si ahora se acordarán.

Mi mamá también cantaba. Ella afinaba por ese afinar común y sabía una tonadas de angelitos y otras de novios muy bonitas. Y nosotros donde escuchábamos por ahí aprendíamos. Una niña que era de aquí de Chovellén, que se llamaba Carlina Cuevas, ésa sí que cantaba bien. Iba siempre pa' allá donde vivíamos nosotras cuando estábamos solteras. Llegaba de paseo con sus tías y ahí la hacíamos cantar y le aprendíamos donde escuchábamos el canto. ¡Ella cantaba unas tonadas! No ve que antes eran puras toná' s y cuecas no más, claro que a las cuecas poco le hacía esa niña, ¡pero era! Los trina' os más lindos. A ella le aprendí «Me Voy a Vivir a un Bosque».

Al pie de un fragante olivo
tengo mi querido dueño
para que ningún amante
ponga su amor con empeño.

Estribillo:

Me vaya vivir a un bosque
solo algún tiempo dirá
pero me queda un consuelo
y el consuelo que me queda
que algún dida volverá.

Mi amor con empeño puse,
mi amor para ser querida
y así se arrepienten todas
como vivo arrepentida.

Estribillo:……..

Y arrepentida me quedo
como en 1' hora en que nací
de ver mis ojos llorar
que suerte tan infeliz.

Estribillo:……..

Me acuerdo que la Rosa Amelia siempre contaba que una vez en el camping que es ahora, el día 12 de octubre parece que fue, partieron de paseo a la playa con unos vecinos. Compraron unos corderos y ella se puso a cantar, ¡pero! cantó todo el día. Y había otra señora que cantaba así chasqueadito también. Entonces, no sé por qué fue, dice que le palpitaba la guitarra, no estaba na' cantando todavía, estaba afinándola no más. Se la pasaron a la otra señora pa' que cantara y ella salió así pa' lo de abajo con la Elba. Estaban sentá's en la arena cuando le dijo la Rosa a la Elba: -espérese, cuando termine de cantar ella, los vamos a largar nosotros, sin guitarra-o Seguía cantando la señora y cuando terminó ¡se pusieron estas dos con las palmas, vamos cantando! ¡Y sale harto bien! Vengan las manos y cantando la cueca. -¡Viejas de mierda!- con el perdón de ustedes - ¡viejas de mierda! -les

dijeron. Se pusieron todos contentos ¡Si tan bonito que salió! Y ahí, no fue más que eso y las llevaron pa' arriba a cantar ¡Pero...! Había otro grupo más allá. Una hermana mía, la Aurora, estaba cantando en otro lado y de allá se venían pa' acá, porque estaba más bonito.

Todas las hermanas aprendimos a cantar, unas más que otras, pero siempre supimos de cantos. Y cada una con su guitarra.

LAS RADIOS, ESAS SON LAS CANTORAS QUE HAY AHORA

Antes nosotras cantábamos siempre cuando salíamos por ahí. En todas partes, donde habían casamientos, reuniones, pa' las Cármenes, San Juan, San Francisco y todo eso. Antiguamente se celebraban casi todos los santos. En la misma casa, cuando niña, duraban tres días las fiestas. Es que en esos tiempos la radio no se conocía. Ahora hay tele, de todo en los campos, y en ese tiempo no, pura guitarra no más.

A mi papá le gustaba harto también. ¡Buuh!, él bailaba solo cuando cantábamos nosotras. Pa' San Juan, todos los años la gente iba a Coronel de Maule. Llevaban su saco de papas, su decálitro de vino ¡tenían unas tinajas así, llenas de vino! Mataban chanchos, sacaban procesión, les rezaban, hacían comidas y lo celebraban. Pero nosotros no hacíamos na' fiesta, cantábamos no más, cantábamos solos. En ese tiempo no había reloj, nada, ninguna cosa. Entonces, en la mañana, como a las cinco se despertaba mi papá y cantábamos la décima de San Juan. Ahí le cantábamos cuecas y él bailaba solo, era bueno pa'l baile. A veces partíamos también pa' Coronel, pero la mayoría le cantábamos en la casa.

A lo que sí íbamos todos los años era a San Sebastián, a pagar manda allá en el Risco; quedaba lejos pa' dentro, pa' la montaña. Un caballero tenía santo y llegaba cualquier cantidad de gente a pagar manda. Entonces se sacaba procesión y pasaban rezando y cantando. Después daban almuerzo o a esta hora daban once, y de ahí se terminaba la comida y salían a todo patio. Andaba gente de a caballo y otras con sus carretas con vino, traendo chuícas. Tomaban vino y bailaban, de a seis, siete marcomas[23] de cuecas, después sus toná' s y así. Ahí yo cantaba, ¡pero! era que llegaba, me pasaban la guitarra y cantaba, no podían quitármela y los demás vamos bailando. Los hombres llegaban a parar la cola bailando cueca.

Una vez me acuerdo también que le canté al diputado de Cauquenes, al huaso Vega. El venía a hacer las concentraciones tal como ahora hacen los choclones. Se juntaba harta gente y ahí tuve que cantarle. Íbamos nosotros a las concentraciones y me ponían el parlante aquí y se sentía lejos. Pero yo cuando

[23] Parejas

estaba soltera salía más, después ya no, salía poco porque no me gustaba. No ve que algún día ustedes van a estar en la edad mía y les va a dar pena. Ya uno está con dolores, que le duele aquí, que le duele acá y no dan deseos de salir.

Las Cármenes eran muy celebrá's también. Esas se hacían allá en Salto de Agua, en la casa. Ahí duraban tres días, pero no cantaba na' yo no más, porque habían varias cantoras y buenas, mejores que yo. Después empezamos a venir nosotros a Curanipe, donde la Emelina. Nos juntábamos y cantábamos. Ahora no, porque dice que ni siquiera es capaz de hacerla. -Ya estoy vieja- dice. Este año la hicimos, pero entre nosotros no más, unos diez o quince habríamos en la casa. Yo canté dos cuecas apenas porque ahora tampoco soy capaz de cantar, la voz no me da, no puedo... Después ya no quedó otra que poner los cassettes. Ahora usan pura radio en las fiestas, esas son las cantoras que hay, pero a mí no me gustan, la guitarra sí, como la guitarra no hay ni una cosa mejor.

Aquí, cuando antes se hacían ramadas en Curanipe eran a pura guitarra y toda la noche. A mí me tocó cantar también cuando venía de Salto de Agua. Ahora para el 18 todavía cantan por acá, pero tocan unas cuecas todas... que parece que no, no es como antes, ahora puros cassettes de cuecas. A veces llegan cantoras de fuera, del campo. Llegan porque los dueños de las ramá's las tienen invitadas, pero cantan una, dos cuequecitas, más no. Con las trillas pasó lo mismo. Antes hacían trillas y también cantaban, ponían a la cantora arriba de la parva, en el montón de trigo cuando la cantora era buena. Se ponía a cantar y después la sacaban a la puerta hasta que ya daban vueltas y sacaban las yeguas pa' fuera. Pero ella, ¡dele canto, oiga!

NOVIOS Y ANGELITOS

En los velorios de angelitos se cantaba cuando se estaba velando al niño. También se bailaban cuecas, pero sin ganarlas[24], sin golpear manos y los padres no podían bailarlas. Eran cuecas sencillas, no de pololeos, cuecas separá's pa' angelitos. Yo también canté en un par de velorios. A ver si me acuerdo de algún versito:

Que glorioso el angelito
que se va para los cielos
a rogar por padre y madre
por los padrinos primero.

Viera que son lastimosas, da pena. Yo sabía varias pero después se me olvidaron, no ve que donde se cantaban tan poco. También las tonadas de novios van diciendo todos los cantos para ellos, igual como canto de angelito, así le van

[24] Tañerlas

diciendo pero para novios.

Viva la novia y el novio
el padrino y la madrina
vivan los acompañados
y yo para que les sirva.

A mi casamiento me acuerdo que fue la Carlina y otras señoras amigas a cantarme. ¡Buuh! duró todo el día y al otro día almuerzo igual, otra vez empaná's, de todo, y las comidas de dos, tres platos. Había harta gente, allá llegaba todo el mundo que quería ir, sus cien, doscientas personas, no como acá en Curanipe que van los puros invitados. Yo tenía veintiséis años cuando me casé, igual como ustedes, así. Y ahora me da pena cuando me acuerdo.

En esos tiempos los novios y la compaña venían de a caballo de Chovellén o de donde fueran, traían pa' hacer almuerzo aquí y después todos se volvían y el resto los esperaba con la fiesta prepará'. Cuando llegaba la caballá' a la iglesia, veinte, treinta bestias y ahí ponían un barón[25] tremendo en la calle, barón le decían, y topeaban los caballos, y las cantoras alladito, tres, cuatro guitarras, ¡lindo! Ahora no, ahora se casan y como toda la gente tiene auto salen y llegan en vehículo. Pero era más bonito de a caballo, la caballá' linda. ¡Oh! cuando topeaban, oiga, una vez voltearon a la novia, pasaron abajo miércale y... Me acuerdo también que la gente llevaba pastillas y cigarros pa' tirarle al resto. Se compraban su medio kilo de pastillas ¡y como pasaba uno de a caballo tirándole al mundo! Los novios y los acompañados.

Después, cuando se volvían pa' allá también los esperaban las cantoras en el barón. Entonces, ya, como una hora estarían cantándole a los novios. Después se desmontaba toda la gente y se iba a comer en la noche. Hacían ponche, roscas, queques, galletas, de todo, servían el vino en botellas amarradas con flores arriba ... Lleno de gente, todo el mundo entraba y comía lo que quería, no quedaba nadie afuera, porque las mamás preparaban ollás de comida pa' atender bien. Y la cantora seguía cantando, toda la noche. Después ya se paraban, se sacaban las mesas y se ponían a bailar ¡puras cuecas! y de repente se aburrían de las cuecas y ahí le cantaban a los novios, toná's de novios.

En la puerta de la iglesia
el cura salió a encontrar
con todos sus elegidos
y los presentó al altar.

Salió el cura parroquial

[25] Tronco horizontal donde amarran los caballos

que representa al Señor
con todos sus sacramentos
y les puso bendición

Ya salieron de la iglesia
los novios salen casados
salen con toda su gente
padrinos y acompañados.

Esos eran cogollitos que los llamaban y todos los casamientos eran así. Mi mamá sabía hartos parabienes de novios, vaya que sabía harto ésa. Y de las hermanas del osé eran las cuatro cantoras también, pero de todas la Rosa era la mejor. .. La tía María también cantaba. Si en ese tiempo eran todas cantoras; antes toda la gente cantaba. No le digo que allá toda la gente sabía. A la que sabía le pasaban la guitarra y yo no era nunca rogá' pa' cantar. Otras no querían, pero yo cantaba porque sabía. Además se pagaban las canciones pues. En un casamiento no me acuerdo cuánta plata me hice. Le cantaba una canción no más. Habían otros amigos y -cántele una tonada-o Ese amigo venía y le echaba adentro de la guitarra la plata. ¡Uuh! habían personas que ganaban harta plata en eso. La Estela Castillo, ésa ganaba pa' todos los casamientos. La otra que había allá, que era vecina de nosotras, tiene la misma edad mía, se llama Rufina, ésa era una cosa que salía a todos los casamientos, ganaba plata al mundo, y ahora ya no, j ¿quién paga?! No, si el mundo de ahora no es como el de antes.

LOS MINGACOS

También me acuerdo cuando salíamos a los emparves por ahí. Se juntaban en el campo grupos de quince a veinte personas pa' emparvar el trigo y se acarreaba en carretas pa' las eras. Después se reunían las bestias, no sé cuántos animales, y se hacían unas trillas lindas. Ahora no, porque el trigo lo amarran los mismos dueños; dos, tres personas y nada más. Lo amarran y después van ellos, lo echan a la carreta y lo traen a la era. Echan el trigo en la máquina y no embroman na', en dos horas está listo. Van p6niendo el saco pa' que vaya caendo y después los cosen arriba y los traen pa' la casa.

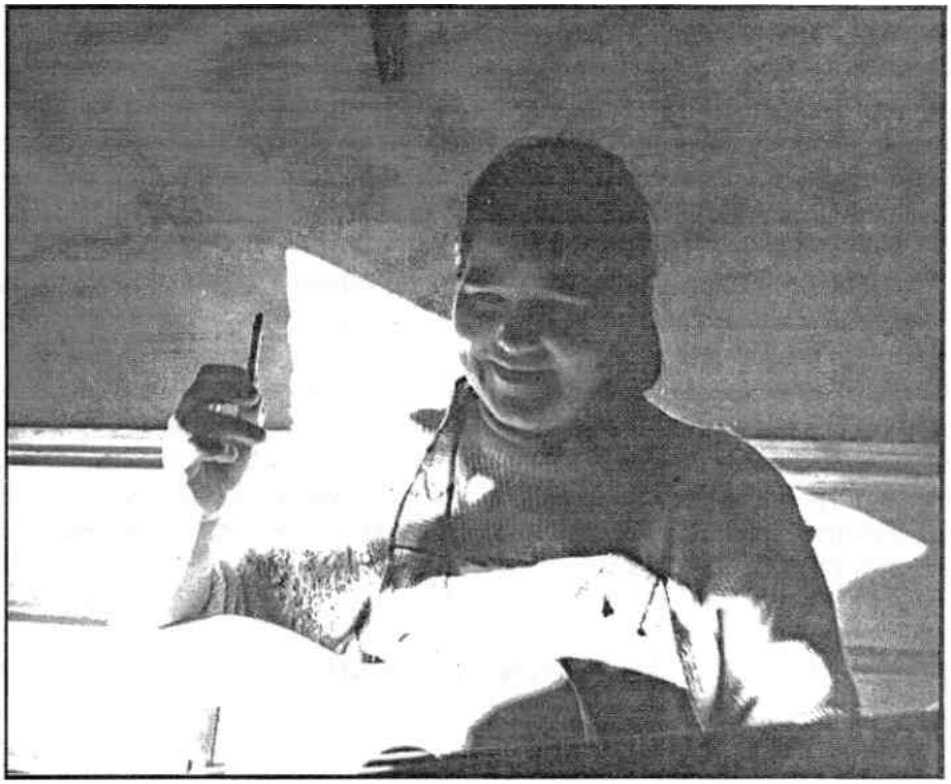
Ni las comidas de antes eran como las de ahora. A las doce, después del emparve, me acuerdo que eran los almuerzos. Siempre se hacían de carne y se comía entre todos en unas fuentes de greda. Ahí se les ponía para seis personas, otras seis en la otra... De la misma fuente comían todos. Claro, y ahí se cantaba mientras ellos estaban sirviéndose. Yo siempre les cantaba cuando estábamos solteras, así como ustedes.

Ahora, cuando iba a los mingacos de corta, fíjese usted, nos reuníamos allá cuarenta, cincuenta, hasta ochenta personas y todas con sus echonas, vamos

cortando. Y entonces, a las doce el almuerzo. Nos daban primero la fuente como les estoy contando, de mote con miel, con harta miel, y en seguida la cazuela, cada uno con su presa de chancho, de vacuno o de cordero, lo que hubiera, su cuchara y su pan. Así era antes. Yeso eran los mingacos. Después que ya terminaba el almuerzo, porque eran hasta las doce no más, se ganaban las señoras en varias partes a cantar; como antes cantaba toda la gente, si no era na' yo no más la que siempre agarraba la guitarra.

Pero nosotros de que nos vinimos a Curanipe se terminó todo eso. Pa' los campos está todo moderno, la vida de ahora no es como la de antes. Hoy día es casualidad la niña que canta. Estas son cuatro hijas y ninguna sabe, en cambio nosotras allá aprendimos todas. Quedan las antiguas no más, la Carlina, la Estela Castillo, la señora Ester también, la Vitalina Muñoz. Esas eran cantoras buenas.

Yo sabía tantas canciones pero ahora se me olvidaron... tonadas, décimas, cuecas, de todo. Tenía muy bonitaza voz y ahora pocaza me queda. La voz se termina, se va pues... se va la voz, se va todo. Todo se acaba en la vida, ya uno va pa' atrás como el camarón, pa' atrás.



FRESIA OSORES LEAL:

«MI VIDA HA SIDO SIEMPRE ASI NO MÁS, ENTRE CANTURREO Y VIVIR»

De las mujeres que conocimos, la más joven es Fresia Osores Leal, con sólo treinta años de edad. Al llegar a su casa tocamos la puerta y, sin desconfiar, nos invita a pasar. Allí encontramos a una mujer alegre y vital, de mejillas siempre acaloradas, con una larga cabellera negra que acentúa su rostro suave. Atenta y gentil, dispuesta a reírse, poco a poco nos va contando su vida, llena de optimismo y fortaleza.

Por el camino que va hacia el cementerio, al lado de un puentecito de madera, Fresia vive en la casa de sus suegros, rodeada de una familia numerosa. El ruido del correr del agua, pequeño y quebradizo, se escucha desde las dispersas habitaciones de la casa que ha crecido con el tiempo. La cocina es el lugar de encuentro, donde comparten suegros, cuñados, esposo e hijos. Un continuo cruce de espacios, palabras y quehaceres mueve y va construyendo el vivir cotidiano de esta familia.

Fresia, con sostenida paciencia y tranquilidad, sin perder su ánimo, trabaja en lo que puede: sacando jaivas en la playa, trabajando en la junta vecinal por el logro de un subsidio habitacional, participando en cursos de capacitación, cooperando en la escuela de sus niños... Sin embargo, se inventa momentos de descanso, y logramos compartir con ella algo de su historia personal, de su oficio de cantora, de los saberes antiguos y los de hoy. En toda su conversación se manifiesta la voluntad de mantener el canto campesino y revalorarlo ante los ojos de las nuevas generaciones; incorporando para ello otros repertorios ya enraizados en el mundo popular, como por ejemplo, las rancheras y corridos mexicanos.

DE PILEN A CURANIPE

Me llamo Fresia Osores Leal y soy nacida en Pilén, o sea, nací en el hospital de Cauquenes, pero toda la niñez me crié allá. Vengo de una familia de cantores. Bueno, mi abuela por parte de papá es cantora y mi abuelo por parte de mamá también cantaba. El se llamaba Antonio Leal Díaz y ella Rosa Osores Soto. En la misma casa siempre tocábamos entre todos... Se empezaba por mi papá y después todos terminábamos cantando. Cuando él ya se mandaba sus traguitos, agarraba la guitarra y seguíamos nosotros. La tomaba uno, la tomaba el otro y así...

En total somos ocho hermanos, cinco mujeres y tres hombres, y casi todos nacieron en la casa. Parece que fuimos dos o tres no más que nacimos en el hospital. Allá, mi papá era el que hacía de partero. El heredó ese conocimiento de su abuelita que lo crió, porque como a ella siempre la buscaban, él de niño chico salía pegando a la siga, hasta que aprendió. Yo también aprendí, pero no me ha tocado esperar a ninguna guagüita. A mi mamá no más la ayudé a mejorarse de uno; miento, de la Inés también, de mi hermana, la que se casó el año pasado. Esa vez estábamos los dos solos con mi papá, pero a él lo habían picado las abejas, había sacado miel y estaba con la cara así de hinchá' y no veía na', ¡parecía

extraterrestre! Me acuerdo que me ayudó a afirmarla y a mí solita me tocó recibir la guagua. Yo tendría unos trece o catorce años, más no.

Cuando mi mami ya estaba por parir, él colgaba de las vigas del techo un cordel y ponía un pellejo de estos de oveja en el suelo, entonces ahí la hacía hincarse, le pasaba una botella que tenía que soplar pa' hacer fuerza y la amarraba pa' que se sujetara con la cuerda. Así no demoraba na'. ¡Pumm!, ligerito caía la guagua en el pellejito. Después le hacía soplar de nuevo la botella y salían todas las panas. De ahí se limpiaba, se lavaba bien no más, se le ponía un paño grande y se acostaba en la cama con su guagua al lado. Estaba uno, dos días, depende. Cuando ella quería pararse se paraba, pero después no podía tomar agua ni acercarse al fuego. Nosotros teníamos que hacer todas las cosas. Ella ayudaba a pelar papas, veía la guagua, qué se yo, pero pa' lavar teníamos que lavar nosotros. A la guagua cambiarla y lavarla también, porque en esos tiempos las mamás prácticamente no hacían nada durante la cuarentena. No podían mojarse, no podían lavar, no podían tomar el fuego ni cocer pan, porque les podía dar la enfermedad del trasparto.

A los más chicos de los hermanos los criamos entre todas las mujeres porque mi mamá era enferma en ese tiempo, le habían hecho un mal pa' que tomara vino, así que ella vivía en eso, tomando no más, y nosotras teníamos que hacer todas las cosas. Después ya le hicieron remedio. Dejó de tomar y se hizo cargo de los nietos que iban naciendo, entonces ahí a nosotros nos tocó de trabajar pa' mandarles pa' la casa, mandarles platita y cosas. Mi papá, ése siempre estuvo trabajando, no dejó nunca que nos faltara la comida. Fuimos pobres todo el tiempo, pero nunca nos faltó de comer porque él tenía una pega fija; trabajaba todos los días en un fundo y mensualmente tenía su pago pa' la pulpería, pa' todo.

Yo hice hasta sexto básico en la escuela, pasé a séptimo pero no pude seguir porque me tuve que ir a trabajar a Santiago. Hasta como los once años más o menos estuve viviendo en mi casa, en Pilén, y de ahí me fui, me arranqué mejor dicho ... Partí a ojos cerrados pa' Santiago, enojada con mi papá porque me había pegado. Tomé el bus no más y me fui sin saber adónde iba a llegar, o si allá tenía familia, nada. Como era cabrita todavía, pensé que ir a la capital era como ir a Cauquenes y cuando llegué me encontré con otro queque. Pero tuve suerte, porque en el bus iba una señora de esas que viven en Santiago, que trabajaba allá. Justo me tocó sentar con ella y llevaba una niñita. Yo le tomé la niñita en brazos, nos fuimos conversando y le conté el chasco que me había pasado. -Bueno- me dijo -¿y tiene familia en Santiago?-. -No pu' -le dije -voy a buscar trabajo por la calle-. -Oiga mijita- me contestó -Santiago no es na' como Cauquenes., es inmenso, usted se puede perder-o Así que me llevó pa' su casa y trabajé con ella como dos meses, pero me ayudaba con algo no más porque no era una señora que tuviera plata como pa' pagarme harto. Después que aprendí un poco, me buscó un trabajo más bueno y de a poquito me las fui arreglando, así que le agradezco harto a la señora.

¡Sabe Dios qué habría hecho sin ella!

Al tiempo encontré a mi tío. Mi mamá me mandó la dirección y él ya tenía familia allá. Me acuerdo que ellos siempre celebraban un santo y una vez me invitaron. Después del santo, era cosa de todos los domingos que nos juntábamos. Me llamaban por teléfono y como sabían que salía ese día y no tenía otra parte pa' donde ir, iba pa' donde ellos. Allá hacían su fiestecita chica entre la familia, ponían música, de todo. Y los hombres, mi tío con su cuñado, se tomaban unas cervezas ya lo que ya les agarraba un poquito, les daba por escuchar cantar y me hacían tocar la guitarra. De todos, yo era la única que cantaba, ¡así que cantaba lindo! Como no escuchaban a nadie más no sabían cómo era... Aunque hubiera cantado más mal, pero para ellos lo hacía bonito, me celebraban y yo de repente me la creía.

También anduve por Parral y después por Cauquenes. Ahí trabajé con una señora que tenía un fundo en Coronel de Maule y partíamos todos los fines de semana pa' allá. Siempre me hacían cantar, y me acuerdo que pa' una ramá', pa' un 18 que me tocó estar, de repente faltaba una cantora. Me pasaron la guitarra ¡y me tramé a cantar miércale! ¡La gente se desordenó! Se entusiasmaron bailando cueca. Pedían más y más, y yo se las repetía y se las volvía a repetir, hasta que ya se me hizo pedazo la uña y no toqué más.

Así estuve trabajando más de ocho años, pero venía a la casa sí. De primera estuve dos años que no vine, enojada, terca. Después ya se me ablandó el corazón porque tuve que venir a sacar carnet y ahí empecé el contacto con la familia de nuevo. Venía pa'118, pa' la Pascua o en el verano, y la última vez fue cuando vine a pasear acá a Curanipe, y aquí estoy, todavía no termina el paseo. Me casé. A los veintiún años me vine a vivir por esta tierra y ahora tengo treinta. Ya me arraigué aquí en este pueblo. En realidad mi vida ha sido siempre así, entre canturreo y vivir. Cuando toca cantar canto y cuando no, no no más.

EL OFICIO DE CANTORA: CANTANDO POR LA VIDA

A mí de chica me gustó cantar. Cuando andaba por los digüeñes o por las callampas en la montaña ¡bote canto no más!, a todo grito, no ve que uno se siente como los pájaros, libre, entonces, cantando por la vida, dijo[26], cantando por el mundo. En el cerro vacío la voz retumba entre medio de los árboles y de un bajo pa' otro se escucha lejos. Y eso es lo que me gusta a mí, el eco que sale, porque ahí uno se la escucha bien y cuando está cantando así, como que no se oye lo que canta. Yo aprendí a cantar sola, no me enseñó nadie, no me querían enseñar porque mi papá decía que era muy pronta[27], me pasaba una guitarra ¡y me tramaba

[26] Expresión propia de la zona que reafirma lo dicho
[27] Inquieta

rasquido y ladrido! O sea, tomaba la guitarra y cantaba altiro, no tenía nada de vergüenza. Empecé a tocar de cuando estaba niñita, ¡de chica!, tenía como seis o siete años, ¡si todo el tiempo escuchando cantar en la familia! Cuando mi papá se iba a trabajar y mi mamá partía a las callampas, yo sacaba la guitarra y me metía en el granero. A veces estaba llenito con trigo y me subía hasta arriba a tocar. Adentro retumbaba y los niños que estaban jugando en el patio me tamboreaban en un cajón, bailaban al lado de afuera y yo, ¡bótele canto! Pero no hacía posturas, nada, si yo le charrangueaba no más, ¡dele, bótele canto y toca, puro rasquido y ladrido! ¡Hasta que aprendí! Claro que no aprendí tan bien, pero aprendí algo. Después, cuando ya vio mi papá que sabía un poco, ahí me empezó a enseñar cómo se tocaba el corrido, el vals, todo eso. Lo que nunca me enseñó fue a afinar yeso fue un gran error, aprender a tocar pero no a afinar primero... Dicen que primero hay que aprender a afinar, porque si se aprende a tocar después ya no se aprende a afinar. Los que saben, los antiguos dicen eso. Y debe ser cierto, porque yo nunca he podido aprender, la arreglo un poco, pero que me quede afinadita, afinadita, no.

Una cantora tiene que saber afinar, tiene que saber de todo. Realmente yo me aplico no más, no soy cantora, dijo. Me sirve para entretener, más como entretención que como profesión. Si yo misma me hallo, canto y toco, pero lo que más le gusta a la gente antes del toquido es la voz, porque dicen que la tengo buena, pero de ahí a ser buena cantora... Claro que en todas partes donde he andado yo he cantado. Por todos lados ando revolviéndola, ¡es que soy harto revoltosa! Hay una fiesta, una movía, y yo voy, me echan al canto y no soy na' negá' con lo que sé. Soy cantora de oficio porque me gusta cantar y divertir la gente, divertir a los cura' os como dice el dicho.

Acá me han hecho cantar en la escuela del chico mío, en la plaza, en la cuestión de los jubilados. Ahora me están buscando pa' que vaya a cantar a unas ramá's qué van a hacer pa'l 18, pero el problema es que me sé muy pocas cuecas, como dos o tres no más. Claro que soy buena altiro, eso es lo que digo yo y lo que dice la gente también. Dicen que soy buena pa' la cueca, que me aplico.

La cueca tañaita es la mejor. El bailarín se sigue más y la gente como que se entretiene también, agarra más aliento. Eso sí que el taña'or tiene que seguirse con la cantora o sino mejor no se meta. Y el que hace sonar las manos también debe saber llevar el ritmo, porque después le gritan ligerito - ¡no tostemos cochayuyo! - . Hay algunos que tocan con el ritmo pero hay otros que le hacen así no más, entonces suena mal. Tiene que seguirse la cueca con el sonido de manos, el tamboreo de la guitarra y la voz de la cantora, todo tiene que ir y acompasarse. Ahí la cueca sale de maravilla. Si hay alguno que la está embarrando lo hacen parar altiro, porque está jodiendo la fiesta.

Allá en Pilén, en las fiestas que más se cantaba era cuando se celebraba

algún santo; por ejemplo, San Francisco, San Sebastián, las Cármenes, las Rosarios y a veces los 18 de septiembre y los 12 de octubre, la Navidad, el Año Nuevo, todo eso... O sea que no había día, tocaba algún santo y se celebraba en cualquier casa de los vecinos, se invitaba y se armaba la fiesta. Y allá es donde están todas las viejas cantoras también. Mi abuela Rosa era una cantora buena. Había una trilla, la mandaban a buscar, había una fiesta, igual. La invitaban y ahí le daban comida, trago, la atendían bien atendía, pero no le daban plata. A ella le gustaba. Una vez atendiéndola ya se sentía bien. La atendían como reina por puro cantar no más.

Que yo sepa, a la cantora no se le paga. No sé, al menos en mi época mía no es así, por voluntad propia no más. Lo que sí, le dan de todo, le ofrecen trago, bebida, comida, lo pasa bien. Porque uno llega a un ambiente, la hacen cantar y ligerito la llevan pa' la cocina y sale con el estómago llenito. Y canta lo que quiere también. Le piden cueca, ya, se aburre cantando cueca, toca mexicano, cumbia, de todo. A mí me ha tocado cantar toda la noche, pero no seguido, o sea, un poco yo, otro poco la música, otro poco yo, así, enlazadita. Toda la noche cantando sola, ¡no! ¿se imagina? La voz se agota y en la mañana ya no canta, uno grita.

La voz hay que tratar de cuidarla y cultivarla como todas las cosas, y si uno tampoco canta, ¡se acaba! Yo tengo una experiencia, porque a veces pasa harto tiempo que no canto y después, en vez de cantar, grito, no me sale la voz, así que tengo que cantar un buen rato y después ya se me arregla. Otras veces me fumo un cigarro para que se me baje, es que muy alta no me sale bien tampoco; entonces, más ronca, con el cigarro me sale mejor... ¡si tengo mis mañas también!

Ahora hay hartos hombres que tocan. Tengo varios tíos que cantan, pero siempre a los hombres como que les tira más el mexicano, y a las mujeres la tonada, la cueca, lo folclórico. En la antigüedad al hombre que cantaba le ponían su nombrecito. A mi papá le dicen «Rafael Chora» y a mi hermano le pusieron el «Chora Chico», pero él es más vergüenzoso. Toca bonito y tiene buena voz, pero en las fiestas no canta, en la pura casa no más le da por agarrar la guitarra. En cambio mi papi, ése es cantor fino, es bien buscado, claro que ya como ahora está de más edad, está viejito...

Siempre han habido más cantoras porque las mujeres tenemos más personalidad, dijo; los hombres son más vergüenzosos, son pocos los hombres sin vergüenza.

DE LA TONADA AL CORRIDO

Las primeras canciones que aprendí fueron mexicanos porque era lo que más escuchaba en la casa. Mi papá siempre los cantaba y como se sabía poquititas cuecas, yo no aprendí muchas tampoco. Cuando lo mandaban a cantar, tres, cuatro

cuecas, más no. Mi mamá era la que sabía canciones antiguas, igual que mi abuelita, pero ella nunca tocaba la guitarra, de vez en cuando no más, bien poco. Cuando salía a fiestas, en veces le daba por tocar también, le daba envidia, pero como mi papi cantaba mexicanos, ella solamente escuchaba. Y el rato que la agarraba pa' cantar, era porque él se la pasaba pa' que tocara sus cuecas y entre los dos se iban turnando. Ahí la escuchaba yo, y se me fueron quedando canciones de ella también pero se me olvidaron, ese es el problema.

Yo nunca canté esquinazos tampoco, no aprendí esas cosas. Mi abuelita sí, mi abuelita es muy buenaza pa' cantarlos. Ella realmente sabe tocar de todo. Me acuerdo que cuando chica la escuchaba cantar ¡y me gustaba tanto como le hacía! Siempre le pedía que me enseñara y ella me decía -de repente, de repente te voy a enseñar-. Pero el de repente no llegó nunca, porque no tenía tiempo y vivía bien ocupá' en sus cosas. Al final, lo que más me quedó a mí fueron los mexicanos que cantaba mi papá, porque él era el más fanático.

Las canciones mexicanas son como historias, muchas veces historias de la vida real que las, hacen canciones. Yo pienso, porque a algunas personas les pega, como que les llega, se ponen en el papel de la canción y les gusta más. Son como enseñanzas, no ve que hay una canción que dice «Hija mala que a tu madre abandonaste... » entonces, a muchas hijas que se han ido la escuchan, les pega y les sale el llanto. Las canciones mexicanas tienen una cosa, un algo, dijo, como que identifica a la persona con la canción. Eso es lo que le gusta a la gente y por eso también es que ya está arraigado aquí en este país, sobre todo en los campos. En los campos se escucha más que nada mexicano.

Una copa sirva, cantinero
pa' entonarme y contarle mi historia
la fineza que causa el dinero
en los hombres que tienen deshonra.
En el año de mil ochocientos
de gañanes servían mis abuelos
en la hacienda de un rico hacendado.
Siendo joven y bonita mi madre
por engaño la burló el malvado
y después que yo vine a este mundo
ni su nombre me dio el desalmado.
Frío y hambre pasé yo en la infancia
mientras él en riquezas nadaba
él viviendo en una opulencia
pero a mí ni migajas me daba.
Dios eterno de su alma se apiade
y en lo malo perdone a mi padre
porque yo no podré perdonarlo

aunque lleve mi cuerpo su sangre.

Esta es una canción vieja, del siglo pasado tiene que ser. A mi abuelo por parte de mamá se las escuchaba. También cantaba los mexicanos antiguos, así que por ahí yo me los aprendí, a vuelo de pájaro, como se dice, a oído.

LA GUITARRA O COGOTE ‘E YEGUA

La guitarra se bautiza con aguardiente. Si quieren ponerle nombre les ponen. Algunos le llaman la vihuela, la cogote 'e tabla, la cogote 'e yegua, pero normalmente la bautizan no más, o sea, yo te bautizo y listo, para que no se rompa. Después se le hace un saquito especial con una manta encima y la cuelgan en un clavo. También se puede ojear, igual que un niño. Cualquier persona puede ojearla; si la encuentra bonita y tiene mal ojo y no le dice «Dios te guarde», entonces la ojea. Así dicen los antiguos, los sabios. Nadie sabe como tiene el ojo, a veces anda más fuerte y otras veces más simple. Cuando la guitarra se ojea, se desafina o por último se pone mala, no da razón, o se puede hasta quebrar, no se sabe cómo. De un momento a otro la puede encontrar quebrá'. Para protegerla hay que echarle adentro unas pepas de ají, unos granos de sal, de esta sal gruesa, y unas hojas de canelo, y sirve para que se mantenga, incluso, la voz de la guitarra.

A mi papá una vez le ojearon una. De repente apareció partida de arriba hasta abajo, sin golpearla ni nada. La tenía colgando en la muralla. Era bonita, tenía unos copigüitos atrás, era de esas españolas, antiguas. Vino un caballero, se la pidió y se tramó a cantar. -¡Oy, que buena su guitarra, don Rafa!-le dijo. La tocó un poco, no le dijo ni «Dios te guarde», «Diocito la bendiga» o algo así, nada. Después mi papi tocó un rato y la colgó de nuevo en su saquito. Cuando la fue a sacar estaba partida de arriba hasta abajo y ahí dijo -¡Bueno, ese tonto me ojeó mi guitarra, miren como está!-. Supongo que debe haber sido eso...

ORACIONES Y ENSALMOS

Mi mamá santigua y mi suegro también. ¡Uuh! mi mamá tiene ahijados por todas partes, grandes, chicos, animales, de lo que venga santigua. Aquí, de que yo llegué, casi todo el mundo es ahijado de ella. Es que antes la gente sabía hartos oficios. La gente de antes se hacía todas las cosas porque era más difícil la vida también. Ahora hay tanta comodidad que antes no existía. Por ejemplo, estaban las rezadoras que rezaban la novena todas las noches. Habían oraciones bien largas y bonitas, pegaban media hora en rezar una, les ponían un pedazo y de ahí otro y otro y otro... al final no terminaban nunca.

Mi papá también sabía hartas oraciones. Tenía algunas pa' pelear con los otros hombres, pa' pinchar con las mujeres, sabía oraciones pa' 1 miedo y otra pa' los brujos. Yo me sé una que él me enseñó pa' no tener miedo cuando uno anda por los campos en la noche, es bien larga sí, no sé si me acuerde ahora, es de San Bartola:

San Bartola me bendiga
y una mañana salió,
a Jesucristo encontró
, pies y manos le besó.
-¿Dónde vas Bartolomé?-.
-Señor contigo me iré,
a los cielos subiré
ya los ángeles veré-.
- Vuélvete Bartolomé
que yo te daré un don
que no le he dado a varón,
la casa que fue mentada
no caerá piedra ni rayo
ni hombre de su caballo,
no morirá criatura de espanto
ni mujer de parto-.
Quien rezara esta oración
tres veces al levantarse
tres veces al acostarse
verá tres veces a la Virgen María
antes de su muerte.

Cuando me iba pa'l campo en la noche, ahí la usaba. Después de trabajar, me iba como a las doce pa' arriba y de repente rezaba mis oraciones pa' 1 miedo, o sea, nunca tuve miedo pero siempre como para protegerse, dijo. Y si va uno en la noche y pasa un tue-tue, entonces uno le reza su oración y se aleja, no le hace nada. Esa oración yo me la sabía y la rezaba cuando andaba por ahí pa' que no me hicieran daño los pájaros. Dice:

Dios te salve, Reina y Madre,
Madre de Misericordia,
no permitas que mi alma sea descubierta
ni mis carnes sean heridas
ni me echen brujería.
Amén.

Antes casi todo el mundo sabía rezar, ahora ya son pocas las rezadoras y la gente que sabe oraciones; están quedando pocas de las antiguas.

SAN FRANCISCO Y CRUZ DE MAYO: ANTIGUAS FIESTAS DE LA ZONA

Las primeras fiestas a que fui eran por ahí, por la vecindad no más, o en la casa, casi siempre los 18, los años nuevos, las pascuas, todas esas cosas. En realidad, las primeras fiestas mías en que canté fueron adentro del granero. Ahí fueron mis primeras fiestas donde cantaba y gritaba sola, ¡viera que me gustaba!

Aquí todavía se hace la fiesta de San Francisco, el cuatro de octubre. Yo canto todos los años. Primero el santo se saca en procesión, salen con el santito caminando y cantando, y de ahí llegan a la casa y se hace la comilona. Después, corriendo las mesas pa'l Lado, ¡vamos bailando! ¡Y se arma la fiesta! Allá en Pilén todas las viejitas cantaban, todas sabían cantar, no ve que era donde un tío de mi papá que se hacía San Francisco, se hace todavía... Me acuerdo que bailaban unos bailes bien raros, el baile del Pavo, el baile de La Aguja. Se montaban a caballo de una escoba, saltaban por encima de las mesas, creo que escondían la agujita en alguna parte de la ropa y empezaban a buscarla. De a caballo con la escoba, topeaban unas con otras y la gente tenía que hacerse a un lado sino la cola del caballo las pateaba, el palo les pegaba no más y como andaban medias emparafiná's, algunas peor 10 hacían.

Aquí en Curanipe bailan cueca, corrido, mexicano, cumbia, de todo, pero esos bailes antiguos ya no, no los bailan. A lo mejor en la antigüedad los bailarían, quién sabe.

Después había una cruz que vestían, le llamaban la Cruz de Mayo. La vestían con ramas, le ponían unos pajaritos ensartados en unos alambritos y los pinchaban en la cruz, eran de masa, tal como hacer roscas, con betún y todo. Los ensartaban, y ahí el que echaba una 10ga[28] o un brindis, sacaba el pájaro y se 10 comía. Tenía que atreverse, claro. Ahí se empezaban a acordar y unos sabían más que otros. El que los dejaba callados primero, ¡venga mi pájaro pa' acá y vamos repartiéndole a los amigos! Era divertido. Yo me acuerdo que me subía a una silla, echaba las logas, sacaba mis pájaros y vamos comiendo. Me sabía hartas, pero ahora me acuerdo de algunas no más. ¡Unas eran bien cochinitas! se las escuchaba a mi papá y las decía igual; es que tenía personalidad, así que no me daba na' vergüenza y como la gente se reía y aplaudía, yo más me insolentaba diciendo logas y brindis. A mí me gustaba llamar la atención, ser el centro de la polémica, dijo. Me subía arriba de una silla porque era chica, pa' que me vieran, pa' escuchar mejor o pa' alcanzar a sacar el pájaro sería. Me subía arriba de una silla y empezaba... Ahí, ¡de todo, chicos y grandes!, el que decía la loga sacaba el pájaro que quería, porque habían distintas figuritas, de pajaritos, de animalitos, qué se yo, entonces el que uno quería sacaba.

[28] Verso

Pa' las trillas también me ha tocado cantar pero un ratito no más, mientras se celebra. Las trillas de antes eran muy bonitas. Trillaban a pura yegua, no habían máquinas como ahora, y ponían a la cantora arriba, al medio de la parva de paja, según dicen los antiguos, y bótele canto. Las yeguas vuelta y vuelta, y los que estaban afuera escuchando, bote cueca. Apilaban el trigo en la mensa era, todo al medio, la cerraban con cordeles y ahí hacían la trilla. A mí nunca me tocó así, es que no soy tan vieja, dijo. A mi abuela, a ella sí le tocaba cuando niña. De niñita la echaban arriba de la parva de paja y bótele cueca, cantando y los demás bailando. Ahora no, ahora ponen el trigo amarrado, la máquina al lado y viene saliendo en el saco altiro, no se demora na'.

Hoy día, como que se celebran menos fiestas y santos, o será que ya las personas dejaron de creer. Antes creían ciegamente, todos los santos eran milagrosos. Ahora la juventud, como los viejitos van muriendo, van dejando la tradición y se van olvidando. Los antiguos le hacían manda a su santo, de celebrarlo todos los años mientras vivieran. Después ellos morían y se acababa la manda; si querían los hijos seguían la tradición, si no, la manda terminaba. Ahora ya se está terminando todo lo que es folclórico, al final va a entrar todo lo que es de afuera; ojalá que no. Tenemos que tratar de rescatar las raíces.

A mí me gustaría poder aprender más tonadas y cuecas, de esas antiguas, de las que sabía mi abuelita. Es que yo me sé casi puro mexicano. A la gente le gusta pero también me gustaría cantar tonadas, son muy bonitas y además para que no se pierdan, no se olviden...

MARIA ALEJANDRINA TORRES VEGA:

«PARA SER CANTORA HAY QUE DEJAR DE LADO LA VERGUENZA»

Para llegar a conversar con la señora María Alejandrina, debemos tomar la micro de las cinco de la tarde que llega hasta Quilicura. A la salida de Curanipe nos despedimos de su hija Alicia; gracias a ella podemos partir rumbo a Salto de Agua a encontramos con su madre. Es verano y el cielo costero está soleado.

La señora Alejandrina nos espera con su nieto Daniel para acompañamos hasta su casa. Caminamos, conversamos, nos reímos, y así llegamos hasta a un risco que maravilla por lo majestuoso; bajamos y subimos, pasamos por un pequeño bosque nativo y sólo entonces empiezan a aparecer algunas casas dispersas. Ha pasado una hora o más desde que iniciamos la caminata. De pronto llegamos. Dejamos atrás la casa de su hija Verónica, divisamos la de su hijo Pedro y entramos a la suya contentas y espectantes. Ahora sólo queda conocemos.

María Alejandrina Torres Vega fue la única hija mujer de una familia campesina. En ella se concentró, entonces, todo el saber femenino de la cocina, de la huerta, de la casa, pero también del canto. Y aunque se disculpa por no ser una buena cantora, recoge tímidamente el legado de su abuela, una herencia que se fue transmitiendo en forma oral, capacidad humana tan olvidada en esta sociedad de hombres escribanos.

CRECIENDO EN EL CAMPO

Mi nombre es María Alejandrina Torres Vega. Yo nací aquí mismo en Salto de Agua, allí abajito, donde les enseñé denante que vivía mi hijo mayor, ahí nací y me crié. Pero antes mi mamá me contaba que estuvieron un año en Imperial, un pueblo más al sur. Para allá se fueron a probar suerte. A mi papá lo llevó un hermano de ella, porque decían que estaba muy bueno el trabajo y así se fueron no más, con todos mis hermanos, ¡niños chicos! Pero lo que pasó es que después mi mamá no se halló. Al poco tiempo se le enfermaron y se le fueron muriendo sus hijos. Primero murieron dos niñas de tifus, después lo dos mayores y uno que ya estaba jovencito. A ella le dio rabia y le dijo a mi papá: -¡Pa' eso te viniste pa' acá, pa' venir a matar mis niños! Yo me voy pa' mi casa como aquí no habían vendido, ella se volvió pa' su casa otra vez. Alcanzaron a estar un año no más y después se vinieron. El no quería volverse sí, porque allá habían hartos mapuches que le tenían buena y le daban vino, ¡y a él como le gustaba tanto el vino! ... Pero mi mamá le dijo a los chiquillos: -Ya, yo me voy, cuál de ustedes quiere irse-. Y todos dijeron que sí y se vineron con ella. Ya, mi papi tuvo que seguirlos detrás. Pero yo no conocí Imperial. Nosotros, los dos menores, nacimos aquí.

Al final quedé la única mujer con seis hermanos hombres, así que de chica aprendí a cocinar. Mi mamá me enseñó a hacer pan, tortillas, sopaipillas, a pelar mote y tostar trigo. Yo tenía doce años, ¡y ya era cocinera vieja! Todas estas cosas no las ignoré cuando me casé, porque sabía hacer de todo, como era yo solita no más. Y por eso fue que no me echaron a la escuela tampoco. Aquí en el campo no

sabimos leer porque los viejitos antes nos enseñaban puro trabajo y nada de estudio, como que el estudio era una cosa que no valía y el trabajo era lo primero. Además, como yo era única y había que ir a estudiar a Chovellén, porque no había escuela acá en Salto de Agua, me quedaba muy lejos y no tenía compañera mujer para ir acompañá'. A mis hermanos sí los echaron todos a la escuela, así que por lo menos ellos aprendieron a poner su nombre.

LA HERENCIA DE LOS ANTIGUOS

A mí de chica me gustó el canto porque siempre salíamos con mi abuelita. Ella era cantora y sabía cantar bienazo. Después nosotros también aprendimos. Éramos tres nietas y las tres cantábamos, claro que así, medio chanca' o no más, como pa' entretenerse, entre juntos. Y de las hijas de mi abuelita, no cantaba ninguna. Mi mamá cuando niña sabía, pero después que yo ya tuve conocimiento, no se acordaba. Ella tenía en la memoria lo que su mamá le había enseñado, pero con la mano no sabía na'. Sabía de palabra no más, en seco. A veces se acordaba de algunas cuecas o tonadas, y ahí me enseñaba a mí. Pero nosotras no salimos a ninguna parte a aprender para que nos enseñaran, siempre escuchando a mi abuelita no más. Si yo estaba chica cuando aprendí, ¡tendría unos doce o quince años! por ahí.

Una de las canciones que me recuerdo era:

Para todos los presentes
y los que presentes están
por ser el dida de hoy
yo las vengo a saludar.

Hai venido de tan lejos
me hei valido de una nube
no les quisiera contar
y el sentimiento que tuve.

Amada prenda querida
que fuiste mal pagadora
tanto como te querida
te tenida en mi memoria.

En mi memoria te tengo
y con el fin de no olvidarte
pero ahora hei sabido
que tu amor está en otra parte.

Que tu amor esté en otra parte
cansada estoy de saberlo.
de la hora en que yo supe
yo no hai tenido consuelo.

Yo ne hai tenido consuelo
muy penosa lo he pasado
del ver que en tan corto tiempo
tan pronto te has olvidado.

Para todos los presentes
que me perdonen le pido
la letra y la mala voz
los defectos que han habido.

Como yo fui la única hija mujer, me acuerdo que mi papá me compr6 una guitarra chica y ahí me hacían cantar. Mis hermanos y ellos me enseñaban con la voz. Primero aprendí a afinar y después a tocar. Y eso es lo principal, la afina'ura primero antes del toquío.

Pero siempre, la que más me enseñ6 fue mi abuelita, porque esto viene de los antiguos, ellos son los que saben, por eso que a uno le tira y hereda el canto. Uno va escuchando y si es curiosa lo va aprendiendo. A ella le gustaba mucho de cantar cuecas, de las más antiguas de ese tiempo. Hubiera estado viva, ahí hubiera aprendido algo más, hubiera sabido unos punteas por la postura común. Lo más que la gente antigua sabía era esa postura, la común...

UNA FAMILIA UNIDA

Yo de veintisiete años me casé. Ya llevo hartos años casada, como treinta y nueve, si el hijo mayor tiene treinta y dos. En esta casa tenimos como quince años viviendo. Ahora Segundo tiene sesenta y cinco y yo, sesenta y tres. Si él es dos años mayor que mí no más. Yo siempre le digo: -No, si usted no tiene na' que mandar mucho porque son dos añitos no más que es más grande que yo-. Y él se ríe. ¡Si Segundo es muy bueno! Nosotros nunca habimos peleado de que nos casamos. Pero así lo que tiene que es tan callado, por eso hay que andarlo apuntalando: -¡converse cuando hay gente!-le digo -porque la gente se avergüenza con una personacallá' -. Así sano es calladito, ¡claro que cuando está rascuch6n[29], el puta madre de tallero! Pero usted, como lo ve ahí, sea cura' o ósea sano, igual.

[29] Mareado por el vino

Segundo es calladito, otros meten boche, se ponen mañosos con la mujer, la mandan aquí, háceme esto o esto otro. El no, él es muy tranquilo. Y los niños salieron todos así también. Que se curen ellos, usted no los nota que andan cura' os porque son calladitos.

Y como hermanos tampoco nunca han peleado. Yo, estando chicos, los niños se reían porque como habían pocas fuentes, cuando comían les echaba a todos juntos en una misma fuentecita y a lo que ya iba quedando poco, entonces el más grande les decía a los otros -ya, dejémosle esa otra poquita a ellos que son más chicos-o A veces, si había un huevito, se los hacía y se lo comían entre todos sopeadito con pan; no sé cuánto tocaría cada uno de un huevo. Y siguen así, todos sacaron el genio de Segundo. N o hay ni uno que sea mochero, mañoso; si te curaste, bueno. El Abraham, el más chico, es muy buen socio pero es más callado que Segundo. Yo le digo: -Hijo, hay que conversarle a las señoritas pa' que vengan otra vez porque si no conversamos na', van a decir que estamos enojados y no van a volver-.

Ahora seguimos viviendo todos juntos, siempre cerquita porque ya estamos acostumbrados a este lugar. Los niños nacieron y se criaron aquí. Me acuerdo que vivíamos en esta otra casita, donde tienen ahora los cachureos de los bueyes. Ahí crecieron todos los cabros que están aquí. Después se nos empezó a hacer chica, así que hicimos otra más grande de adobe, pero ya los niños empezaron a estudiar, a trabajar y de a poco se fueron apartando. Los que se casaron se trajeron la familia pa' acá y construyeron sus casitas por aquí mismo. La única que se fue pa'l pueblo fue la Licha, porque el Ramón, su marido, tenía un buen trabajo allá; y el Femo, el mayor, que anda pa' allá y pa' acá en los aserraderos.

DEL TRABAJO EN EL FUNDO A UN TERRENO PROPIO

Nosotros trabajamos con mi viejo en el fundo de Tregualemu hartazo tiempo. Los niños estaban chicos. De aquí nos íbamos a hacer siembra, en aquellos pinares que se ven pa' allá, yo con mi niño en brazos y mi cacerola en la mano, y partíamos. Los otros hijos quedaban en la casa solitos con Femo. Todos las mañanas pa' allá y todas las tardes pa' acá, de vuelta. Yo llegaba, a veces me tomaba un agua caliente pura así no más y a los chiquillos les hacía un ulpito de harina. Comíamos, y ya nos daba sueño. Al otro día a las cinco de la mañana volvíamos de nuevo a lo mismo.

La vida era bien sacrificada, sobre todo pa' una, porque el trabajo del fundo era duro y después tenía que llegar a preocuparme de la casa, de la huerta y de los niños. Es que siendo pobre se sufre mucho, bueno, y el rico dicen que igual sufre porque tiene que trabajar harto pa' poder ser rico y también debe tener problemas.

El tiene que pensar, si es que tiene algún empleado, el trabajo que le va a dar, cuánto le va a pagar, todo eso. Si nosotros es poco el problema que tenemos, no se tiene tanta comodidad no más; el rico está más mejor, pero entonces tiene que pensar que tiene que pagar un emplea' o, que tiene que pagar una empleá', que tiene que pagar una cocinera, ¡buh, que tiene que pensar harto!

Yo, de empleá' si que no me gustó nunca de trabajar, porque no me tiró cuando joven salir del campo y a éstas mías tampoco. Sólo la Licha trabajó unos años, pero en el verano, aquí en Curanipe. En el fundo yo trabajaba haciendo chacras, papadas, cortando tareas, cosechando, todo esos trabajos del campo. Después estuvimos de medieros, pero con el tiempo tocó la suerte de poder comprar este terrenito y ahí se nos mejoró la vida. Estando solos siempre es mejor, porque usted siembra y cosecha entre los poquitos que son, en cambio, si hace media, cosecha la mitad no más.

Bueno, y ahora aquí en mi casa no me falta qué hacer. Estos cabros, sobre todo, son los que me dan más trabajo porque agarran tanta siembra. Yo estoy todo el día vuelta y vuelta haciendo harina, preparando comida o cualquier cosita pa' que lleven. De ahí en el tiempo de verano también me toca ir a las cortas y los emparves, pero ya estoy acostumbrá aquí en el campo. Si quiero algo voy pa' mi huerta, saco verduras y tenga o no tenga plata siempre como igual.

LA GUITARRA COMPAÑERA DE TODOS LOS DÍAS

Yo en las noches me doy de tocar así, que no me vea nadie, escondí' a. Allá pego hasta que ya me da sueño. Segundo a veces despierta y me dice: -¡Que está's ahí, entumiéndote! Vente a acostar mejor-o -No-le digo yo -¡después las canciones se me olvidan!-.

Las dos hijas, la Licha y la Vero pa' tocar con la mano son buenazas también, pero pa' cantar con la voz no. Se apartan, no se siguen na'. Y Segundo, como le gusta tanto el canto, cuando la Licha era chica siempre le decía: -A lo que sea grande mi chiquilla le voy a comprar una guitarra-. Después que le compró su guitarra ya el canto no le salió nunca, no le tocó nunca porque le daba vergüenza. En la casa, cuando estaban los niños, los hermanos, ahí ella cantaba, pero que llegara gente extraña no, no había caso. Es que esta siempre ha sido vergüenzosa. Pa' cantar así cuequecitas y cosas, sí, pero delante de gente extraña no. Yo de primera era igual y todavía cuando hay gente... La vez que se casó el Miguel y la María Inés no tenían {la' cantora y me hicieron cantar a mí. Yo no quería, me daba vergüenza, y ahí decía yo, cómo saldría bien ese canto, cantando y llorando, porque él era hijo mío. Y dicen que es malo que una madre le cante a los hijos cuando se casan, pero hasta aquí no ha pasado nada a Dios gracias.

Cuando me casé también me cantaron. La señora que me cantó era buenaza

igual, pero ya se murió, se llamaba Clara Leal. Esa vez me acuerdo que llovió harto. ¡Oy!. Llover y llover no más. A lo que nos quisimos venir pa' la casa a la fiesta, se nos ahondó el río y como andábamos de a caballo, tuvimos que alojar allá en Curanipe. En la noche ¡amanecimos cantando y bailando! Y el agua pegando, no paraba nunca. Al otro día hicimos desayuno, almuerzo, de todo, y en la tarde llegamos. La demás gente esperando aquí, ¿y los novios y los novios? ¡Los novios estaban perdidos! Dicen que cuando llueve harto salen peleadores, pero son mentiras. Cómo a nosotros nos llovió tanto y aquí ni lo permita Dios, ¡cuándo peleamos! Pero así dicen: Cuando llueve se casan los novios peleadores.

Mi casamiento fue muy bonito, había harta gente y la cantora no se cansó de tocar en toda la noche. Tenía bonitaza voz y era parejita pa' cantar. Esas dicen que son las buenas cantoras porque además se saben hartas cuecas, tona's, de todo. Hay otras que se aplican no más, saben poquito, tal como yo misma, pero hay cantoras que saben harto, canciones, corridos y vals, como doña Rosita de Entor. Doña Rosa de Entor tiene tan fuerte la voz, y eso es lo que le gusta a la gente. Bueno que la cantora teniendo entendimiento pa' aprender, igual aprende. Si tiene memoria aprende altiro, si no tiene na', por más que le enseñen no va a poder ser. Igual pasa con el rezo, quien quiere aprender a rezar y tiene buena memoria lo aprende, si no, no. Claro, si ser cantora es lo mismo que ser rezadora. Ya, si muere su gente y uno no es evangélica, le va a querer rezar, y tal como nosotros mismos que no sabemos el rosario completo, entonces tenemos que buscar a una rezadora. Y si quieren tener un cumpleaños, estar un rato y divertirse, bailar unas cuecas o escuchar unas canciones, y naiden sabe tocar, entonces usted misma agarra la guitarra. No, si sirve ser cantora. Con la misma gente de su casa, por ejemplo. Aquí entre nosotros hacimos fiestas, y como yo soy buena pa' cantar, los niños a veces van a buscar vino los días domingos y somos nosostros no más. Es bonito, aunque no seamos muchos ¡hacimos como si hay un mundo de gente! Mire, usted misma se da cuenta que yo no sé harto y de a dónde viene buscándome. La tremenda mortificá' por una persona que sepa cantar lindo, ¿¡no ve que se busca? Entonces ahí se da cuenta usted que es bonito.

Y pa' cantar hay que dejar la vergüenza también, porque si tenemos vergüenza no cantamos na'. O si sabemos rezar y tenemos vergüenza, tampoco rezamos, es lo mismo. A mí lo que me gusta harto es el canto del evangélico, pero de dentrar no, porque... no es que no me guste pero qué saca con decir voy al culto una vez al mes, una vez al año. No vale de nada. Pa' ser evangélico hay que ir todos los domingos y asistir. Pero cuando cantan, ¡cantan lindo! O será que a nosotros nos gusta el ruido.

Cuando estaba más joven cantaba en las trillas, en los angelitos o cualquier fiestecita así, pero ahora no sé, ya se me han olvidado. Antes cantaba mejor y tenía más buena voz también. Claro que yo he sido todo el tiempo bajita de voz, pero ahora se me ha estado acabando. Y antes, por cantar pagaban. Lo que a la

gente le nacía del corazón no más, cien, doscientos pesos, de cincuenta pa' arriba. Ellos mandaban a tocar su toná' y le daban lo que podían. -Ya, pa' que compre las cuerdas, se le cortan por estar divirtiendo aquí- decían. En ese tiempo era como si pagaran dos o tres mil pesos de ahora. Y antes era muy escaza la plata. Yo cantaba, tendría unos diez años cuando me hacían cantar. Me daban su peso en ese tiempo, ¡y yo vamos cantando pa' ganar plata...!

Escuchen niñas solteras
lo que les vaya explicar
los jovencitos de ahora
no las vaigan a engañar.

No la vaigan a engañar
lo que les digo yo es cierto
porque lo que ofrecen ellos
palabras de casamiento.

Palabras de casamiento
lo que les hablo verán.
después que se ven queridos
vuelven la espalda y se van.
Vuelven la espalda y se van
y engañan a otra parte
los jovencitos de ahora
no piensen de condenarse.

Que linda que está esta mesa
toda rodeada de vino
más bonitas están las niñas
al lado de sus amigos.

Para todos los presentes
varillita de cedrón
que me disculpen les pido
no lo puedo hacer mejor.

Segundo siempre dice: -muy bonita la radio, pero no, yo soy de puros cantos-. Si la guitarra es la divertida. Y no hay como la cueca chilena, aunque sea como sea, pero donde vaya es más bonita.

Me acuerdo que antes tocaban puras mujeres y los hombres no. No se le enseñaba a los hombres, porque les reparaban que cantaran. Un tío mío sabía cantar. Ese cantaba la Décima de San Juan y ahí, cuando la cantaba, se reían: -¡Oy! si el canto lo cantan las señoras mujeres- decían. Pero él seguía igual no más,

y cantaba tan bien el viejo. Se reían de él porque aquí no se usaba que cantaran los -hombres, y ahora la mayoría canta. Cantan más los hombres que las mujeres y son mejores porque tienen mejor voz y los trina' os los hacen muy bonitos. Uno no sabe de eso, pa' trinar no sabe mucho, apenas su cuequecita ganaita, sus versitos: Y ellos saben corridos, valses. En Chovellén hay uno, ¡que ése pa' cantar corridos es pero...! Y ahí, por la Mata de Boldo también hay otro muchacho. Dicen que se llama Peyo pero le dicen Peyo Chico, es hijo de don Oscar Muñoz. Es que ahora los hombres han aprendido más, cantan esos corridos, esos valses que tocan. Algunos entraron a la religión evangélica y ahí aprendieron también.

SAN PEDRO Y DAN MIGUEL

Antes aquí en el campo se hacían fiestas cuando se casaba la gente, en las pascuas, los años nuevos, pa' todas las ocasiones. Se celebraban con carreras, ramadas, y ahora todo eso se ha acabado. A veces se hacen pa'l año nuevo todavía, claro que menos que antes. También se cantaba en los velorios de angelitos, pero era muy poca la gente que sabía cantar porque pa' aprenderla es más difícil. Muchas no sabían y no querían aprender. Es que son tona'itas pa' ángeles y éstas que canta uno son pa' divertirse no más. Las otras son más lastimosas; cuando va bien entoná' y tiene mejor voz va más lastimosa. Allá. la comadre Ana es la única que sabe, pero ella ya no canta na' porque está muy viejita. Ahora, no hace mucho, cuando murió un angelito, la chiquitita de la Miryam, me acuerdo que no hallaron por toda la montaña de Salto de Agua a nadie pa' que le cantara, así que fue la comadre Margarita a buscarme en la noche y partí. Y yo antes sabía hartos cantos pero ahora se me han olvidado, me acuerdo de unos poquitos no más.

Que glorioso el angelito
papelito, papelito
dele saludos a Dios
y a todos los angelitos.

Dida sábado en la tarde
al cerrarse la oración
me despedí de mi madre
con un grandísimo dolor.

De mis hermanos queridos
de ni uno me despedí
ellos me fueton siguiendo
por caminos donde me fui.

Por caminos donde me fui
de lágrimas la regué
de ver a mi pobre madre
que llorando la dejé

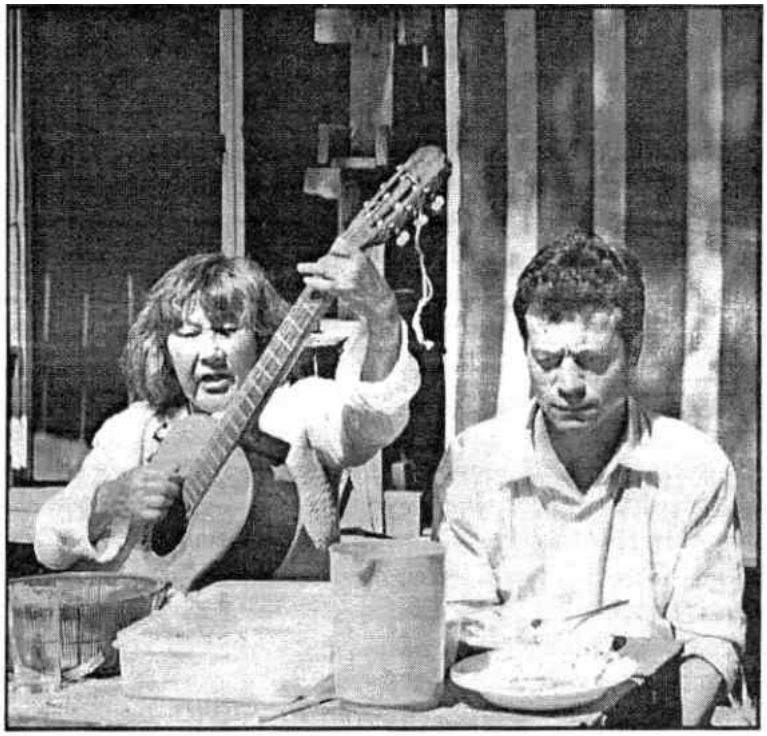
Le pedí a mi pobre madre
que me eche su bendición
al hincarme de rodillas
se me parte el corazón.

Cuando se le murió su guagua al Zacarías, ahí también le bailaron. Es que esa era niña chica, estaba de meses no más o un año parece que tenía. ya, cuando son más grandes, de diez, doce años, se les canta su tonadita, pero no se les baila. Y ahora tampoco les cantan casi. Les hacen con velitas no más y con la Virgen.

Nosotros todavía aquí mismo en la casa celebramos San Pedro y San Miguel. El chico que estaba anoche, el casado, él tiene el Santito de San Pedro y le hace fiesta. ¡Viene mucha gente! Todos los vecinos de allá arriba, los de al otro lado. Se reúnen sus treinta, cuarenta personas. Cada año matan corderos o chanchitos. Claro, y es con baile la cosa; cuando no hay radio, hay guitarra. A veces vienen cantoras a cantar y cuando no, me hacen cantar a mí. Yo con lo buena que estoy pa' cantar, ¡qué!, ya me canso y pido que pongan radio. Canto mis par de cuecas, y después ponen cassettes. Todos los años ¡Y la gente amanece! El santito ése lo compramos cuando él nació pa'l día de San Pedro, entonces Segundo dijo: -Le voy a comprar un santo a mi niño-o Después ya lo compró, y de ahí el chico le reza y lo celebra todos los años.

Y pa' San Miguel también. Segundo y mi hijo mayor se llaman Miguel. Ahí celebramos en la noche, los chiquillos vienen a saludados. Hacemos unos ponches, vinos, cazuela. Otros años uno tiene cordero, hacimos asado, pollo al jugo, cualquier cosita.

Por acá las trillas y otras fiestas ya no se hacen, porque no hay cantoras casi. Antes habían y cantaban en las trillas, pero ahora ya nadie trilla con canto, porque no se encuentran. Y aquí hombres no hay de música. Los niños están de aprender a cantar, pero tampoco... Perno, el hijo mayor, así pa' tocar la guitarra es harto bueno. Toca como una mujer, sabe hartas cuecas, pero es medio ronco pa' cantar. Los niños, cuando están curados, lo hacen que toque, y viera, bailan unos con otros y hacen fiesta. Si aquí cantoras son escazas, no hay, por eso es que quedan tan pocas cosas con canto, porque ya casi no hay cantoras.



CARLINA VEGA CUEVAS:

«LAS CANTORAS SON COMO LOS PAJARITOS. ESTAN LAS DIUCAS, LOS ZORZALES, LOS GORRIONES Y A CADA UNO DIOS LE DIO SU CANTO»

María Celeste, hija de la señora Carlina, abre su puerta y nos sonríe. Después de escuchar el por qué de nuestro interés en conocer a su madre, nos guía calmadamente hasta la casa de ésta. Es una mujer joven, confiada y suave, de andar sereno. Cruzamos el camino que atraviesa Peúño y nos adentramos en un sendero que serpentea una loma. Luego de unos minutos caminando bajo el sol, aparece, entre praderas, una pequeña casa. Su madre, al principio nos mira reticente, sin embargo, nos recibe, y después de un rato no tardarán en hacerse cálidas las horas.

Carlina Vega Cuevas es una mujer de una edad incierta. Según su carnet de identidad tiene sesenta y cuatro años, pero quién sabe cuántos más tendrá... Su cara es morena y su pelo gris, casi blanco. Inmensamente cariñosa, vive protegida en sus recuerdos. Ella y su hija se entienden sorprendentemente. Celeste sabe de sus historias, de sus miedos y sentires. Ambas residen en Peúño, un caserío costero al sur de Curanipe. Allí, la señora Carlina vive rodeada de sus nietos. Cada vez que los ve, su voz cambia y se hace más dulce. Les habla en otro lenguaje; a su nieta mayor, Romina, una niñita de 9 años, la llama, entre risas y caricias: «mi pajarito».

Conversamos largamente. Los días se suceden y Carlina Vega va cantando sus canciones; son cuecas y tonadas llenas de imágenes y decires, que llegan desde lejanos y antiguos recuerdos. Estos no tienen tiempo, recorren, vuelven, irrumpen o se sustituyen... No es nítido el pasado ni el presente. En su memoria se confunden y entremezclan. Su mirada se pierde en una de sus manos y, como en un sueño, en su mente se dibujan otros mundos. Poco a poco, sin embargo, con la ayuda de Celeste, vamos vislumbrando una historia llena de pasiones y soledades también.

Carlina Vega es reconocida por la comunidad. Los vecinos, habitantes de Peúño, Chovellén y Curanipe, la recuerdan, jovencita, como buena cantora, de hermosas tonadas y bella voz. Sin embargo, con el tiempo, su figura se desvanece entre vagas explicaciones sobre el silencio que fue envolviendo lentamente a esta cultora del canto tradicional campesino.

UNA INFANCIA ENTRETIAS

Yo me llamo Carlina Cuevas. Aquí, todos me conocen por ese nombre, pero soy Vega por parte de mi papá. El apellido Cuevas es propietario de la familia de mi mamá. Según dijo el señor cura, los de ese apellido fueron los primeros ricos que llegaron a Chile. Fueron grandes ricos que con el tiempo se casaron con los indios y ahí lo heredaron... Y Cuevas son muy pocos los que hay por acá en Chovellén. Para Cauquenes está un abogado y no sé qué otro más habrá, dos no más hay de ese apellido parece. Claro, si acá no hay naiden, son todos Vega o Leal. Pero pa' 1 sur existen muchos de ésos, no ve que mi mamá era de Santa

Juana.

Ella se llamaba Rumalda Garcés Cuevas. La pobrecita murió a los quince años en el hospital. Sabrá Dios qué enfermedad sería, y entonces ahí mi taita se fue... Yo era chiquitita, daba pasitos y me caía, pero sé que vivíamos allá. Ahí nací yo. ¡Que pena más grande! Cuando me acuerdo lloro. Y mis tías, las hermanas de mi papá, a lo que supieron, fueron a buscarme y ahí me trajeron, así que me crié con ellas acá en Chovellén. Vivíamos del colegio pa' abajo, en el campo.

A mi taita no lo quisieron nunca en la familia de mi mamá, pero ella se casó con él igual no más... Dicen que era bien preparado, estuvo dieciocho años en la Marina y viajó harto. Aquí en el brazo tenía un dibujo de un ancla, un tatuaje. Juan se llamaba, Juan Francisco. Y después que se fue, anduvo no sé cuánto tiempo lejos y con otras mujeres, claro que no se casó nunca con ninguna. Si yo tengo hartazas hermanas, pero son todas naturales. Es que antes no existían estas leyes de agora, no se casaban... Después, ya venía por unos días no más a vemos porque le daban poco permiso, y él me encargaba a mis tías que no me dejaran sola por ahí. La aconsejaba bien aconsejá' a mi mama María, así que ella dice que yo quería mucho a mi taita. Pero lo conocí por foto no más, porque no me recuerdo de él.

Yo era muy apegá' a mis tías, sobre todo a mi mama, como le decía. Ellas iban a buscar agüita, yo también a la siguita, detrás. Cuando iban a las minas traían unas chancharras. Eran unos tarritos como botellas, y me los daban de juguete. Allá llegaban otros niños a jugar a la casa, y a mí no me gustaba, así que me iba a buscar caracoles, a recoger semillitas o cualquier casita... Lo que más me gustaba era de hacer canastillitos. Viera usted. Hacía canastillos y cazaba diuquitas yo. Ya, después me iba pa' la escuela y las diucas quedaban ahí, encerrá's... Pero allá se venían los niños detrás y me daba tanta rabia. No me gustaba estar con otros cabros, siempre solita, con mis gallinitas y mis muñequitas no más. Solita me crié yo, con mis puras muñecas y el canto.

Así crecí con mis tías. Ellas eran tres. Estaba mi mama que se llamaba María y era la mayor, después la tía Juana y la tía Mena. Bueno, y la mamá de ellas que era mi abuelita. ¡Ellas sí que sabían cantar! Dicen que no cantaba naiden como ellas. Tocaban muy bonito. Unas canciones lindas, antiguas. La tía Mena era la que mejor tocaba de las tres y fue la única que se casó. Su hijo, el Sergio Henríquez que vive frente a la escuela de Chovellén, también canta. A él yo le enseñé «La guerra de las tres naciones». Claro que el otro hijo, el Renato, que ahora anda perdido por otros países, ése si salió a la madre. ¡Oy! ése pa' cantar bien... es que es más ronco. Dicen que una vez agarró la guitarra en Argentina, y allá los cantantes hacen una rueda y se ganan todos a cantar; ahí mismo cantó él, pero lo celebraron... ¡Oy! no ve que estas tonadas son otros cantos, distintos,

entonces, más contentos los argentinos. ¡Canta bonito! Los trina' os que hace no se los gana naide...

Dicen que el canto viene por familia y debe ser así porque yo aprendí donde cantaban ellas, mis tías, las abuelas, todas las mujeres por parte de mi padre. Ahí sería que me tiraría de cantar. Me acuerdo de una «La luna con su clarura»... ¿se la saben?

La luna con su clarura
de plata viene alumbrando
y el arrollito dulce
poquito a poco lo va plateando
La luna con su reflejo
busca un espejo donde se mira
La reina de este paraje
es una criolla divina

Estribillo:

La noche pasó, la luna se fue
Los pajaritos cantan
cantan al amanecer.

Detrás de la cordillera
el sol ya viene saliendo
El primer rayo que asoma
enciende fuego al campero
Las flores muy complacidas
abren sus pétalos yertos
La reina de este paraje
lanza sus trinos al viento

Estribillo:…….

Un dida que salí en busca
de unos yuyitos al campo
Andaba la paisanita
muy tristecita llorando
Una mirada tan triste
que al alma me iba llegando
y de verla como iba
la acompañaba llorando

Esta canción me la sabía de cuando venían unas niñas de Los Pajonales. ¡Cantaban pero tan lindo! - ¡Pa' qué me paro yo! - decía. Con ellas aprendí también. Eran gente rica que tenía fundo en Los Pajonales y acá en San Rafael, pa' Cauquenes. Me acuerdo que el dueño era Don Hernán. Y ellas cantaban... En cambio uno canta, pero cantitos así no más.

Acá a la casa llegaba mucha gente a veranear, gente rica que venía de paseo porque mis tías eran muy queridas. Ellas además tejían, cocían y vendían vino. De Coronel de Maule eran casi todos, y las mujeres to'itas cantaban bonito. Bueno, y ellas harto buenas igual, casi ganándoselas a las otras. Ahí yo escuchaba y aprendía, pero naiden me enseñó a poner las posturas, quise sola aprender yo... Les voy a cantar una que me vino al recuerdo:

Esa rica que oro te ofrece
y pretende hacerte feliz
y pretende robar tu cariño
robar tu cariño y burlarse de ti

Estribillo:

Dime pues negro querido
por qué desprecias mi amor
no vi' s que esta huasa te quiere
con toda su alma y todito su amor

No tení's compasión ni dolor
de esta pobre que tanto te ama
y con justa razón te reclama
el cariño que le has ofertado

Estribillo:…….

No tengo dinero mijito
pero tengo un fiel corazón
yo lo juro morir a tu lado
morir a tu lado juntitos los dos.

Estribillo:……..

Con hartos recuerdos va esa canción, sentida pues, no ve que se va a querer a otra... Así son los cantos antiguos, llenos de sentires, si con sentimiento se aprenden. Pero dice mi mama que en ese tiempo de ella, la comadre Donatila y la comadre Rosa llegaban a aprender. Y la Rosa le decía: -Usted, comadre, le enseña a la Tila, ¿y a mí por qué no me enseña?-. La Tila cantaba poquito mejor y ella no

cantaba na', no agarraba nunca rumbo, vamos cantando y no sabía na'. Y ahí ella lloraba porque no podía cantar... y yo, cuando iba a Tregualemu, tenía una amiga que se llamaba Inés. -Cántele me decía don Juan, -enséñele-, pero yo le enseñaba cualquier cancioncita, estas canciones más bonitas no quería que las aprendiera. -Cómo, si paré' que sabe otras mejores, Carlinita. Es que me le olvidan oiga-le decía yo. No, las mejores canciones no quería enseñárselas, le enseñaba cualquier otra. Pero la que más sabía era la mamá de mis tías, ella sí que conocía de cantos. Todas las canciones dicen que las sabía ella... Cantos antiguos y bien bonitos.

Yo me acuerdo que cuando se celebraban las novenas también se cantaba. La gente iba a buscar cargas de vino y las señoras llevaban su piso, su pellejo; todas sentaditas, vamos rezando, muy atentas. Después ya daban comida, presas de chancho, panes, y empezaba la fiesta. Algunas cuando iban, ahí mismo hablaban mal de mi mama María. Le tenían envidia porque ella manejaba vino pa' vender, tenía patente, así que... ¡Era tan diabla la gente! Todavía, les digo yo -será lengua de fuego-, porque dicen que uno comete de hablar mal sin haber pa' qué. Y hay envidiosas, oiga, hay envidia... Levantan unas calumnias que llega a doler la cabeza. Entonces, en esos años, mi mama les cantaba la cueca de «Las lenguas de ratonas» y ellas no se daban ni cuenta, ¡vamos bailando! En ese tiempo estaban solteras y mi tía Mena decía: - ¡Oy, si me da rabia cuando me dicen señora!-. Señora, da harto como tristeza así, ¡y señorita no! -Sí- decía -tengo un poco de señora y un poco de señorita-...

CARLINA Y SU HIJA CELESTE

Y ya después nació mi hija. Tenía más de veinte años cuando tuve a la Celeste. Le puse María por mi mama, María Celeste le iba a poner, pero por el civil me la inscribieron como María Cruz. Con el curita ahí sí quedó por María Celeste. Y ella se crió en la misma casa donde crecí yo, en Chovellén. Bueno, y otro poco también en Santiago, con su tío Balmita, que fue uno que cuidé de chiquito cuando se le murió su mamá, una tía mía.

Cuando salía a cantar, pa' todos lados partía con mi Celeste y cuando no, salía con el Sergio Henríquez, el hijo de la tía Mena que les contaba. La Celeste así creció... y ya más grande se casó. De 27 años encontró marido. Yo me quedé solita allá. Cerraba la puerta, me ponía a tejer, me acostaba tarde, y ahí estaba, siempre solita. A veces salía pa' donde la prima Elvira, donde las vecinas o a cualquier otra parte. Después pasó el tiempo y ella me fue a buscar. -Ya- dije yo -me voy-o Y me vine pa' acá, pa' Peúño.

Con la Celeste siempre conversamos, y yo le digo que a mí me gusta la vida del campo y también me gusta el pueblo, porque ella quiere que nos vayamos pa'

Cauquenes. Claro que siempre que el pueblo tenga como un campito así, ahí es bueno. Pero acá, en Peúño, lo hallo triste porque no hay ni una cosa, en cambio allá, donde vivía yo, en Chovellén, entraba la gente a la casa, siempre estaba llena, ¡y uno tan feliz! Se enfermaba usted, ahí estaban. Pasaban por los caminos, ya, pasaban a pedir agua, a conversar o a sentarse. Y aquí no, es otra cosa, si ahora lo único que tengo es mi hija y mis nietecitos...

Una vez me acuerdo, cuando ella estaba chiquita, jovencita, entonces me convidaron a un casamiento por Salto de Agua. Cuando se casó la Nina fue eso. ¡Y los padrinos no la eligieron pa' cantar! Y le pagaron su platita. ¡Viera usted!, cantó harto lindo. Claro que ella no era de las que cantaba tanto, aprendió las obligaciones no más, pero tocaba chicotea'ito, así que alegraba mucho a la gente. Después ya no hizo caso, se dejó de lado, no ve que se casó, y como no habían na' muchas guitarras tampoco, no tocó más mi niña. ¡Se olvidó pues!... Yo le digo que toque no más, primero va estar perdida altiro, pero después ya vuelve a las canciones. Ahora le da vergüenza y dice que no sabe, pero antes sabía sus cantares cuando más niña, viera como tocaba.

Y a mi hija la hallaban muy bonita Decían allá, esta niña en el pueblo habría hallado un buen joven, y todavía lo dicen pero qué sacan, total, ya se casó.

EL CANTO QUE LLEGA AL CORAZÓN

Yo de bien jovencita ya sabía cantar. Me sabía muchísimos cantares, pero era mañosa. No me gustaba de cantar en cualquier parte, no. Tenía que ser que me sintiera a gusto. Mi tío Santo, que ese tío lo quería mucho yo, hermano de mi papá, José Santo Vega Alarcón... El siempre me decía que cantara pa' que perdiera la vergüenza. Bueno, y a mí me tiraba de tocar, pero yo así chiquitita ¡qué iba a cantar! Con mi cabeza gacha y la guitarra, no cantaba na' pu'... No quería cantarle a naide, viera usted. -¡Y pa' qué aprende entonces!- me decía él. -Va a ver las ovejas pa' donde esos ricos, va cantando. Va a cantarle a los pájaros, a esos sí-. Un día me dijo: -Han llegado dos amigos de Coronel y tiene que ir a cantar. Tiene mi amiga que cantar y seriamente en sus cosas. Cuando usted esté más niña ya empezarán los hombres a hablarle y tiene que saber cantar-. Ya, voy yo. Fui con mi guitarra... ¡Y no me cebé a cantar! ¡Ve, perdí la vergüenza altiro!

Me sabía hartos cantares, i buuh! montones. Estos cantos que les toco no lo sabe naiden por aquí. Son de esos de la antigüedad. Canciones bonitas que van con sentimiento... Yo aprendí de la mucha gente que llegaba de Coronel, allá donde vivía con mis tías. ¡Tanta gente buena donde me crié! Entonces se cantaba ¡pero lindo! La Elenita Alarcón, por ejemplo. La señora Agustina, una señora que está agachadita ya y que es de Quilicura. La finá' Clara. Pa' la montaña, una

señora que se llama Catalina. Pa' Salto de Agua, otras tantas. De esos tiempos será que más cantos me sé. Me acuerdo de uno pero hay hartos que se me han ido olvidando, no ve que tanto tiempo sin cantar. A ver...:

El dida en que me dijiste
que tu amor ya no era el mío
con mi dolor escondido
me alejé pensando en ti

Estribillo:

Cantando por la alameda me fui, me fui,
Llorando mi amor, mis penas de amor por ti
Me voy buscando el consuelo de este dolor que me mata
Cantando una serenata que se recuerda muy bien de mí

Hoy vivo con la esperanza
que me vuelvas a querer
mala hora de confiarse
del cariño de hombre infiel

Estribillo:…….

Los viejos sauces llorones
que tanto me ven sufrir
y de verme abandonada
más bien quisieran morir

Estribillo:…….

Este canto me llega al corazón... me hace recuerdo. Los cantares traen sentimientos. Hay un dicho que dice: «y de recordar me vuelvo loca... ».

¡Ay, Señor!... Me acordé de una historia de esas de cantar. En la escuela la profesora nos contaba un cuento de cómo la diuca compitió con el murciégalo. Cada uno se puso a cantar y tuvieron que decir los demás quién lo hacía mejor. ¡Altiro ganó la diuquita! No ve que entre el murciégalo y ella se nota la diferencia. Lo mismo pasa con el canto, unas son mejores que otras porque Dios les da ese don. Si las cantoras son como los pajaritos, cada una con su voz.

Yo de jovencita que salía a otras partes a cantar. Cantaba pa' los casamientos y también en las ramadas, de antes que naciera la Celeste. Era afamá' en esos años, viera usted. Pa' las ramá' s no pagaban na'; donde pagaban harto era pa' los novios. Ahí sí. Entonces yo iba y salía a cantar...

En la puerta de la Iglesia
la virgen salió a encontrar
con toda sus elegidas
y los presentó al altar

Salió el cura parroquial
que representa al Señor
con todo su sacramento
y les puso bendición

El cura y el sacristán
le nombran tres sacramentos
y uno es pa' adorar el tiempo
y dos son pa'ser cristiano

Ya salieron de la Iglesia
los novios salen casados
salen con toda su gente
padrinos y acompañados

Vivan los señores novios
arco del cielo estrellado
vivan novios y padrinos
vivan los acompañados.

¡Vi van los novios! Esas se cantaban al llegar o también en la mesa. De a caballo bajaban a Curanipe, pero después ya empezaron a venirse en camioneta. Antes era bonito, de a caballo y con hartas cantoras, unas dos, tres, cuatro señoras esperando en el barón, cada cual con su guitarra. Y duraban esas fiestas, unas veces dos días, otras veces tres. Ahí mis tías cantaban cuando yo estaba chica. Ya no quería ni ir a la escuela para ir a las fiestas... Me gustaba. Y se bailaba harto, claro que no habían valses de esos que hay agora. Antes también hacían pedazos los paquetes de pastillas y en plato iban dándole a la gente pa' allá pa' Tregualemu, ¡Qué, aquí le tiran a los perros! Caen las pastillas por donde sea; tiran al mundo no más...

Me acuerdo una vez cuando don Juan se acordó de mí. El era de Santiago, ¡rico el hombre! Era dueño de unos fundas, pero tremendos fundas pa' allá. Y muy bueno era con la gente. Entonces dijo él: -¡Ay!, llegó mi Carlinita-. y después le estuvo hablando a mi mami: -Señora, no quisiera usted, yo le comprara una guitarra a su hija y la recomendaba, total, pa' que algún día ella ganara su vida-o Pero mi mama no quiso. ¡Las viejas antes eran muy ahorcá's, celosas! -No pues, don Juan, ¿y con quién vaya salir yo después? A mi hija la tengo regalona aquí. ¿Quién sabrá lo que le pueda pasar?- Total, yo tampoco tenía tantas ganas. ¡Qué, más regalona con mi madre! Bueno que habría estado bien también, habría tenido mi platita y quizás dónde habría vivido... Cuando estuve en Las Caracolitos, ahí sí que salí pa' otras partes. ¡Buuh! estaba niñita sí, pero esos tiempos no los recuerdo, fueron malos. Estuve muy enferma, ¡sufrí tanto!... No quisiera recordar...

Ahora aquí estoy tranquila, estamos cerquita con mi hija. Lo único malo es que es muy solo este campo. Y aquí en las noches más me viene la soledad. Anoche cantaron los gallos y yo no podía dormir. Miraba la luna más linda, ¡estrellada la noche! Me levanté y le canté su canción... Ahí yo esperando el lucero en el cielo. Ese es el reloj que tengo, con ése se sabe del tiempo que pasa.

LA GUITARRA

Las guitarra de palo que habían antes, esas sí que me gustaban, ¡Oy! las afinaba yo pues. ¡Bonitas sonaban! Y ahora que no pueda con ésas que vienen con el clavijero nuevo, así de vuelta y vuelta. Una vez no hubo caso que la afinara, no pude, no pude nunca cantar oiga, afinarla diré. Le dije a otra -afínela usted porque yo no me acostumbro a estas nuevas-.

La afinación por la que tocaba era la primera. Y me acuerdo que en la casa de mis tías, donde vivía yo, habían dos guitarras... Después que se casó mi tía Menase llevó la suya, y la otra, no pasó tiempo, ¡y que la haigan quebra'o! No ve que llegaban verneantes allí, a la casa, y a uno ¡no caérsele la guitarra al mar! Se le cayó no más, no sé si fue a don Hernán o a quién. Iba la guitarra harto adentro ya en el agua, entonces vino don Froilán, se subió en el caballo y la agarró, pero iba entre aguas. Tenían que haberla pagado, decía yo. Esa guitarra era mía porque yo me la ganaba, la tocaba, así, jovencita, niñita.

Y después de ésa, me recuerdo, hubo otras guitarras. Había una, ¡pero que la tañaban bonito! Me acuerdo porque ellas me contaban que su hermano, mi taita, de donde andaba, él compró esa guitarra. Y dicen que era de alerce la madera, ¡guitarra más buena!... Después compraron otra en Cauquenes, buenaza también, pero la otra, la de alerce, ésa ¡la afinaban por todas partes! ¡Qué guitarra'! ¿Sería la

madera la güena, digo yo? Y mi taita la trajo quién sabe de adónde. No ve que andaban embarcados en los vapores, dando vueltas por todo el mundo.

Ahora ya se ven pocazas... Y la guitarra es la que alegra. ¡No ve que las fiestas son buenas con guitarras! Ahí la gente baila, se anima, si no como que es triste, naiden cantando. Me acuerdo pa' un casamiento que fuimos con la Celeste, ¡tan buena la guitarra! Era de la Mal vina del N ano Gutiérrez, de Curanipe, un caballero que siempre anda de a caballo. Esa guitarra, pa' estar buena... Dios la bendiga.

Y de las cuerdas me gustan las puras de alambre, ésas son las buenas. Si me traen una guitarra con las otras cuerdas no toco na', por más que me insistan no la agarro. ¡Si yo soy mañosa!

DE LOS HOMBRES Y EL MATRIMONIO

A mí nunca me tiró de casarme ni de tener pololo, nada. Me recomendaban tan bien, viera usted, que era tan señorita, pero yo nunca quise. Me acuerdo que cuando niña habían fiestas en la casa, entonces iban a sacarme a bailar y a mí no me gustaba, me tapaba con el pañuelo y le decía a mi mama que les dijera que estaba durmiendo... Ya, sacaban a otras a bailar. Y cuando más grande no bailaba na' tampoco, porque era yo la que cantaba. A la que está cantando naiden le dice una mala palabra y la que no sabe cantar, está arrinconá' por las esquinas, y ahílos hombres le están hablando, buscándola. Entonces a mí, donde yo estaba cantando, no me hablaban. Pero es bueno también, así no cualquier mugre viene a reírse de una. Yo siempre prefería cantar antes que bailar con esos mugrientos...

Me acuerdo una vez que tenía un amigo, vecino. Entonces, le dije yo: -Vaiga a sacar a la niña a bailar pero háblele, cómo va estar ahí parada no más, y usted parado por este otro lado, háblele-. -Pero oiga, usted desafine la guitarra- me dijo -pa' tener tiempo pa' hablarle-. Me mandaba que la desafinara y me demorara pa' que él le diera a la conversa. -Mire-le dije yo -si usted se está paseando, ahí le va a tener que hablar. N o se va a pasear y después se queda plantado. Mientras se pasea le conversa-. Ya, salió a sacarla a bailar, y yo afinando esta guitarra como que... demorando... ¡Oy, Taita Dios! Ahí le habló pero ella no quiso. ¡Oy! si cuando me acuerdo me río con el viejo Fernández...

La mujer cuando está soltera sale pa' donde quiere, pololea, conversa. ¡y no me casé nunca! Me pasaron un penal no más y salió la Celeste. Este penalcito. Bueno ya, ¡y qué! Las mujeres, a la que Dios le da de casarse, toditas las niñas dicen después:

-¡en qué hora estaría cuando me fui a vestir de bata blanca! Sí, no hay que encariñarse mucho. Bueno, y si ese hombre es tan malo conmigo pa' qué lo quiero ¡Retírese lejos de él no más! Si es cierto, ¿cómo vaya aguantar tanto a ese hombre que me está odiando? ¡Dios Santo! Tiene que dejarlo solo.

Mi hermana, por ejemplo, era una tía y yo le decía hermana. Esa niña era de sentir y se casó con un borracho. Mi mama le decía: - ¡Miren con quién te fuiste a casar, teniendo ojos pa' mirar y manos pa' trabajar!-. ¡Jesús, María! ¡Oy, Padre Dios! No era ná' fea pu' oiga, y el hombre ¡ay, Taita! No le digo yo, la mejor presa se la come el perro...

Dicen que la que llora en su casamiento es feliz y la que no llora sufre después. Quizás será cierto, puede ser. ¡Hay que llorar harto entonces! Algunas lloran, y por qué será... tiene que ser porque ya no va a ser la misma, se va a retirar del lado de su gente y no se sabe con quién se va a juntar, si va sufrir o no, por eso es que lloran cuando se casan.

LA EPOCA DE LA HACIENDA

¡Cuándo yo iba a pensar que iba a cantar!... Si ya se quedó, ya se acabó esa alegría, decía yo... Se han muerto ellas, mis tías, la juventud se fue, se acabó todo. He padecido tanto sufrimiento, penas para mí porque quedé sola... ¿Por qué no me fui? Habría estado asegurá', habría trabajado en lo que podía, claro que hacer comida no me gustaba mucho, barrer o lavar, sí, pero hacer comida no. Bueno, en esos tiempos era todo tan distinto...

Me acuerdo cuando todavía estaba la hacienda de Tregualemu. Allá trabajábamos todos. Hacíamos de toditas las cosas. Íbamos pa'l tiempo de cosecha a cortar tareas o a emparvar. Y hartazos empleados había. El patrón se llamaba don Cleofe Espinoza, y su esposa, la señora Elvira. Dicen que ella fue su empleá', pero que después se casaron y él le dejó todo a ella. ¡Buuh!, tenía desde el administrador, el mozo, la cocinera hasta los peones. ¡Pero ella, querer tanto a mis tías! Mi mama cuenta que cuando era chiquitita, la pobrecita era huachita, andaba toda cochina. Por ahí dormía, en cualquier partecita, encima de una pielcita de oveja. Una vez ella le regaló un delantalcito y un sombrero y la señora Elvira nunca se olvidó de eso.

Allá yo iba acantarles cuando hacían sus fiestas. Siempre me venían a buscar de a caballo y partíamos con la guitarra en mano. Ellos eran muy buenos con todos sus empleados.

Dicen que siendo rico se sufre más que cuando se es pobre, porque los pobres trabajaban, les pagan y comen, pero los ricos, ellos no duermen pensando en los animales, los campos, todas esas preocupaciones. Dios les da esa

inteligencia, pero sufren mucho pensando cómo van a ser con tantos problemas.

Pero toda esa gente que había antes ya se ha ido o se han muerto. El huaso Vega, el diputado, vendió la mitad de las tierras. Ahora dicen que está lleno de pinos altiro.

MI QUERIDO TIO SANTO

Reciencito, hace tres semanas no más que murió mi tío Santo. Yo lo quería mucho. Cada vez que me acuerdo de él en su ataudcito, lloro. Es que fue tan bueno conmigo, porque con mis tías me criaron cuando yo quedé solita. A los veintitrés años se casó con la Zulema y ahí se apartó de nosotras, pero siempre estuvimos cerquita porque ellos nunca tuvieron hijos. Murió de 95 años y estuvo 72 con su señora. Pero en el velorio, ni una lágrima le vi a la Zulema, viera usted. Mejor no me digana'. No hubo ningún rezo, nada. Cuando llegué, les dije altiro: -¡Ay!, ¿cómo no aprenden a rezar? Naiden sabe rezar; saben otras que son canutas y ustedes no quieren aprender-o Y ahí pensaba, cómo estará mi pobre tío, sin su mortaja tejida ni su cordel de San Lázaro. No ve que el muerto tiene que llevar amarrado en la cintura la cuerda con los nudos del Rosario. Entonces, cuando va camino al cielo, espanta a los perros de San Lázaro que salen a atacarlo.

Ya, después, en la noche, me pidieron que contara unos casos[30] y así nos pasamos hasta el otro día. Yo dije, la misa irá a ser cantá', y no fue na' cantá' tampoco. Si ya parecíamos canutos. El canuto no quiere rezo, no quiere misa, no quiere ni una cosa. Tienen hartos cantos pero, bueno, qué le va a divertir el canto a un muerto, ¿cierto? Ahora la tía Mena está de evangélica. El otro día, cuando vino, me dijo ella: -Yo era de las que andaba cantando y bailando en los conjuntos folclóricos. Ahora no, ya estoy con mi Dios, ya conocí al Señor. Ese me guió por el camino de la verdad-o ¡Evangélicas al tiro! No hace na' mucho también me contaron, quién fue, paré' que fue donde la señora Amelia Vásquez, que andaban con su cometa por la calle ¡y la gritera más grande! ... ¡ay, Jesús, María y José! Si dentrando a evangélico no tiene na' que cantar así como yo, no puede. Puro cantarle a los caritas no más.

LOS MALES Y ENCANTAMIENTOS SON COSA CIERTA

Dicen que antes la gente se encantaba, se perdía y se encantaba. Cuentan que una vez uno que se llamaba Galindo, le decían Taita Galo y era pariente mío, imagínese, serían primos hermanos de los abuelos. Un día salió él a buscar palitos

[30] Relatos de historias sucedidas

pa' hacer fuego y se perdió, jovencito, de quince años se encantó. Hasta el día de hoy nunca más se supo. Después dicen que andaban por el monte cortando leña cuando lo vieron jugando como una culebra, arrastrándose; ése era el encanto. Y entonces, vinieron y fueron a la siga de sus padres, porque lo conocieron altiro. Los padres se volvieron locos cuando les contaron que lo habían visto, y dicen que adonde lo vieron, lo miraron, se metió al río. Después otra gente lo ha visto, pero sale de repente no más.

Y estas cosas no son cuentos, son ciertas. Yo les vaya contar una historia que me pasó a mí cuando era niña. Un día estaba en la casa y la Elsa me dijo que fuéramos a buscar callampas pa' después poder venderlas. Ya, le dije yo, así que partimos cada una con su canasto. Pero la Elsa era güenaza pa' recoger y yo poquito le hacía. A lo que fui a mirarla ya casi había llenado su canasto. Yo me metí como por un clarito donde habían hartas callampas y me afané recogiendo, rapidito. En eso estaba cuando de repente miro pa' atrás ¡y no veo a un hombrecito vestido todo de café! pero así, chiquitito. ¡Uuy, Dios mío! Partí pa' donde la Elsa y le dije: -¡Ay!, anda una fila de hombres por debajo, buscando callampas-. ¡Taita Dios!, ésta casi se volvió loca, asustá' altiro. -¡Ah, Carlina, por amor de Dios!- Entonces yo le decía: -Qué, ¿y pa' qué nos vamos?-. -No, vámonos no más- me decía ella. ¡Y cuándo habían hombres, nunca! Porque ya me estaba dando rabia, yo con poquitas callampas y ella hartas. Pero nunca supe qué fue lo que vi. Eso me pasó, quizás qué sería, sería algún santo, no sé. No me dio susto, ni una cosa, sino que nada más me quedé... No le conté nunca a ella pero no supe lo que era porque también dicen que el demonio se pone de todas las formas.

Sí, los males los hay en todas partes. Donde quiera que sea se hace el mal pues. ¡Oy Señor! Yo años, cuando estuve tan enferma, perder tanto la memoria. De no ser por mi hija que me anduvo sanando... ¡Qué! Los doctores por nojar, enfermedad de esas no las conocen na'. Los doctores sirven pa' algunas cosas, pero para curar los males no sirven. Yo estuve años enferma, mal de la cabeza, y fui a cuanta médica había, viera usted. ¡Qué sufrimiento más grande! Cuando estuve en el hospital, un día se me apareció un pájaro grande. Así, enorme era, entero plomo, de más de una cuarta. No me va a creer, se paró en la ventana y me dio dos vueltas así, por encima. ¡Pero tremendo pájaro, las alas así de grandes! Ahí me di cuenta yo que era mal, un daño que me habían hecho.

Antes habían muchas meicas y todas eran buenas. Ahora ya no hay na'. A lo mejor en Cauquenes quedan algunas, pero la mayoría son de puras mentiras no más. Ahora es difícil que la mejoren a uno. Bueno, es que dicen que las que cantan no tienen nunca buena suerte. ¡Ay Señor! Ese sería mi destino, porque todo el mundo tiene el suyo... Viene escrito, dicen los antiguos.

ESTER LEPE VEGA

"TODO SE ACABA EN LA VIDA... HASTA EN LOS CAMPOS LAS FLORES, PERO LOS RECUERDOS QUEDAN"

La señora Ester Lepe es una mujer de sesenta y dos años, pelo corto y ojos pequeñitos que miran con insistencia. Bien arreglada y maquillada, nos recibe cordialmente y nos habla con pausadas palabras. Su rostro alargado y serio tiene una expresión distante, sin embargo, después un rato, éste se transforma ya cada minuto, afloran aires joviales tras repentinas carcajadas alegres y espontáneas.

Su casa está ubicada en la calle principal de Curanipe, a un extremo del pueblo, camino a Peúño. Al entrar hay un pequeño living comedor, iluminado por un amplio y largo ventanal en el que se aquieta el sol. Decorando las paredes, dos fotos enmarcadas de sus nietas, un cuadro de la Última Cena en madera y un reloj que permanentemente marca las tres con diez. Hacia el interior, su dormitorio y un pequeño pasillo que conduce a la cocina. Esta última, espaciosa y tranquila, deja entrever un apacible patio interior que cobija flores, plantas y una pequeña huerta.

Siempre con un cigarrillo encendido, la señora Ester se presenta a sí misma como una mujer de pueblo, acostumbrada al contacto cotidiano con sus vecinas y amigas. El centro de madres y la parroquia ocupan el tiempo que antes dedicaba a su familia. Ahora sola, el apego por este pueblo es aún más fuerte y se refleja en cada una de sus palabras. En él está su historia, su vida, sus recuerdos. A medida que conversamos, inmersas en el ritual del mate, surgen las imágenes de su gente; sus padres, su marido, sus hijos. Remembranzas de tiempos pasados que siempre fueron mejores.

UNA VIDA EN CURANIPE

Ahora viene mi vida... Yo nací en Chovellén el año 1935, pero mis papás no eran de allá sino de Cardan al, un poco más al norte. N os vinimos a Curanipe porque no teníamos escuela. Más o menos tenía siete años cuando llegamos, así que de jovencita siempre estuve aquí. ¡Y nos quedamos toda una vida! Todavía tengo campo en Chovellén pero no voy muy seguido. Es que me gusta más el pueblo, lo prefiero. Además, es otra cosa en estos tiempos. Antes, me acuerdo de los cerros cubiertos de bosques, pero no de estos de pino; habían robles, litres, boldos, maquis y la tierra estaba toda sembrada de trigo. ¡Lindo era!

Nosotras fuimos tres hermanas: la Laura, la Rosa y yo, y todas aprendimos a cantar. Mis papás también sabían, ellos deben haber aprendido por allá, por Cardonal. Antiguamente se acostumbraba en todas las familias a que alguien cantara y tocara la guitarra, como no habían radios... Todas mis tías saben de cantos.

En esos años mi papá tenía carnicería y también era juez. Mi mamá se ocupaba de nosotras, de la huerta, de la casa. Eran bonitos esos tiempos. El

falleció de cáncer a los sesenta y cuatro años y ella tenía ochenta y seis cuando murió. Le dio un ataque a la vesícula por haber comido longaniza ya esa edad ya no se podía operar. Pero nos pasamos toda una vida juntas porque yo me casé y siempre estuvimos cerca.

Ahora estoy solita. Dos de mis hijos están en Santiago y el otro lo tengo en Valdivia. Ellos me convidan todo el tiempo para allá pero no, ya estoy acostumbrada en este pueblo y tengo todas mis amistades por acá. Por eso yo siempre les digo que de aquí me llevan pa'l cementerio no más.

RECUERDOS DE JUVENTUD

Con mi marido pololié siete años -por carta-o Estaba en la escuela todavía, tendría unos 13 o 14 años. Me acuerdo que con mi hermana llevábamos las cartas en el cuaderno y después hacíamos como que íbamos a la huerta que teníamos allá arriba, y alladito de una mata de boldo, las dejábamos debajo de una piedra. Nosotras éramos dos hermanas casadas con dos hermanos... Mi hermana mayor estaba casada con el menor y yo era la menor y estaba casada con el mayor.

Así pololeamos con mi esposo, a puras cartas, porque yo tenía terror que me pillara mi papá. Es que él era muy estricto. Ahora no, no es como en la antigüedad. Nosotras cuando íbamos a un baile, teníamos que salir con una persona de edad porque como éramos tres hermanas y no teníamos hermanos hombres, entonces íbamos hasta ciertas horas no más y acompañadas. Antiguamente la gente era muy seria. Había mucho respeto a los padres y no se le daba confianza a los hijos. ¿Por qué sería eso?... La gente tan cerrante, tan tímida, digo yo. Se hablaba poco.

En 1955 me casé. Yo tenía veinte años y él treinta y cuatro. Me vino a pedir con un cuñado que era carabinero en Santiago y mi madrina. Mi papá no me dijo nada, porque mi marido era muy caballero, se notaba un hombre bien educado. Además, también había sido juez así que no tuvimos problemas para el matrimonio. Mi papá y mi mamá lo querían mucho. Como ellos no tuvieron hijos hombres...

Todavía me acuerdo de mi fiesta. Me casé de vestido rosado con blusa blanca, manga tres cuartos, escotadito con forma de corazón, pero no tan descotado tampoco. Era godé plato, rosado pálido, de género de tafetán. Nos fuimos a casar a Chanca porque el curita de Curanipe no estaba acá, andaba en su tierra, en La Serena. Para ir a la ceremonia me puse un traje negro y unos zapatos aterciopelados con caladitos de hojitas. Antes no se usaba el blanco, fue una moda que llegó después. ¡No se me va a olvidar nunca! Pareciera que los estuviera viendo. ¡Linda la fiesta! Había cazuela de pava y torta de mil hojas. ¡Lleno de gente! La vitrola estaba buena y pusimos los discos de Miguel Aceves Mejías, de

los primeros mexicanos que se conocían. "El Jinete" era uno, "El gorrión", también me recuerdo. En esos años, en las fiestas se bailaban vals, corridos, Juan Charrasqueado... ¡Lindos! Me gustan los mexicanos a mí. La que se sabía mi esposo era: "Linda morenita no creas que te pido / que vuelvas conmigo si tu amor perdí/ sufrí mucho tiempo viviendo contigo / por eso no quiero que vuelvas a mí". En ese tiempo recién estaban saliendo y ahora, usted a donde vaya en Chovellén los encuentra escuchando. ¡Es que son tan bonitos! Hay canciones de la madre, del hijo... Cuentan hartas historias que tienen que haber sido verídicas, que las sacan después en canción.

En esos años también se bailaba tango y zamba en vi trola. Habían discos con esos bailes y se seguían bien. ¡Quién conocía estas cuestiones de cassettes! ¡Nadie! Pura radio empezó a salir de primera. Y fuera de la cueca, antiguamente mi mami me contaba que se bailaba la refalosa, el calladito, todos esos bailes. Los tíos, una hermana de mi mamá con el marido, lo sabían bailar muy bien. Ahora no se baila como antes. Igual que el tango, por la televisión lo dan, le mete la señora la pierna aquí al hombre, ¡na' que ver! o él la toma de la cintura, ¡No! Son puras piruetas que hacen, si el tango no era así. Se bailaba sencillito y con esos pasitos cruzados. Esos eran los bailes de antes, no como los bailes, estos, de la juventud.

Después vinieron los hijos. Tuvimos cuatro, dos hombres y dos niñas pero una de ellas se me murió cuando tenía dos años. A los cuatro los tuve aquí en la casa sin ningún problema. Siempre venían dos parteras de acá de Curanipe y me ayudaban con mis partos. Nunca me pusieron ni un punto, nada. A las guaguas las lavaban y listo. Después me cuidaba, eso sí, los cuarenta días. No había que bañarse porque podía dar trasparto. En un parto normal se transpira mucho y puede dar tuberculosis o algo con el pulmón, entonces, me cuidé. Del primer hijo estuve cuatro días con dolores de parto que ahora los llaman, ¿cómo es?... contracciones. ¡Qué! en ese tiempo quién conocía eso de las contracciones; eran dolores no más. Con la segunda, la niña, me vino entuerto que le dicen. Son dolores a la guatita que dan después del parto. En ese tiempo se usaba el vino hervido con hinojo y manzanilla para calmar los dolores. Se buscaban yerbas y se las hervía. En la pelela echaban un carbón prendido y una yerba para que bajara la placenta, para que "naciera". A mi hermana mayor, la Laura, le pasó que no le nació la placenta y se murió a la media hora del parto.

A los niños, en esos tiempos, se los envolvía desde guagüitas en lulitos para que no se le desarmaran los huesitos. No como ahora que los dejan que pataleen no más, con las piernecitas y los bracitos al aire. Tres meses era eso. Sólo después se desenvolvían de los pañales.

Con mi marido estuvimos un año casados antes de que se enfermara y quedara inválido. Nosotros nos casamos un 20 de marzo y justo el 20 de marzo del otro año se enfermó de haberse sacado una muela resfriado. Se la fue a sacar a

Cauquenes y después le vino un decaimiento que no tenía fuerzas para nada. Lo llevé al hospital y el médico me dijo que no le conocía la enfermedad. De ahí me lo llevé a Santiago en avión y allá tampoco le conocieron lo que tenía. Total que al final estuvo cuatro meses hospitalizado y cuando lo dieron de alta los doctores me dijeron que a los cinco años iba a quedar normal. Quedó bien pero si caminaba se caía. No se podía parar y tenía que agarrarlo yo. Así duró 17 años, pero gracias a Dios yo fui feliz porque me casé enamorada.

LA HERENCIA DEL CANTO: UNA TRADICIÓN

Yo me enamoré de mi marido con una canción que él tocaba siempre en armónica. Era un vals. Después la tocábamos juntos con guitarra. Me acuerdo que cuando íbamos al mes de María él bajaba de su casa tocándola, entonces así yo sabía que venía. La canción decía... a ver si no se me olvida...:

Desolada tu ausencia me tiene
Padeciendo mi bien sin cesar
A tu nombre mi memoria viene
Para ser insensible de amar

Es en vano el sufrir
Es en vano el llorar
No hay consuelo que calme mi pena
Tu cariño no puedo olvidar...

Esa era... algo así. ¡Linda! Y en armónica, más bonita. Después, siempre tuvimos armónica porque yo también sabía tocar. ¡Y sé pu'! Al tener una tocaría... Me acuerdo que aprendí cuando se hizo el camino de Pelluhue a Curanipe. El contratista del camino era viudo y tenía varias hijas y una de ellas tocaba la armónica, se llamaba Nelly. Yo la escuchaba a ella y trataba, trataba... tenía doce o trece años. Compraba unas armónicas chiquititas así, hasta que aprendí...

Cuando empecé a tocar guitarra tampoco me enseñaron. Yo sola, adonde escuchaba a mi mamá, fui aprendiendo. ¡De chica!, más o menos tendría como diez años. Aprendió primero mi hermana mayor, la Laura, y después aprendí yo y mi otra hermana, la Rosa, que ahora está en Santiago. Las tres tocábamos. Lo que nunca aprendí fue a afinar, o sea, no le hice empeño porque no me gustaba tanto cantar, se me ponía la voz ronca altiro. Sabía hartas canciones sí, j buuh! montones. Hartas cuecas, tonadas también... La Laura y mi mamá sabían afinar muy bien. Afinaban al oído no más, sin enseñarle nadie. Movían la primera, le daban el sonido a la primera cuerda y de ahí iban sacando las notas para las otras. Era súper fácil, pero a mí nunca se me dio por aprender.

Las posturas, ésas nos enseñaron. No las posturas que enseñan ahora, por

música. Eran otras que las llamaban, no me acuerdo el nombre ya, pero no eran muy difíciles, y entonces podíamos aprender fácilmente. Una era la Tercera Alta, otra postura se llamaba Segunda Alta parece, y otra, en la que se cargaban la primera y la segunda cuerda... Transporte, así se le decía.

Cuando venían señoras de Chovellén que tocaban y le cantaban a los novios, ahí me gustaban las tonadas a mí. Como yo las conocía, a veces eran parientas mías, les decía que las anotaran. Me las daban escritas y después las aprendía y se me quedaba la melodía. Le pasaba la guitarra a la señora pa' que me la cantara de nuevo, dos o tres veces, y ahí se me grababan. Una vez vino la Carlina Cuevas y me anotó unas canciones de novios, ¡Ella cantaba lindo! Sabía tonadas muy bonitas.

Yo de soltera salía a cantar cuando me invitaban a fiestas. Sí, y casada también salía con mi marido. El no era celoso para nada. ¡No, no! Nunca me celó. Por eso digo que fui feliz, muy feliz con él. Lo que pasa es que a mí no me gustaba salir mucho, así, de ir a cantar a otros lados. La Laura, ella sí. Sabía no sé cuántas tonadas de novios y partía con su guitarra cuando se casaban amigos. Incluso anduvo hasta en Cobquecura con una madrina que la llevó a caballo para que fuera a cantar. Yo cantaba más cuecas y también me sabía un himno de Curanipe, ¡muy bonito! Cuando Carlos Ibáñez era presidente castigó a unos comunistas, creo que eran ocho o nueve jóvenes, y los mandó para acá relegados. Esos chicos sacaron una canción, hicieron un himno y me lo aprendí. Yo tendría doce años entonces, pero todavía me acuerdo.

Las tres hermanas siempre cantábamos, pero no juntas, no se acostumbraba eso. Por ser, cuando había una fiesta, si habían tres que sabían tocar guitarra, primero tocaba una, se cansaba ésa, ya, toca tú ahora porque a mí me duelen los dedos con las cuerdas de acero, y así. Claro, antes se usaba más la cuerda de alambre, no las de nylon. Ahora es puro plástico. En esos años no se conocían estas otras cuerdas y todavía a la gente no le gustan mucho porque dicen que ronquean. En cambio, las de alambre suenan más clarito. Y más antiguamente parece que existían las cuerdas de tripas, porque mi mamá alcanzó a tocar con esas, no ve que era de 1901.

En todas las familias siempre alguien tocaba la guitarra. En los tiempos que yo cantaba habían otras cantoras también. Había una señora de más abajo que se llamaba Elina. Cantaba mucho esa señora, cantaba lindo. Por acá había otra señora que se llamaba Matilde y que salía a dar esquinazos. ¡Habían varias! Y de nosotras tres, la Laura era la más cantora. Ella tenía muy linda voz. Otra era la Carlina, de la que les hablaba, ella de jovencita era reconocida. Bueno, y la mejor cantante de por aquí era la señora Estela Castillo.

Hombres sí que era difícil de encontrar. ¡No como ahora que toca tanto la

juventud! Antes no, era vergonzoso para un hombre porque decían que eso era de mujer. No sé, machistas. Eran muy pocos los que se atrevían. Mi papá tocaba y también sabía afinar pero tenía su voz bajita él. Recuerdo que sabía una canción de la víspera de San Juan que yo nunca me aprendí.

En esa época sería que habrían personas que realmente se dedicaban a tocar, a cantar, que las buscaban pa' las ramá' s, pa' los matrimonios, pero yo prácticamente era cuando se casaba una amiga que tocaba. Cantaba bien sí, porque antes tenía mejor voz, pero cantora, cantora, no... Me invitaban para los santos; por ser, pa' las Cármenes, cuando había una niña que se llamaba Carmen. Ahí, claro. Pero no me gustaba mucho a mí porque se me ponía la voz ronca muy luego, como soy un poquito de voz ronca y con el cigarro;... ése fue el que me perjudicó. Así que por eso tampoco salía mucho a tocar. A mino me invitaban así que me hubieran pagado, no, no. A la Estelita Castillo, a ella la iban a buscar pa' un matrimonio y le pagaban, era distinto, pero yo iba de invitá', y como sabían que tocaba me pasaban la guitarra y, por no ser egoísta, cantaba. Nunca fui cantora pagada ¡No! Mi mamá tampoco. Ella venía a acompañar cuando la gente se casaba de a caballo antes, cuando estábamos en el campo. Ella venía y ahí tocaba.

Nosotras éramos aficionadas a tocar la guitarra no más, pero no cantoras, cantoras de profesión, si con decirle que no sabía afinar la guitarra. Cantábamos porque era una tradición que venía de mi abuelita. Por eso cuando yo iba a una ramada, iba un ratito con mi esposo no más. En esos años, como no habían radios ni cassettes, entonces de las que llegaban a bailar y sabían cantar le pasaban la guitarra. Cuando yo entraba, me veían llegar y decían -¡Ya llegó la señora Ester!-. Me conocían altiro. Y como yo toco las cuecas más rápidas, buscaban su bailarina y salían a bailar. Tocaba valses, corridos y cuecas. Bueno, lo que más se bailaba por acá para el 18 eran cuecas.

LA VISPERA DE SAN JUAN

Antes habían hartas fiestas acá. Se celebraban mucho los santos. Para San Juan terminábamos por allá, al final de la calle, dando esquinazos. Pa' 1 día de las Cármenes también. Era para los meses de los santos cuando más se cantaba, y pa'118, claro. Los santos más celebrados eran San Juan, las Cármenes, las Rosas, San Luis, San Agustín.

San Agustín es el santo de los ratones. Ese día dicen que no hay que trabajar. Yo, al menos, no lo hago. Fíjese que cuando era lolita, tendría unos quince años, y dije: - Voy a bordar este pañito tan chiquitito- como haciendo una prueba. -Total, si me lo hacen pedazos los ratones qué vaya perder si es tan chiquitito- porque no podía estar sin hacer nada. Y lo bordé. Al pañito no le pasó nada, pero como al mes... yo tenía hartos dibujos en papel mantequilla, se sacaban

para con el calco marcar una funda, un pañuelo, cosas así. Bueno, y voy a sacar los dibujos, estaban pero, ¡hechos mil pedazos! Se lo habían comido los ratones. Así que dije de ahí ¡no trabajo nunca más el día de San Agustín! Porque yo hice como una prueba y realmente si uno trabaja ese día, los ratones le comen las cosas.

Nosotros celebrábamos mucho San Juan antes. Mi papá se llamaba Juan así que le dábamos esquinazos. Ahí cantaba harto yo. Nos poníamos de acuerdo con una señora que era la dueña del Hotel Fonseca, donde está ahora la Municipalidad. Ella sabía tocar el arpa, yo y mi hermana tocábamos la guitarra y un amigo tocaba el acordeón. Convidábamos harta gente y le cantábamos esquinazos a mi papá como a las tres o cuatro de la mañana. El estaba durmiendo y no tenía ni idea. Eso era una sorpresa que le dábamos. ¡Bonito! Imagínese...

Para servirle en la noche a la gente dejábamos hecho ponches, queques, roscas, pollos cocidos y al otro día se hacía la fiesta. Ahí nosotras cantábamos entre todas. Claro, para San Juan se hacía comida especial, cazuela de pavo o de gallina, o se mataban chanchos. Se oreaba la carne y cuando estaba oreadita, se asaba. En algunas casas hacían estofado también, pero nosotros por lo general hacíamos entrada, cazuela, y los postres que se usaban en esos tiempos eran de dulce de alcayota... La leche asada no se conocía, no se sabía preparar, y el durazno era sin crema. Esos eran los postres que se servían. También tragos hechos en la casa. Se hacían con menta o con un arbolito que le llaman culén. Se sacaba de la corteza parece y quedaba un trago sabroso, rico, el ponche de culén. Bueno, y el famoso enguindado que también lo hacen con murtilla. Lo otro era el garreo. Cuando uno mataba un chancho, porque por acá siempre se matan por abril o mayo, se secaban y ahumaban las patas y la cabeza. La víspera de San Juan se ponían a cocer y en la noche se servía. Yeso tenían acá también cuando salíamos a dar esquinazos y nos daban cocido...

Cargada vengo de flores
hoy mi Juanito a tu santo
en seña de que te quiero
este esquinazo te canto.

En señal de que te quiero
traigo cueca y esquinazo
cien chuicas a la cabeza
y mil pavos en los brazos.

A mi querido Juanito
cascarita de avellana
si no me abre usted la puerta
me dentro por la ventana.

Yo he venido de lo alto
como lucero del día
trayendo flores de mano
para coronar tu día.

Lo otro que se celebraron harto en esta casa fueron los casamientos. Aquí se celebrarían, no le miento, sus cien matrimonios, ¡Tanto así que se hicieron pedazos las tablas zapateando! En esta casa, en la parte de allá, una pieza grande que todavía no se ha recortado, ahí venían cuarenta, cincuenta personas y todos llegaban de a caballo. ¡Era bonito! Mi mamá sabía cantar unas tonadas de novios lindas y los acompañaba. Otras veces agarraba yo la guitarra o cualquiera de mis hermanas. Me acuerdo que los novios tiraban pastillas a la gente que iba, porque se juntaban cien, doscientos personas. Pastillas y cigarros, cajetillas de cigarros. Era bonito.

Donde también se cantaba harto era en las trillas, pero ahí se cantaban cuecas, no esquinazos. Ahora tampoco se usa eso. Se trilla a máquina no más, ya no a caballo como antes. Durante el verano cuando corría sur, se aventaba el trigo para traspalarlo. Se juntaban veinte caballos y dos arreadores. Duraba todo el día o hasta la noche. La paja tenía que quedar molida. A veces llovía y el trigo se caía de la era con el agua. Ahora ya no se hacen eras, todo eso se fue con el tiempo pero lo que *si* todavía se celebra es San Francisco, el cuatro de octubre. Yo no he ido nunca. Por allá por la montaña hay un santo, dicen, y aquí donde los Gallardo, ahí hay otro.

EL PASO DEL TIEMPO

Los jóvenes de aquí, como ser lolitas, no conozco yo que toquen guitarra. En la iglesia tocan pero como antes y que sepan cantos antiguos, no. Los jóvenes de hoy se han olvidado de las tradiciones. Con todo esto de la televisión, las radios, esos bailes que tienen. Mucha juventud sí sabe tocar guitarra, ahora hombres y mujeres, pero no cantos antiguos. Las tonadas o cuecas de antes ya no se cantan... Los corridos por lo menos siguen. Mexicanos se escuchan en todas partes y a la juventud también le gustan. Por ser, un hijo mío, bueno, un sobrino que crié, él canta mexicano. Y toca harto bien porque toca por, ¿cómo se llama esa postura?... la común.

¡Antes mucha gente tocaba! pero han fallecido. Ahora son muy pocas las que quedan, poca gente antigua y mucha ya no quiere cantar. Por eso dije yo que para el próximo año en el tiempo de los santos, que es en junio o julio, si es que todavía estoy aquí y si Dios quiere, voy a hacer lo mismo que hacíamos antes, voy a dar esquinazos con algunos amigos para que la tradición no se pierda, para que se mantengan estas fiestas tan bonitas.

El problema es que después, cuando ya se deja de tocar, se olvida también uno. Yo me sabía montones de canciones. ¡Buuh! cuecas, tonadas, pero ya casi no me acuerdo. Ahora no se me queda nada en la memoria, no me recuerdo de las cosas, se me olvidan. Aunque me gustara una canción no la podría aprender porque por el problema de la presión yo tomo un remedio muy fuerte, entonces dicen que parece que con eso se pierde la memoria. La otra vez una señora me quería enseñar una oración para el rosario, de esas antiguas, linda, y no hubo caso que me la pudiera aprender. Bueno, por lo menos me quedan los recuerdos y yo tengo recuerdos lindos. Estoy muy agradecida con Dios porque hasta aquí he sido feliz.

Listo. Algo les conté de lo que sé… del canto y de mi vida…

ESTELA CASTILLO GUTIERRES:

"YO ERA TAN ALEGRE QUE MI CARA ERA PURO CANTO"

La señora Estela Castillo vive en las Pocillas, una localidad del interior, a unos 20 kilómetros al sur de Curanipe. Tras caminar por dos horas entre impresionantes paisajes, ajenos al suceder de este fin de siglo, en un camino de tierra bordeado de arrayanes, moras y campos arados, se divisa, doblando por un sendero, una casa blanca con techo de tejuelas rojas. Al acercamos al portón de madera, un perro se adelanta a recibimos. Atrás, la señora Estela, hospitalaria y cordial, nos invita a entrar, disculpándose por la sencillez de su casa. En el patio aparecen, como desde siempre, una bodeguita donde se guardan herramientas, leña y algo más. Al costado, una cocina de tablas grises con su fogón, una mesita y ollas colgando. Además, un tambor de agua, un parrón, un limonero, gallinas y, más atrás, la huerta.

De setenta y cuatro años, mirada pícara y llena de vida, Estela Castillo, comparte las horas en estas praderas perdidas con su esposo Juan. Bajita, pero de contextura fuerte, viste una falda negra, delantal y su pelo ondulado se esconde bajo un pañuelo. Su cara amplia, tras unos lentes, refleja curiosidad y sabiduría. Siempre ocupada, camina de un lado a otro, y así, nos va contando entusiasta su vida, mientras prepara empanadas que dorará más tarde entre brazas y leñas. Desde el comedor, con una vista hermosa, donde campos y mar se confunden, su mirada a veces se pierde, y nos habla de una y otra cosa, apasionadamente. Toma la guitarra con sus manos llenas de harina y nos interpreta algunas de sus canciones: cuecas, tonadas, corridos... Así, con facilidad, va plasmando, entre sus palabras, el devenir de una cantora, admirada y reconocida en toda la zona.

SIEMPRE EN FAMILIA, CANTANDO Y CELEBRANDO

¡A mí que me gustaba cantar! Perdone, es bien ridículo lo que voy a decir y fea mi palabra, ¡pero yo aprendí de intrusa! Escuchaba a una tía que cantaba. Después llegaba a la casa, tomaba la guitarra, me ponía en el corredor a piernas estirá's ¡y tócale, tócale! Otras veces cantaba cuando andaba cuidando mis ovejas por la loma. Estaba niñita, todavía no iba a la escuela cuando aprendí. Y nadie me enseñó, solita no más le saqué la voz a la guitarra. Es que era muy desordená'; era tiesa, muy vivaracha, por eso aprendí. ¡Viera que me gustaba! A afinar igual supe de chiquitita. Sí, pues, la inteligencia. Pero sabe que yo no le encontraba ninguna importancia a mi canto, porque lo hallaba común y corriente, como tocaba al oído no más, sin letra, nada... no sé qué gracia tendría...

Yo soy nacida aquí en las Pocillas. Me crié con mis padres y mi hermana, porque tu ve una hermana no más. Íbamos a la escuela, allá, en las Canchas, que era harto lejos de aquí. Partíamos a patita pelá', porque nosotros no supimos de zapatos en esa infancia. De lo que sabíamos era de suequecitos, y a la hora de clase, nos sacábamos los zapatitos y nos íbamos con su bolsita de harina y una tortillita en el bolsón. A esa escuela irían a lo menos sus cincuenta o sesenta

niños, y era una sola profesora no más la que nos atendía, la señora Concepción Alvarado. Todavía me acuerdo del juego al que jugábamos; nos tomábamos de la manito, hacíamos una ronda y ahí cantábamos:

Vamos jugando al hilo de oro
y al de plata también,
me ha dicho una señora
que lindas hijas teneis.
Yo las tengo, yo las tengo
y las sabré mantener
con un pan que Dios me ha dado
y un vaso de agua también.
La descojo, la descojo
por esposa mi mujer,
que su madre es una rosa
y su padre es un clavel.

En esta misma casa nací y aquí también se crió mi mamá; ella se llamaba Clotilde Gutiérrez. Con el tiempo mi papá compró otra casa acá al lado, debajo del camino, porque ésta era de mi abuelita, así que ahí nos apartamos de ella. Pero siempre he sido de aquí, de estas tierras.

En el año cuarenta me casé. Primero estuvimos tres años a orilla de mar, donde mis suegros, allá abajo. Mientras, nos fuimos haciendo una casita, y después, cuando la terminamos, nos vinimos para acá. Esa que ahora es la bodega fue la primera que hicimos. Así que hace cincuenta y tres años que estamos aquí, con cincuenta y seis de casados.

De mi abuelita me acuerdo harto porque ella nos enseñó de todas las cosas. Ella se sabía toda la vida de la Biblia. Tan buena memoria que tenía, ¡tan re buena! En las noches nos hacía rezar hincaditas de rodillas y, después, "ya, ahora canten". Tomábamos la guitarra y vamos cantando a orillita del fuego. Poníamos unos saquitos con paja y ahí tocábamos con las patitas enterrá's en las cenizas. Aquí vivía también una tía, la misma que me cantaba cuando yo andaba cuidando las ovejas, mi tía Uberlinda. También me acuerdo mucho de ella por la cruz de mayo. Ella decía, como yo me llamo Estela y mi hermana se llama Anita, entonces decía: -¡Que viva la Cruz de Mayo con poroto s y zapallos, y que viva la cruz bendita con la Estela y la Anita!-. Aquí siempre se celebraba esa fiesta. Es que nos pasábamos juntos cantando y celebrando, en familia.

Pero después mi vida fue difícil, porque sufrí mucho cuando murieron mis hijos. Primero murió mi hijo de 13 años ya los ocho meses, mi hijita de tres. ¡Tanto sufrir por la muerte de ellos! Eran tres y la única que me quedó fue la Ely,

que ahora está en Cauquenes. ¡Y mis padres que también me faltaron! Después de una vida entera acompañá', porque vivía toda la familia cerca. Nos juntábamos en las noches con mi papá, mi mamá, mi hermana... Todos venían porque sabían que me gustaba el canto y que era tan alegre. Yo era tan alegre que mi cara era puro canto y hacía bailar a mis chiquillas; ya, póngale guitarra y vamos di virtiéndonos. ¡Lo pasábamos tan re bien! N o como ahora que ya por amistad hablo. Me acuerdo de la novena de San Juan, de las Cármenes, y cuando no, cualquier cosa me divertía. ¡Feliz!

Mi hermana se fue con sus chiquillos a Linares después que murió mi mami, en el año 80. Mi papá murió el 5. ¡Que sufrimiento más grande! Esta vida no me quiere, me decía yo. De ese momento no quisiera acordarme porque yo era tan regalona de mi papá. Tanto que él me quería que cuando había una fiesta, era puro su hija que le cantara. y yo i esa paciencia que le tenía! Después que éramos una familia única, juntos siempre, donde todos los días era una fiesta: que llegaban en la noche, que tomaban la guitarra, que se ganaban aquí debajo. - ¡Vamos cantando y bailando que la gente está que se alza!-les decía yo. .

Entonces quedamos los dos solitos aquí, con Juan, mi marido. ¡Que no sufrí yo la soledad! Quedamos los dos y de ahí nos tocó a nosotros de irnos a Cauquenes por la enfermedad de él. Le dio sombra al pulmón, pero dé se cuenta lo que hace el Señor con nosotros. El se fue pesando cuarenta y tres kilos y con apenas un pulmón, ¡si casi no tenía pulmón! Y yo que soy tan sentimental, no sé, no me hacía a la idea de quedar sola. Yo que estoy acostumbrá' porque él nunca me quita nada. Entonces ¡ay! y como es tan católico él, ¡que se haya mejorado! Fíjese usted, eso fue hace nueve años y ahora usted lo ve, sin ni una cosa.

MIENTRAS MAS CANTABA MEJOR ME PONIA

Cuando estaba soltera, mi papá no me dejó nunca cantar. No le gustaba. Nunca fue su gusto que yo aprendiera a tocar la guitarra. El era muy serio, era mañoso pa' decirlo más chileno, entonces yo no salía a tocar a ninguna parte, sólo cuando íbamos con mi mamá donde vivía mi suegro, el papá de Juan, porque él celebraba San Francisco. El cuatro de octubre salíamos a la fiesta. Ahí se juntaba cualquier cantidad de gente, y mi papá le decía a mi mamá: -¡Menos que esta mocosa vaya a agarrar guitarra!-. Pero allá siempre me hacían tocar. Si yo aprendí más después de casá' que cuando estaba soltera, porque Juan nunca me quitó. Como a él le gustaba tanto el canto, ahí empecé a salir. Y entre más cantaba, mejor me ponía. Igual que cuando está aprendiendo a hacer alguna costura, entre más va trabajando, mejor va uno. Así fui yo. No aprendí tanto antes, fue después el canto, en mi vida de matrimonio, después que tuve mis hijos, después...

Bueno, y cuando me casé, ahí le gustó el canto a mi papá. Entonces era mi más gran admirador. ¡Uf!, no me dejaba. Era todo su hija, la Estela. Mi hermana

también sabía cantar, pero ella era más reservá', más aseñorá'. Yo no, yo era más puntúa, desordená'. Entonces si él tomaba, tenía que saber llegar con amigos y yo tenía que saberle cantar. De que me sentía cantar, pedía una melodía pa' acompañarme con el tañido. Y él era harto bueno pa' ganar las guitarras. ¡Uuy! Yo le decía: -¡Ahora querí's que te cante, viejo! ¿Cómo cuando estaba soltera, no me dejabas que saliera y cantara? Todas las veces cuando él salía, como le gustaba de tomar sus tragos, después llegaba y puro era su hija. Yo lo atendía y le cantaba. Primeramente la cazuela, vamos cortando el cogote a una gallina y vamos haciéndole cazuela a mi padre. Así fue. Si de soltera no fue tanto que lo hubiera pasado bien, que hubiera salido con alegría; después de casá' tuve la dicha de salir. Y ahí él me acompañaba porque Juan poco salía, no tenía na' brillo. No sabía bailar, no sabía ganar la guitarra, no sabía sacarse los guantes, sino que lo único que sabía era puro mirarme. ¡Oy!, a él gustarle tanto el canto. Casarse con una mujer tan divertida y yo casarme con un hombre tan bajito. Cuando era joven, era morenito, cara redondita y tan simpático. Ahí yo le cantaba:

Juancito está de novio
Caramba Juancito se va a casar
La vida, y la novia no la conoce
Mi vida, tiene que salida a buscar
Mi vida Juancito está de novio
Chiquitita es la novia
ay, ay, ay, chiquito el novio
Chiquitita era la cama
ay, ay, ay, del matrimonio
del matrimonio, ay sí
Caramba y lloremos juntos
y después del casamiento
ay, ay, ay son los disgustos
Después del casamiento,
ay, ay, no se duerme a gusto.

De diecisiete años me casé. Uno en esos años pololeaba a escondiditas, no habían abrazos ni besos sino en la matita de los árboles, mirando que no la fuera a pillar el papá. No como ahora que, ¡uuh!, se pide permiso y se pololea francamente al lado de sus padres. La manera de la antigüedad era que no supieran los papás. Una vez que mi papá supo que estaba pololeando, ¡uuh! ¡Dios mío!, tuve que estar dos días con mi mamá. Mi abuelita me tenía encerrada pa' que no me pegara. A mi padre no le gustaba el casamiento. Después tuve que hacerme la amable no más, y ya que tanto le rogamos, me mandó a pedir mi marido. Pero él no me quiso dar, fue por nojar. Así que vino un compadre de Juan a buscarme y me fui con ellos, me arranqué. Pero gracias al Señor, como me fui

donde mis suegros, mi papá me dio el consentimiento. Estuve casi un mes allegá' en la casa de los papás de Juan hasta que mi papá dio el permiso pa' casamos. De ahí me vine pa' mi casa y me hicieron una buena fiesta. Duró como tres días y andábamos muchísimos de a caballo. ¡Con harto canto y a caballito! Yo jovencita. Había una tía y una prima que me cantaban en la llegá' de los novios. De a dos guitarras me cantaban en el barón. ¡Harta carne, hartos lechones y harta comida!

DE POR AQUÍ, LA MEJOR CANTORA

Yo no creía que la gente me tenía tanto aprecio. ¡Qué iba a pensar yo que por mi canto!... Pero si me pregunta de otra buena cantora por aquí, era sólo la Estela Castillo. Claro que yo era mi voz la que hallaba bonita, a lo demás no le encontraba ninguna gracia. Yo decía: -¿Qué será lo que les simpatiza tanto de mi canto?-. Y debe ser tanta cueca que canta la Estela. Me sé la cueca del gallo, la cueca de la gallina, la de la muerte... ¡Tanta tontera! ¡Y no cambiaba de afinar tampoco! No. Por un solo afinar no más, porque estaba acostumbrada por la tercera alta; bueno, y a veces por las circunstancias, cargaba la segunda y la tercera. ¡Ya la gente que le gustaba mi canto! Me buscaban harto pa' los matrimonios, pa' los casamientos. ¡Sí! Era puro nombrá' la Estelita Castillo. Iba pa' Tregualemu, Cobquecura, Buchupureo...

¡Y me pagaban pues! En los casamientos mandaban a cantarle a los novios. Usted misma que hubiera andado en la compaña me decía: -Señora Estelita, una canción pa' los novios-. Listo. Me pagaban por la canción. Así que depende, me hacía sus dos, tres mil pesos, y en esos años era plata. Le daban a una de a cien, doscientos pesos, no como ahora que dan una luca, hasta cinco, pero como ya no salgo... Supóngase que hubiera sido la señorita Paula que me la mandaba a cantar, yo decía: -Vivan novios y padrinos/ Arco del cielo estrellado/ Vivan padrinos y suegros/Y vivan los acompañados/ Vivan novios y padrinos/ Cascarita de granada/ Y la señorita Paula se las mandó regalada-o Ahí sabían entonces quién era el que mandaba a tocar esa canción.

Pagaban las puras tonadas de novios, las cuecas no. Pero yo no sé de a dónde me salía tanta toná'. Tenía que tocar cuando se estaba almorzando, también en la noche y en la mañana. Hasta el arroz que le tiran a los novios en la iglesia salía en los versos. ¡Y tantos! Todos los sacaba yo. Cuando el cura le está dando los sacramentos, cuando se despedía de sus hermanos, el último abrazo, cuando le pide la bendición a sus padres, todos esos versos. Sabía tanta canción de novio. ¡Y las cuecas! Bien chicoteá's las cantaba. Amanecía noches enteras y no repetía ni una. Yo no sé de a dónde me salía tanta mentira, porque mentiras deben haber sido. Sí pues. Y en casi todos los matrimonios andaba.

Me acuerdo que no esperaba a los novios porque siempre andaba en la compaña también, de a caballo, en mi montura. Veinticinco, treinta, cuarenta personas a caballo. y las señoras con ropones y monturas de rollo, a ver quién andaba más pinteá' y más bien arreglá'. Y los ropones eran así entero negros, no se usaba de bordarlos; bueno, pa' la gente pituca a lo mejor, pero aquí no, eran ropones sencillos no más, de género negro. Por ejemplo, haga cuenta que eran como esta falda que yo ando trayendo, pero hasta abajo, y aquí por el revés se le ponía una tirita atravesá' pa' poner el pie, pa' que donde uno corría no se levantara el vestido. Así llegaba a cantar yo en la compaña.

En el día se almorzaba en Curanipe. Ya, en la mesa abríamos cantándole a los novios y cuando se llegaba a la casa, me pasaban la guitarra y me ponía en el barón pa' recibirlos. ¡Así era antes! Y en el barón estaba también el arco. En la dentrá' de la puerta ponían unos palos así como un arco. Primero un tremendo barón pa' que no pasaran los caballos pa' dentro, y después los arcos de quila adornados con flores de campo, con reina Luisa, claveles, qué sé yo, cualquier florcita. Ahí le iban surtiendo bien en la puerta de la casa y en el barón. .

En esa época de la vida de nosotros la que se casaba de blanco era la gente del pueblo. En el campo cada cual con un trajecito, una batita elegante. Yo me casé con una bata rosada de seda; se usaba la seda antes. Ahora, aquí mismo en Las Pocillas, las novias son igual como en el pueblo, con su velo y traje de novia. Mi hija se casó así, elegante. Ahí duró dos días la fiesta. Habían dos tortas, pero de cuatro pisos. ¡Tanta gente! Ella se casó en Curanipe. De aquí se fueron en camión y auto, no fueron de a caballo porque ya se estaba eliminando eso. Yo un poco cantaba y otro poco lloraba. Cuando estaba cantando me acordaba y las lágrimas se me corrían por los ojos...

Pero eran tan bonitos los casamientos, las fiestas, todo eso. Cuando salía, lo que más me gustaba del campo era cómo se recibía a la gente. ¡Las comidas! La entrada de papas mayo, de lechuga, de arrollado o cabeza de chancho. Después, la cazuela de ave, de pavo o de gallina; seguían los tallarines, o bien arroz con pollo al jugo y de postre, el durazno... ¡Así se sirve aquí! Y como a la media noche, ya daba hambre, bueno, a mí me atendían hartazo bien. Me llevaban a la cocina a tomar mate... ¡Y una de carnes! De esa carnecita como fiambre con ajicito cuchareado. ¡Mira que lo pasaba malla Estela Castillo en esa vida!

Que rico son los granados
Con pilco y mazamorra
Allá va que plato más jugoso
Caramba, con un poquito de cebolla
Mi vida y que rico son los granadas
Los porotos con mote,
Con chicharrones

Para el roto chileno
Son los mejores
Son los mejores, ay sí
Me hai vuelto loco
Con un plato de pan trucas
Y otro 'e porotos
Con el poroto ballo
Doy vuelta el año.

Yo salía harto y como lo pasaba bien, bueno, me gustaba. Lo que sí, cuando salía a cantar, tenía que ir acompañá'. A veces Juan me acompañaba, pero cuando no, iba igual con cualquier otra persona. Por eso le digo que mi marido nunca me ha quitado, claro que él tenía que saber con quién iba sí. Con mi papá, con don A ve lino Orrego, con don Luis Vásquez... Cuando me venían a buscar de Tregualemu, era gente de aquí de Chovellén que tenía familiares allá. Se casaban sus primos, sobrinos, 'qué sé yo, y ahí ellos me llevaban, me buscaban caballo y me invitaban de cantora. Me acuerdo que una vez me pasaron un caballo de don César Riquelme, ¡y yo le hacía parar la colita! ¡Tan buena pa'l caballo que era! Y ahora no tengo ni un brillo, pero antes harto que resonaba la Estela Castillo.

Y así fue una vez. Don Carlos Iturriaga que era de la Cora de Tregualemu y era el padrino de los novios, me mandó a buscar. Nosotros estábamos aquí en la casa cuando llegó uno que trabajaba con él. Entonces yo le dije -Yo no. ¡¿Cómo voy a ir?! Si no es na' llegar y salir. Yo soy de mi casa y un niño chico no se levanta solo, ni con eso, tiene que lavarlo-. -Pero cómo, señora Estela- me dijo él. En eso llegó mi papá y me preguntó - i Ah! ¿Que la andan buscando, hija, pa' cantar?-. -Sí pu' papi, pero cómo voy a ir-le dije yo. -Bueno, acompáñela usted pu', Tata Viejo-le dijo Juan. Entonces mi papi fue a decirle a mi mamá, y ella es que le dijo: -¡Bah! si el Señor le dio ese don a la hija acompáñela usted pu' -. y nos fuimos en el tractor. ¡Estuvimos cuatro días en Pullay con mi papá!

Me acuerdo también otra vez en Tregualemu. Había una viejita en un casamiento que se llamaba Paulita. Cuando terminó lo del comedor, salimos al patio y ahí, a ver quién bailaba mejor la cueca. ¡Iban no más' las cuecas! Entonces, ya en la noche, me pusieron una silla, un reparo, y yo bótele canto, tres, cuatro, cinco marcomas, ¡a todo patio! Y esa viejita se ganó al lado mío. Yo puro cantando y ella puro mirándome. Ya, la viejita me llevaba huevitos, me llevaba de todo, -pa' que se alimente- me decía. Después le pasé la guitarra a otras chiquillas que andaban en la compaña. -Señora, cante usted- me decía -esas cuecas tan lindas que canta-o Y yo le canté la cueca del viejo...

La vida, y un viejo me pidió un beso
La vida, yo no se lo quise dar
Mi vida porque el beso de los viejos

La vida, y es como el huevo sin sal
Mi vida, y un viejo me pidió un beso
El viejo de enojado,
se subió al cerro
Me miraba pa' bajo
y le hacía feo
Le hacía feo sí,
me dice el viejo
Bonitas son las niñas
pero las dejo
El viejo de enojado
se iba pa' un lado.

Y así siempre anduve cantándole a la gente de aquí cuando se casaba. Me buscaban los padres, los tíos, los padrinos... Y una vez de allá de Copiulemo, por Cobquecura, la señora Irma me pidió que fuera. Yola había celebrado a ella, y vino de a pie a buscarme pa' que celebrara a su hija. ¡Si era buscá' la Estelita Castillo!... Y el hijo de Don Raúl Mena, cuando me escuchaba cantar ¡qué le gustaba! Un día me dijo: -Si algún día yo me voy a casar, tiene que cantarme esas canciones la señora Estela Castillo, pa' puro que me haga llorar-o Tanto fue, tanto sería, que me esperó años hasta que yo le canté. Y en un momento él tuvo plazo pa' casarse, pero se murió mi mamá o mi papá, no sé cuál de ellos, ¡y queme haiga esperado de pasar mi duelo! Yo a los dos años todavía no tomaba mi guitarra. Pero salió con la de él, hasta que yo le fui a cantar. Estuve cinco días en ese casamiento. ¡Cinco días! De donde don Armando Muñoz pa' allá. Mataron dos animales, cinco chanchos; había cualquier cantidad de carne. ¡Ay Señor!, que abundancia más grande. Don Raúl trajo de Tregualemu dos vaquillas... Pero la carne, olvídese. A los cinco días me vinieron a dejar. Y yo no sé, ¡que no me haiga puesto ronca...!

OTROS RECUERDOS

De las otras fiestas en las que también cantaba, me acuerdo eran las trillas. ¡Yo también canté arriba de una parva! Si sabía tantas canciones, pero ahora donde dejé de cantar se me han olvidado. En esos tiempos también cantaba esquinazos, pa' los San Juanes, cuando lo celebrábamos aquí, cuando íbamos pa' donde un tío de Juan, o después en Cauquenes. ¿Cómo era ese esquinazo?... Uno decía "Abre tu puerta mi corazón/ si soy tu huaso a la chilena/ si no abres la puerta luego me voy", y después "No traigo cadenas de oro/ para venirte a colgar/ traigo un cuaderno de versos/ para venirte a cantar". Ese era el esquinazo que sabía. Si yo tenía un cuaderno lleno de canciones para que no se me olvidaran. Las anotaba porque pensaba que después se me iban a olvidar y así fue, se me olvidaron hartas. Se me fue esa mentalidad. Para mí ya se acabaron todas esas cosas porque a la edad de setenta y cuatro años que tengo es como mucho, ¿no cierto? Donde

ya fui adelantando más mis años no soy la misma de antes, porque una después no tiene la misma actitud, no tiene ese carácter, ya se le determina esa paciencia; es otra cosa. En cambio, cuando tenía cincuenta años, todavía era bien desordená', diremos, alegre.

Donde más cantaba era en matrimonios, en puras fiestas de esas, y también para San Juan, pa' las Cármenes. Antes tanta paciencia que tenía, lo único que me molestaba era cuando se me iban encima los cura' os. ¡Uuh!, ya no había más canto, porque lo menos que me gustaba, que me molestaran. Pero el cura' o no era por falta de respeto, lo que pasa es que se caían, se le caían encima a una. Eso es lo que a mí no me gustaba.

Aquí en la casa antes se celebraba San Juan, la Cruz de Mayo, las Cármenes, pero ahora diremos que está común lo evangélico. Antes no habían evangélicos, éramos todos católicos. Quisiera ver usted cuando se celebraba San Juan. Allí donde está la escuela, había un caballero que lo celebraba. Amanecíamos toda la noche en la novena, cantando y bailando. Al otro día venía la gente a pagar mandas. Le hacían mandas de un decálitro de vino, diez litros de vino, y por todas las casas se repartía. Y aquí sobre todo, donde mi viejo se llamaba Juan, yo también celebraba. Ahí cantábamos, amanecíamos, pero entre poquitos, no muchos porque a mí no me gustaba ese grupo de gente muy grande, así entre la familia no más. Ya, y en Cauquenes, cuando vivimos allá, iban mis sobrinos que venían de Linares a ver a Juan y decían: - ¡Que viva San Juan y viva Juan, mierda! -. Así que lo pasábamos re bien. Pero ahora no se celebran esas cosas donde hay tanto evangélico. Sí, porque no ve que hay más gente evangélica que católica.

De lo que sí, en velorio de angelito nunca canté. Me sabía un verso que decía, a ver... "Que dichoso el angelito/ que se va para los cielos/ a rogar por padre y madre/ y también por sus abuelos". Ese versito sabía... "El angelito está en el cielo/ y está en la presencia del Señor/ alabando a la Virgen / y Dios que lo prometió". Le sabía cómo cuatro pies no más, no era cantante pa' los angelitos. No era que no me gustara, pero aquí nunca le cantaban, era a secas o con los cantos de "Oh María, madre mía", de iglesia, pero no con guitarra. Se los vestía sí, así como angelitos, con albita blanca y todo.

De lo otro que me recuerdo en esa vida, es de una vez que me grabaron. Mi mamá en esos tiempos tenía suelo en Curanipe, del puente, por el río pa' arriba. Y estábamos cavando cuando una tarde llegó don Lucho Orellana. Se lo vaya contar sencillamente. Alojábamos allá mismo, ¡a lo que es campo! El llegó como a las doce, me saludó y me dijo: -Señora Estela, sabe que vengo mandá' o de la Raquel a invitarla, que hiciera un sacrificio, porque allá la necesita-o -No, don Lucho-le dije yo -usted sabe en lo que estamos trabajando pu', y así no voy a salir para allá-. -Pero si usted sabe que yo soy criado y nacido en el campo y siempre he estado en

los trabajos de mi padre- me dijo él. -No-le dije. No quise. Después volvió: -¡Oiga, señora Estela!-. -¡Ya! Espéreme un poco-o Me lavé en el río, me puse mi ropita limpia que andaba traendo y nos fuimos. Cuando me dice la señora Raquel: -Oiga, afine la guitarra y haga esos punteos que hacía, tirarí, tirarí, tirarirará-. Le pregunté yo: -¿Paraqué?-. -Es que yo la quiero escuchar aquí solita-o Y empecé pu', como yo tenía mis manos buenas todavía... Y sabe que había un señor allá, y esa fue la primera vez que escuché la grabación. El caballero estaba atrás y me estaba grabando todo lo que yo canté. ¡Cuando después ponen la grabadora y ponen las cuecas como estaban! Y yo decía -¿Bueno, así canto yo?-.

En esos años era otra mi guitarra. Tenía antigüedad ésa, incluso la tengo en Chovellén. Esas guitarras son de las clavijas por debajo, ¡rica mi guitarra!, pero como tenía tantos años nunca la mandé a pintar y cuando se casó mi sobrina, me la quebraron. Esa fue mi guitarra de siempre. Y cuando fui este año a Yumbel... Paré' que fue un anuncio. Me dijo la Ely: -Mami, y por qué no te llevas una guitarra-o Le dije yo: -¿Y pa' qué?-. Pero parece que fue mala suerte... Compré la guitarra, llegué a Cauquenes y al tiempito me vine. Acá me entretenía tejiendo calcetines y cantando unas cuecas ¡chicoteaitas, miércale! Me decía Juan -¡Dios la guarde a la vieja!-. ¡Y que me vaya a enfermar de mi mano!... ¡Si como tocaba la guitarra antes! ¡Esos punteos que hacía! Mire, ¡yo quisiera tocar como antes! Ahora con este puro de'ito... El reumatismo es el que me tiene así. Pero por la envidia del canto creo yo que fue, ¡jante toco todavía! Si yo no le puedo hacer la postura con los dos dedos. Debe haber sido algún mal, algo así. Y eso que yo me hacía contra cuando iba a cantar. ¡Sí! Andaba con el sostén y el cuadro al revés. Pero hay tanta gente maldadosa...

DE LAS CUECAS, LOS CORRIDOS Y LAS TONADAS

Lo que yo más tocaba eran cuecas y toná' S. Ahora poco se tocan esas canciones, es más moderno. No es como antes que era puro folclórico. Antes aparte de las cuecas estaban también los corridos y los valses, pero eran distintas a las melodías de ahora. A mí, por ejemplo, me gusta más el canto de Violeta Parra que el de Guadalupe porque una cueca bien tocá' ¡es harto bonita! ¡Y con tañido cambia! A mí me gustaba cuando me las ganaban, pero una persona que la tañara bien. Era muy egoísta yo, no dejaba que cualquier persona me tañara la guitarra... Dependía si yo me podía seguir y si era una persona respetuosa. Y gracias al Señor, tengo el orgullo de que nunca tuve un atrevimiento. Una sola vez en Tregualemu... Andábamos con mi papá, cuando se casó Samuel Medina. Estuvimos tres días. ¡Y donde cantaba, al otro día amanecía mejor! Entonces estaba el joven Alarcón, que yo le hago acordar ahora que somos tan amigas con la señora Inés. Yo estaba cantando cuando él, no ve que me la estaba ganando, me topa así la rodilla. Paré la guitarra y le dije yo: -¡Que te has creído! ¿Querí's que agarre la guitarra y te la haga pedazos? ¿te creí's que yo no estoy cantando, que soy una chiquilla? ¿no me habí's mirado mi cara, no me hai mirado mi respeto?-.

¡Y levanto la guitarra!... -Señora- me dijo -es un equívoco-. - ¡Ah, no!-le dije - tiene las manos sueltas por si acaso-o ¡Primera vez, nunca más! En todo lo que yo salí a cantar, jamás tuve un atrevimiento.

Sabía hartas canciones yo... Había un señor de Coltauco que cantaba unas cuecas y cuando salía pa' los 18, entonces me las aprendía. Y mire, yo era tan memorista, escuchaba cualquier canción, todas las aprendía de una. Sí pu', la memoria en']. ... ¿Como sería eso? Y además, entre más cantaba, mejor me ponía. Y cuando seguía cantando no me cansaba. Yo podía estar noches enteras, bueno que toda la noche no, pero ya cuando me cansaba, me dejaban un rato, empezaban con las canciones, con los corridos y los valses. Porque antes eran más los corridos, los valses, eso era lo más corriente. Bueno, me dejaban, y al rato: - i Uuh!, señora Estelita, otras cuequecitas-. Ya, empezaba yo de nuevo. De que comenzaba, me las ganaban bien, y se empezaban a sacar los guantes. ¡Uuh!, yo ni sentía como cantaba, no sabía repetir una cueca, nunca. Si' hubiera estado una noche, uno o dos días, nunca repetía ni una.

Me acuerdo que una sola vez fui a una ramada a tocar cuecas. Pero no me gustaba porque era muy ordinario, prefería en casas, así, particulares, en familias. Esa vez acepté nada más porque fui a cantar a Pelluhue con la señora Ramona Reyes. Primera vez que iba a cantar allá, ya que tanto me insistió una familia Noram buena, que me dijo: -Sabe, señora, que por la nombrá' suya sacamos una ramá' y gastamos y pagamos tanto-. Por la exigencia fui a cantar, pero nunca más. Si yo salía, pero siempre con una responsabilidad, con un respeto; no iba a estar cantando en cualquier parte... En una casa la gente tomaba pero sencillamente, y siempre que me supieran respetar los dueños de casa. Iba a cantar bajo la responsabilidad, con mi marido o acompañada. Así que tocaba mis cuecas, mis toná' s pero siempre con respeto.

CANTAR, SANTIGUAR Y REZAR...

Yo sé santiguar y rezar... Santiguo con la pura mano, otras toman una vela pero yo no. Es que el santigüerio pá' criaturas es mejor así y uno tiene su secreto. Yo creo que cualquiera no sabe esos santigüerios de vida antigua, porque hay que saberle hacer las cruces donde cae la palabra. Sí, no es llegar y santiguar no más. ¡No pues! Yo he santiguado a gente ya casi muerta. Un día venía de Curanipe, y andaba en un funeral. Entonces, estaba un chiquillo de arriba de la Quinta Chile, que lo tenían vomitando. Y a uno se le ocurrió que era ojo, entonces dice: -Ahí viene la señora Estela que sabe santiguar-o Y fueron a llamarme. -¡Ay!- les dije - ¡No! ¿Cómo voy a santiguar aquí, delante de toda esta gente?-. Habrían sus cien a doscientas almas. Lo voy a mirar, oiga, ¡era ojo! Tenía los ojos que ya se reventaban, y vomitando. ¡Como estaba de apurado el pobre chiquillo! ... Un hombre hecho y derecho. Ya. -Lo que sí-les dije yo -si tienen manta, pónganla ahí pa' que no me vean como estoy santiguando, porque se van a reír. - ¡Y no eran ni

capaces de levantar al chiquillo!, porque se empaló. Y hacía rato, dicen, que estaba muerto. ¡Oy, tenía que ser muy grande el ojo, desesperante! Y lo santigüé pu' oiga. ¡Qué!, no embromó nada, ¡ligerito reaccionó! No se demoró nada en estar mejorcito.

Después, me acuerdo otra vez, vino un chiquillo, un primo de mi marido, a buscarme que ya sé le habían muerto todos sus hijos y el único que le quedaba era ése. Era Balladares, de la familia de mi marido. Nos fuimos. Llego allá y el niñito estaba vomitando. ¡La señora estaba mal! -Ahora sí que mi chiquillo se va a morir; ¿qué voy a hacer? Ya se me van a morir todos-. Hacía una noche que se le había muerto una niñita de nueve meses. Ella le dio pecho, se acostó con ella y dijo: - ¡Ah! no la acuesto na' en la cuna, mejor me acuesto con mi chica al lado- . Cuando despertó, ya estaba muerta. Ojo callado. Ese es el ojo callado, que no llora, es el más fuerte. Bueno, lo santigüé. Ella: -¡No!, ya está más muerto que vivo-o Pero sabe que todavía le faltaba, porque cuarenta y ocho horas dura el ojo de un matrimonio, y el del soltero, veinticuatro no más. Eso nos enseñaba mi abuelita, por eso yo hablo estas conversaciones, porque las personas antiguas sabían todas estas cosas. Y fíjese que cuando al ratito reaccionó, oiga. ¡Y vomitaba el pajarito!

Pero no sólo se ojean las criaturas, también los animales, las cosas. Cuando le ojean a uno una guitarra, por ejemplo, también se puede santiguar. ¡Si se ojean hasta los palos! Fíjese, una vez un caballero estaba haciendo una punta de arado porque se araba con arados de palo en ese tiempo, y estaba tan bonita la madera, y le dijeron: -Que lindo que le va a quedar su arado-, pero no le dijeron "Dios lo bendiga". Y cuando lo terminó, se partió medio a medio. Si hay personas con el ojo muy fuerte... Me acuerdo de otra vez, cuando vivía en Cauquenes, hacían tres años que estaba allá, cuando al vecino se le ojeó un caballo, se le enfermó. Era un tremendo animal, ¡lindo! Fueron donde el veterinario. Después lo corrieron por si era dolor de guata o estaba hinchado. ¡Lo corrieron todo el día! Y el caballo ya se votó a muerte. ¡Hinchado! ¡Estaba como un tambor! Me dijo la vecina: -Oiga vecina, si usted sabe santiguar-o -¡No!- le dije yo -pero nunca he santiguado bestias, gente sí, pero no bestias-o Y el otro vecino, el yerno de ella era tan burlesco. -Bueno-le dije -lo voy a santiguar, pero siempre que su yerno no esté porque es tan burlesco. El será muy de pueblo y yo soy del campo, pero no soy pava-o Entonces, estaba el caballo muerto, así, en la calle. Me gané lejitos y lo empecé a santiguar, no lo nombré sí, porque con la criatura se dice "Criatura de Dios, yo puro te ensalmo... ". En cambio pa' 1 caballo decía "Caballito de Dios, yo puro te ensalmo, te santiguo, te bendigo, en el nombre del Padre, en el nombre del Hijo y del Espíritu 'Santo, en el nombre del Padre Dios, San Roque, San Antonio, Juan Bautista, San Matías y San Sebastián. Jesucristo, que este animalito se mejore de este mal, de peste, de gota coral[31] y de otros males sin condición. En el

[31] Epilepsia

nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo". Lo santigüé siete veces, porque cuando está en apuro tiene que ser así. No estuvo diez minutos, cuando el caballito se paró.

De mi abuelita aprendí todo esto. Lo que ella sabía lo enseñaba. También de ella es que sé rezar. Ahora, si voy a Cauquenes, cuando hay velorio - i Oy!, la señora Estelita tan lindo que reza-. ¡No sé!, que no me hallan defecto pa' rezar porque dicen que nunca habían escuchado el rosario que yo rezo. Y es común, pero son las oraciones las que... Cómo sería que hasta un evangélico, cuando murió un caballero que se llamaba Hernando Velozo, un evangélico dijo: -Que rece la señora Estelita- ... Me sé hartos rezos. y así como hay rezos pa' santiguar, también hay otros que sirven de contra. Entonces, si uno va al pueblo de noche, da miedo y reza... O si quiere que la casa esté tranquila, se pueden rezar las doce palabras redobladas, que dicen así:

Amigo dígame una
Amigo si le diré
Una no es ninguna
y siempre la Virgen pura

Amigo dígame tres
Amigo si le diré
Tres son las tres Marías
Dos son las dos tablas de la ley
Por donde pasó Moisés
Con sus 12 apóstoles
Pa' Jerusalén
Una no es ninguna
Y siempre la Virgen pura

Amigo dígame cinco
Amigo si le diré
Cinco son las cinco yagas
Cuatro son los evangelios
Tres son las tres Marías
Dos son las dos tablas de la ley
Por donde pasó Moisés
Con sus 12 apóstoles
Pa' Jerusalén
Una no es ninguna

Amigo dígame dos
Amigo si le diré
Dos son las dos tablas de la ley
Una no es ninguna
Y Siempre la Virgen pura

Amigo dígame cuatro
Amigo si le diré
Cuatro son los evangelios
Tres son las tres Marías
Dos son las dos tablas de la ley
Por donde pasó Moisés
Con sus 12 apóstoles
Pa' Jerusalén
Una no es ninguna

Y siempre la Virgen pura
Amigo dígame seis
Amigo si le diré
Seis son las seis candilejas
Cinco son las cinco yagas
Cuatro son los evangelios
Tres son las tres Marías
Dos son las dos tablas de la ley
Por donde pasó Moisés
Con sus 12 apóstoles
Pa' Jerusalén

Una no es ninguna
y siempre la Virgen pura

Amigo dígame siete
Amigo si le diré
Siete son los sacramentos
Seis son las seis candilejas
Cinco son las cinco yagas
Cuatro son los evangelios
Tres son las tres Marías
Dos son las dos tablas de la ley
Por donde pasó Moisés
Con sus 12 apóstoles
Pa' Jerusalén
Una no es ninguna
Y siempre la Virgen pura

Amigo dígame nueve
Amigo si le diré
Nueve son los nueve meses
Que anduvo Cristo en el vientre
Ocho son los ocho cielos
Siete son los sacramentos
Seis son las seis candilejas
Cinco son las cinco yagas
Cuatro son los evangelios
Tres son las tres Marías
Dos son las dos tablas de la ley
Por donde pasó Moisés
Con sus 12 apóstoles
Pa' Jerusalén
Una no es ninguna
Y siempre la Virgen pura

Amigo dígame once
Amigo si le diré
Once son las once mil vírgenes
Diez son los diez mandamientos.
Nueve son los nueve meses
Que anduvo Cristo en el vientre
Ocho son los ocho cielos
Pa' Jerusalén
Una no es ninguna
Y siempre la Virgen pura

Amigo dígame ocho
Amigo si le diré
Ocho son los ocho cielos
Siete son los sacramentos
Seis son las seis candilejas
Cinco son las cinco yagas
Cuatro son los evangelios
Tres son las tres Marías
Dos son las dos tablas de la ley
Por donde pasó Moisés
Con sus 12 apóstoles
Pa' Jerusalén
Una no es ninguna
Y siempre la Virgen pura

Amigo dígame diez
Amigo si le diré
Diez son los diez mandamientos
Nueve son los nueve meses
Que anduvo Cristo en el vientre
Ocho son los ocho cielos
Siete son los sacramentos
Seis son las seis candilejas
Cinco son las cinco yagas
Cuatro son los evangelios
Tres son las tres Marías
Dos son las dos tablas de la ley
Por donde pasó Moisés
Con sus 12 apóstoles
Pa' Jerusalén
Una no es ninguna
Y siempre la Virgen pura

Amigo dígame doce
Amigo si le diré
Doce son los doce apóstoles
Que a Jesucristo siguieron
Once son las once mil vírgenes
Diez son los diez mandamientos
Nueve son los nueve meses

Siete son los sacramentos
Seis son las seis candilejas
Cinco son las cinco yagas
Cuatro son los evangelios
Tres son las tres Marías
Dos son las dos tablas de la ley
Por donde pasó Moisés
Con sus 12 apóstoles
Pa' Jerusalén
Una no es ninguna
Y siempre la Virgen pura

Amigo dígame trece
Amigo si fe diré
Quién de doce pasó a trece
También le pido al Señor
Que el demonio se reviente
¡Mil veces!

Que anduvo Cristo en el vientre
Ocho son los ocho cielos
Siete son los sacramentos
Seis son las seis candilejas
Cinco son las cinco yagas
Cuatro son los evangelios
Tres son las tres Marías
Dos son las dos tablas de la ley
Por donde pasó Moisés
Con sus 12 apóstoles
Pa' Jerusalén
Una no es ninguna
Y siempre la Virgen pura

Entonces, usted le dice: -mil veces- y hace el signo de la cruz - Jesús, María y José. Mil veces Jesús, María y José. Mil veces Jesús, María y José-. Hace tres veces la Cruz y no se siente nada en su casa.

LAS ÁNIMAS Y LA FE CATOLICA

Donde está la escuela, pegadita a ella, ésa es la capillita. Esa la dejó el tatita cura postrero que era el padre Samuel. ¡Oy, que me gustaba! El fue el primero que llegó aquí. Fue a la primera casa que vino a hacer misiones. Nosotros fuimos de siempre católicos. Mi abuelita hacía que mi papá le leyera la Biblia, me acuerdo. Y nosotros siempre antes de acostamos, de chicas, nos hacían rezar... Y ahora, todavía. Mi esposo Juan, él es tan católico, ¡si él no se acuesta sin rezar! Yo a veces tengo que levantarme e Irme a acostar a la otra cama, porque no me deja dormir, que el padre nuestro, al Señor, a San Francisco, al Credo, no calla nunca. Y a la hora que despierta, de nuevo. Si él se enferma, en la noche le pide al Señor, tiene su altar. Ya, al otro día, vamos a la capilla a pagar la manda. El Señor en primer lugar, y después son los apóstoles del Señor, los santos, San Juan, San Francisco...

Antes la gente era muy católica. En esos años no existía mucho el evangelio,

había muy poco. Aquí nadie, ni pa' Tregualemu, era muy raro. Cuando yo tenía diez, doce años, escuchábamos pa'1 otro lado gente que iba a Mata de Boldo, y cuando venían unos evangélicos de Loanco, unos dos hombrecitos cantando, la gente hacía burlas. Pero ahora ¿qué será que hay tanto común? ... Juan tiene unas tierras que las trabaja en mediería. Y él le pone la cruz al trigo ¡A todo su trigo! A los chícharos, a las arvejas... y su mediero es evangélico y se la saca. Yo le dije: -No Mingo, no haga eso, él es su patrón, se va a enojar, el Juanito se va a enojar. Usted con su fe y nosotros con la nuestra -Me dice él: -Pero los niños por ahí me ven, dirán que estoy adorando a dos dioses-. -¡Na' que ver!- le dije -porque toda la gente sabe efectivamente que nosotros somos tan cat61icos, así que no lo haga más de botarle la cruz al trigo. ¿Le dice Juan, si querí's mediar conmigo no quiero que sea evangélico? ¿Él le dice algo, le protesta de su religi6n suya? No pu', entonces es malo lo que hace usted, cualquiera con su devoci6n, usted con la suya y nosotros con la de nosotros-.

Y aquí en esta casa nunca escuchamos nada. Será que le rezamos todas las noches a las ánimas... Le vaya contar una verdad. Mi abuelito vivía en Quirimaura. Quirimaura queda de Chanca pa' arriba. Entonces por ahí había un caballero ¡que era tan devoto de las ánimas! Todas las noches con sus trabajadores tenía que rezar. ¡Todas las noches! Igual como nosotros; yo no las dejo por ningún motivo... Bueno, como era tan rico, una noche lo iban a asaltar y elladr6n mand6 a sus criados y que les dijo: -Vayan a escuchar qué es lo que pasa-o Vinieron los empleados y después que le dicen al que manda -Estamos mal, sabe que están descargando y cargando armas-o -C6mo puede ser- que le dijo -no te creo-o -Sí, es cierto, mal estamos-o ¿Y quiénes eran? Eran las ánimas del Purgatorio. Esa casa estaba rodeá' del Espíritu Santo... Por eso nosotros no nos acostamos ni una noche sin" rezar, tiene que ser mucho. Si no rezamos, yo no puedo dormir... Y la devoci6n a las ánimas, mi abuelito la enseñaba así: "Tres Ave María, una Salve a la Santísima Virgen del Carmen, rescate de nuestros pecados, por el alivio descanso de las almas más atribuladas, las más abandonadas, las que nadie se acuerda de ellas, que rueguen por ellas, que Dios les dé perpetuo descanso y que la claridad brille sobre ellas. Y que lleguen al reino de los cielos, con la fe que nosotros le tenimos". Así que... eso es de todas las noches.

LAS CAMPAÑAS Y CHOCLONES

Yo no me acuerdo haber cantado mucho pa' las campañas, así, en choclones. Siempre cuando se hacen campañas para las elecciones, aquí en el campo se organizan choclones y la gente va, la llevan, la traen, pero yo mucho no iba. Y no sé qué me pas6 esta vez que estaba sola una noche, hace poco, y dije: ¡le vaya sacar un verso a don Nelson Leal![32] Y empecé a practicar i hasta que me sali6! Al otro día fui pa' Cauquenes y pasé donde una amiga, la señora María. Ahí estaba

[32] Candidato a alcalde por la comuna de Pelluhue

don Joel, y me dijo: -¡Oy, Señora Estela, quién pudiera tocar como tocaba usted antes!-. Y entonces le digo yo: -¡Que le haiga sacado un verso a don Nelson! -. -¡No puede ser señora Estela! - me dijo la señora María. -Sí-le dije yo -pero no sé si él se irá a ofender. Sola lo saqué-o Y lo canté a secas. Después los chiquillos me dijeron - ¡Oiga, señora Estelita, con la guitarra! -. -Pero mijito le dije yo al Carloncho -si con este dedito hago tan poco-. Fueron a buscar una guitarra. ¡y dicen que me salió tan bonito!

Qué linda es nuestra tierra
es lo más ideal
Viva el sector de Chovellén
y de alcalde don Nelson Leal
De alcalde todos lo pedimos
y es un amigo conocido
El no los ha de engañar
en esta tierra ha nacido
y no los equivoquemos
debemos hacerlo bien
y el 27 de octubre
todos votemos por él
Muy lindas son sus palabras
al escucharlo hablar
y si él no nos cumpliera
no sería don Nelson Leal

(Hay dos posibilidades, sino le digo que lo
tiramos al mar)

Para todos los presentes
hiervecita plantada en Vega
Aunque mucha confianza él tenga
él más amigo la pega.

¡Oy yo no sé por qué tengo tanto interés! Tengo una manda al Señor pa' que salga don Nelson Leal. Pero si sale y no me arregla este camino, lo tiro al mar, palabra que lo tiro al mar... Porque yo poco me he interesado en las campañas, de quién va a salir de alcalde, de los partidos, los choclones que se hacen pa' juntar gente, todo eso. Si en el campo la gente va a los choclones, se organiza, matan sus animales, consiguen cantoras, la gente baila y ahí también hablan, hacen su discurseo... todo eso.

Ahora, pa' estas votaciones del 27 de octubre, no ve que se elige al alcalde, los concejales y toda esa gente. Entonces hay harto movimiento en el pueblo. Pa' la campaña van pintando en las casas los nombres, las listas de los que les gustan y la gente se entusiasma. En las noches pintan, y a veces se agarran también si no están del mismo lado. Se agarran firme. El otro día, después de un choc1ón a uno 10 dejaron bien malherido, que tuvo que ir a parar al hospital. ¡Le dieron de patá's! viera usted. Pero eso es un tiempo no más, ese revoltijo. Después termina la campaña y se acaban los choc1ones.

TODAVIA SIGUEN LAS FIESTAS

Había una canción que me sabía, muy bonita, sobre las fiestas. Como era que decía... Esa me acuerdo la canté para un concurso o algo así que hubo en el hospital de Talca, harán como diez años atrás. ¡Y me salió linda! Viera que les gustó. Empezaba así...

Que linda está la mañana
el sol ya baña los campos
llegan huasos desde lejos
para celebrar el santo
Está de fiesta la hacienda
pan, comida, trago y canto
vengan cuecas y tonadas
corre el vino y la alegría
Vengan abrazos y besos
el dueño del alma mía
hay rodeo y hay topeadura
Hay canción y hay amor
y todos estarán re contentos
en esta celebración
Vengan cuecas y tonadas
corre el vino y la alegría
vengan abrazos y besos
el dueño del alma mía.

Y el último pie decía…

La tarde se va acabando
el sol ya se va escondiendo
Los huasos siguen cantando

y yo a mi negro queriendo
Bien dará la fiesta linda
y se seguirá repitiendo
Vengan cuecas y vengan tonadas
con el vino y alegría
Vengan abrazos y besos
el dueño del alma mía.

Todavía se celebran algunas fiestas como antiguamente. Bueno, menos que antes, pero se sigue juntando la gente para celebrar. Este año, por ejemplo, pa' San Sebastián, andaba yo y andábamos con guitarra. Yo no sé por qué andaba con la cuerda, es que una a veces tiene que estar y otras veces no está. Y tanto que me insistieron. - ¡Ya! les dije yo -si yo no toco ya, pero tráiganla pa' acá-o - ¡La Carmela, la Carmela!- me pedían todos.

Mi vida Carmela dame un besito
Caramba que me quiero confesar
La vida y un besito no es pecado
Caramba y dándolo con voluntad
La vida y Carmela dame un besito
Dame un beso Carmela
ay, ay, ay, dámeloluego
que el besito de anoche
caramba, y estaba bueno
Estaba bueno ay sí
ay, ay, ay, azucarado
Un besito con lengua
caramba, revoleteado
Anda, me saca pica
un besito es cosa rica.

San Sebastián se celebra por aquí todavía. En el Risco se celebra y viera que es di vertido. El año pasado, ¡uuy! yo me puse a cantar, oiga... Como recién habíamos traído la camioneta, fuimos con mis sobrinos que vinieron de Linares, porque sus abuelitos celebraban ese San Sebastián, y yo estar tan buena pa' la guitarra, oiga; ¡las cuerdas decían diablo, diablo clarito! Y de que ya tomó la guitarra la Estelita Castillo, ¡uuh! ¡Cómo se agrupaba la gente!... así escuchando.

Lo otro que se celebra harto todavía, es el día de San Francisco. Yo voy ahí donde la Ester, el día cuatro de octubre. Bien divertido es. ¡La señora, oiga! Es prima hermana de mi marido, pero es un amor. Llegan cien almas en la noche, amanece atendiendo a toda la gente. Sí, pues. Antes cantaba yo allá, poco antes

que me afectara la mano, algunos dos años harán. Es que siempre me ha gustado divertir. .. Cuando yo veía que había gente egoísta que le pasaban la guitarra y no cantaba una cueca, toda froncía, yo le decía: -¡Pase la guitarra pa' acá, yo la hago zumbar, miércale!-. No hace na' mucho, tres años que se casó una hija de don Talo Orrego. ¡Ooh, Señor! Yo no sé, me tienen grabá'. Habían unas chiquillas que cantaban ahí y cantaban folclórico. Ya, no les gustó y entonces dijeron: -¿Dónde estará la Estelita Castillo?-. Ahí estaba pu'. -Pase la guitarra pa' acá-le dije yo -pásela porque si todavía me queda, todavía ronco yo-o Me pasan la guitarra y me pongo con unas cuecas, de esas chicotea'itas, y las grabaron... Ahí decía yo: -¡Gánenmela, mierda! a ver, ¡gánenmela!-. Por eso digo: ¡Buuh, como era la Estela Castillo! Ahora puro nombre me queda... Pero yo era de las cantoras que les gustaba divertir, me gustaba salir, esa vida de fiestas, pasarlo bien con la gente, con alegría... Celebrar con cuecas, tonadas y entusiasmar al mundo...

A N E X O

Transcripciones Musicales y Letras

En este apartado, hemos querido dejar escritas la letra y música de cuecas, corridos y tonadas interpretados por las cantoras campesinas aquí retratadas. Consideramos dicho material pertinente y necesario, dado que el texto fue pensado desde un principio acompañado de un cassette, como trabajo complementario, para dar forma a una obra más íntegra. .

Reconocemos que la calidad técnica de las grabaciones no es del todo satisfactoria, debido a las condiciones en que se realizaron los registros, captados en las propias casas de estas mujeres, en algún mingaco o ramada, y no en estudios con óptimos equipos de sonido.

Las melodías que oirán son las mismas escuchadas en nuestro continuo acercamiento y relación con estas cultoras del canto campesino. Sin embargo, notarán que no se incluye la voz de la señora María Alejandrina Torres, ya que ella se encontraba de luto en el período de recolección de los cantos a incluir en el cassette.

Para finalizar, la persona a cargo de las transcripciones musicales ha sido Rodriga Mariángel, quien se ha esmerado en escribir en un lenguaje musical tanto cuecas, tonadas u otras expresiones, aprendidos de generación en generación de manera absolutamente oral.

GOZA TU DICHA ANGELITO (TONADA)

Rosa Hernández

Goza tu dicha angelito
que vino Dios a buscarte
de la hora en que yo supe
yo hei' venido a celebrarte

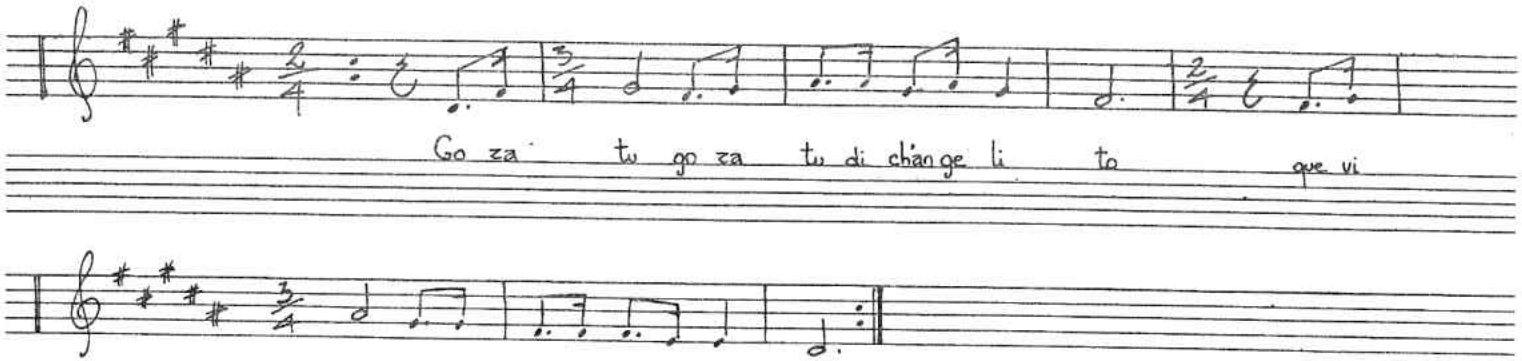
Que dichosos son sus padres
que echan su angelito al cielo
más dichosos los padrinos
que buenas manos tuvieron

Adiós mamita querida
ya no me ve ni mi sombra
y en el cielo nos veremos
y en cuenta de una paloma

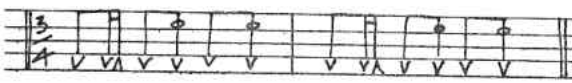
Adiós todos mis abuelos
y adiós le digo papá adiós
todos mis hermanos
ya no nos veremos más

Goza tu dicha angelito
del cielo te llegó aviso
ya te vienen a encontrar
dos claveles y un Narciso.

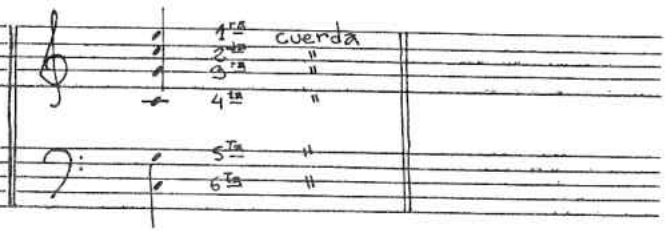
ANGELITO. ROSA HERNANDEZ



RASGEO



AFINACION: POR LA ORILLA



TRILLA (TONADA)

Rosa Hernández

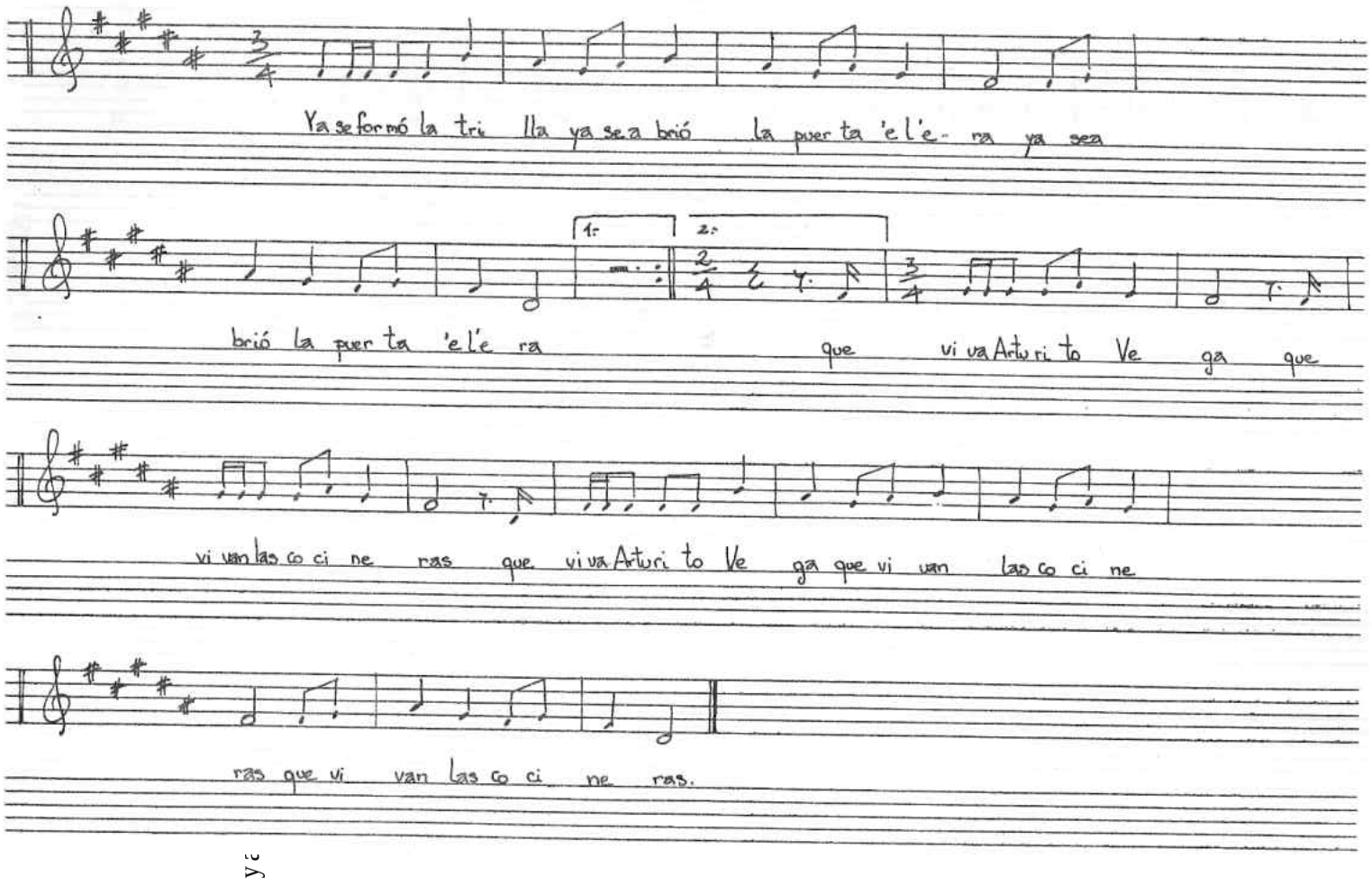
Ya se formó la trilla
ya se abrió la puerta 'e l'era
que viva Arturito Vega
que vivan las cocineras

Que vivan las cocineras
y también los horqueteros
que ya se acabó el montón
que vivan los arreadores

Formen la parva luego
que ya se acabó la trilla
vamos barriendo la era
bailando con las chiquillas

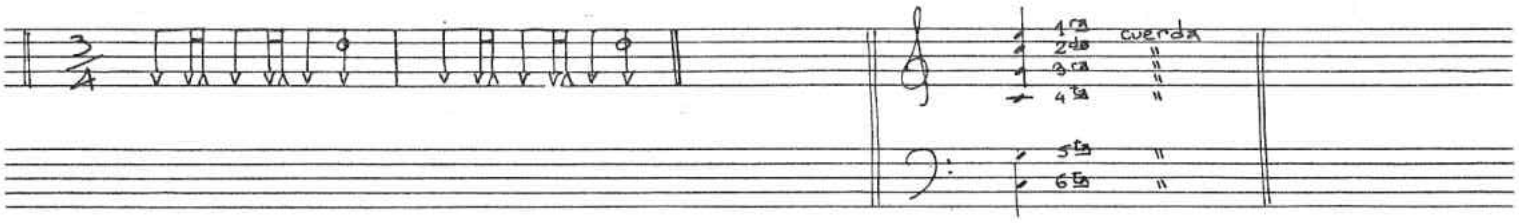
Viva don Arturito Vega
florcita de Primavera
disculpe el atrevimiento
que vengo a cantarle a l' era.

TRILLA. ROSA HERNANDEZ



RASGEO

AFINACION: POR LA ORILLA

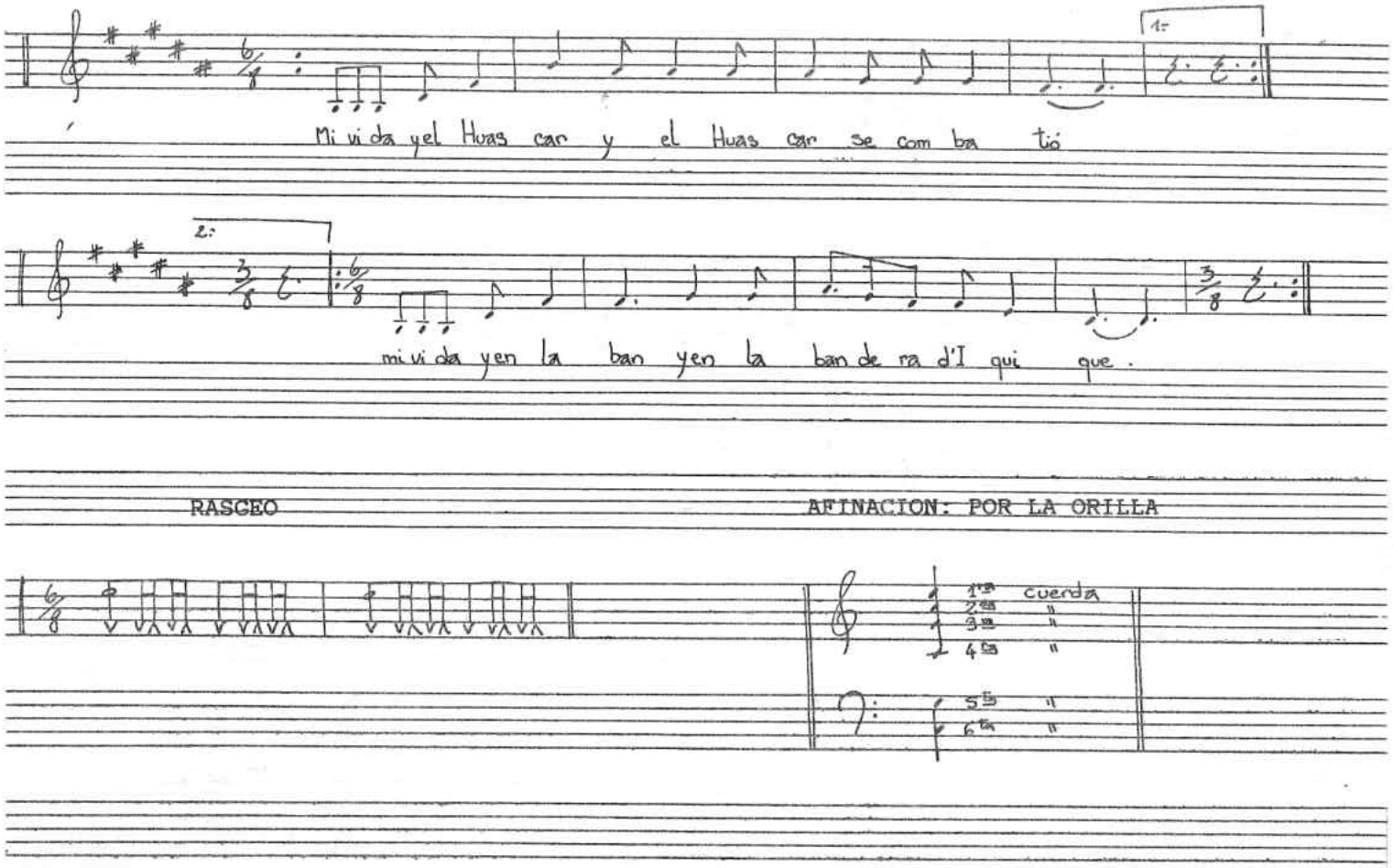


EL HUASCAR (CUECA)

Rosa Hernández

Mi vida y el Huascar se combatió
Mi vida y en la bandera de Iquique
Mi vida y a los fuertes cañonazos
Mi vida, la esmeralda se fue a pique
Mi vida y el Huascar se combatió
A los fuertes cañones
La vida digo por uno
Caen los peruanos
Caramba, chilenos ni uno
Caramba, chilenos ni uno
Digo por dos
Caen los peruanos
Caramba chilenos no
Anda digo por dos
Caramba chilenos no

CUECA. ROSA HERNANDEZ



YA ME VOY PRENDA QUERIDA (TONADA)

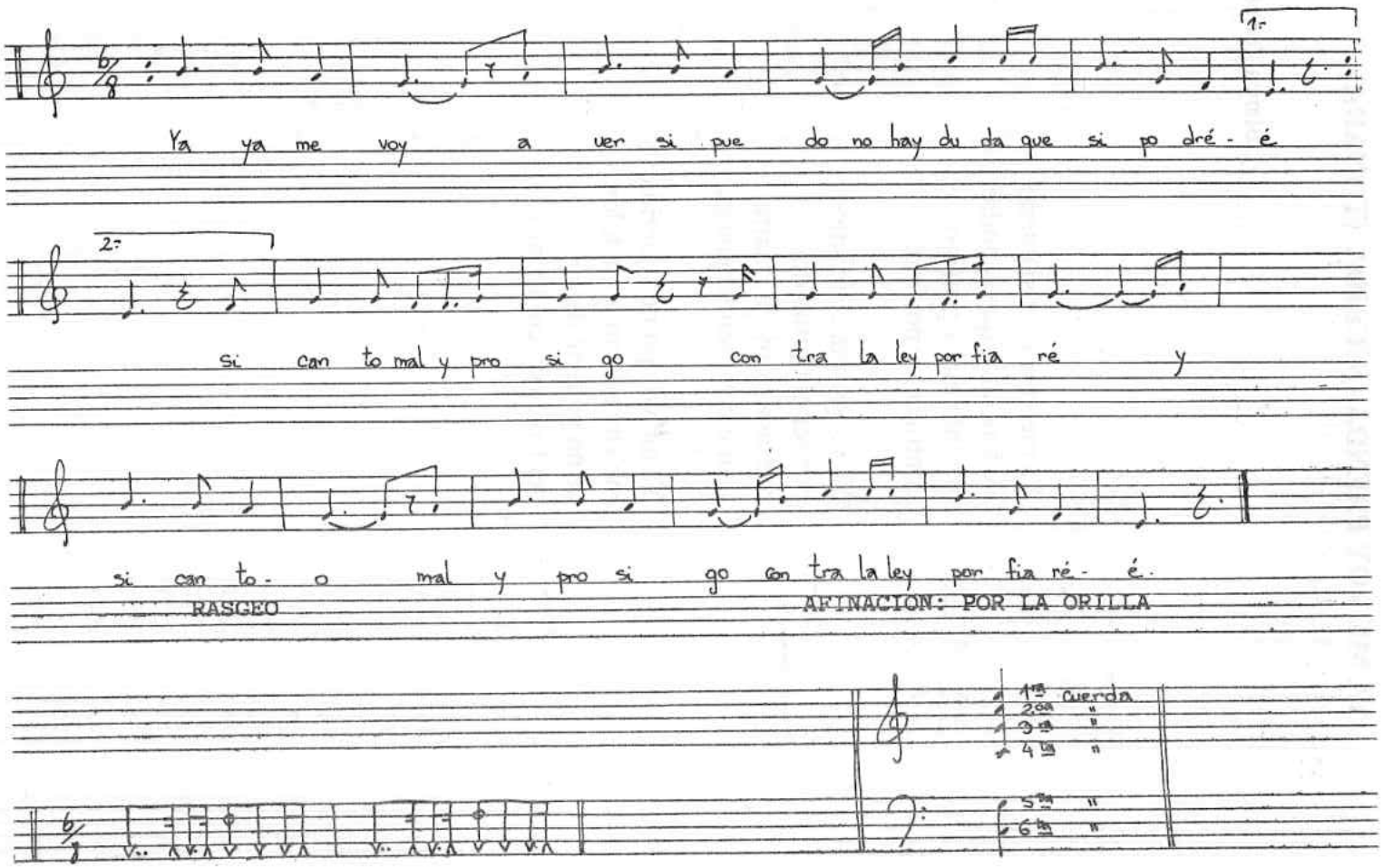
Blanca Torres

Ya me voy a ver si puedo
no hay duda que si podré
si canto mal y prosigo
contra la ley porfiaré

Ya vengo a decirte adiós
por ser el último día
cansada estoy de amarte
ya me voy prenda querida

Ya me voy prenda querida
me voy con un gran dolor
de no poderte llevar
dentro de mi corazón.

TONADA. BLANCA TORRES



GUADALUPE (CORRIDO)

Fresia Osores

Lunes en la tarde la sepultamos
en el cementerio metropolitano
cantando por fuera, llorando por dentro adiós
Guadalupe, te dice tu pueblo

Había de todo ese día bendito
mariachis, violines, con sus guitarrones
ya se va la reina de Chile aplaudida
al pueblo le quedan sólo sus canciones

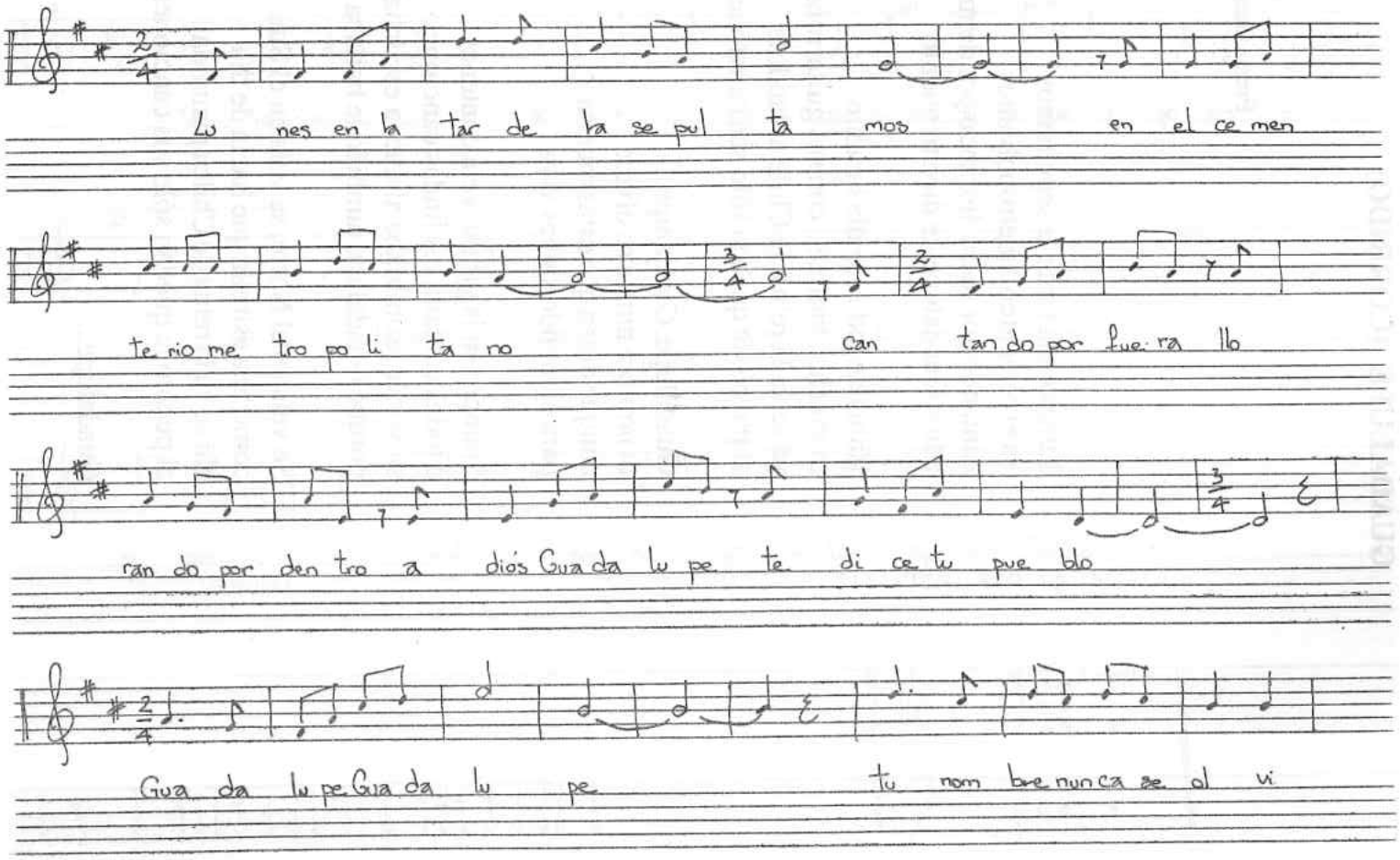
Guadalupe, Guadalupe
tu nombre nunca se olvida
aunque digan que estás muerta
para el mundo sigues viva

Siempre en la gira se veía contenta
a todos cantaba sus lindas canciones
su voz le asombraba al que la escuchaba porque
Guadalupe también le bailaba

Se veía en el Norte, se veía en el Sur
como una estrella que hacia de día
ahí se va la reina de Chile aplaudida
al pueblo le quedan sólo sus canciones

Guadalupe…

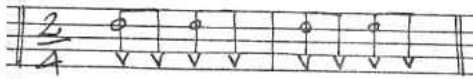
CORRIDO. FRESIA OSORES



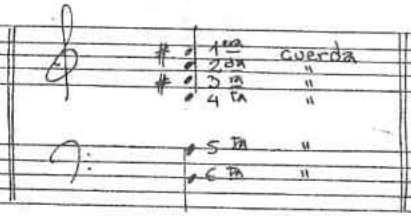
da aun que di ganquiestas muer ta pa ra el mun do si

ques vi va.

RASGEO



AFINACION: TERCERA ALTA



POR SECRETO LO AME (TONADA)

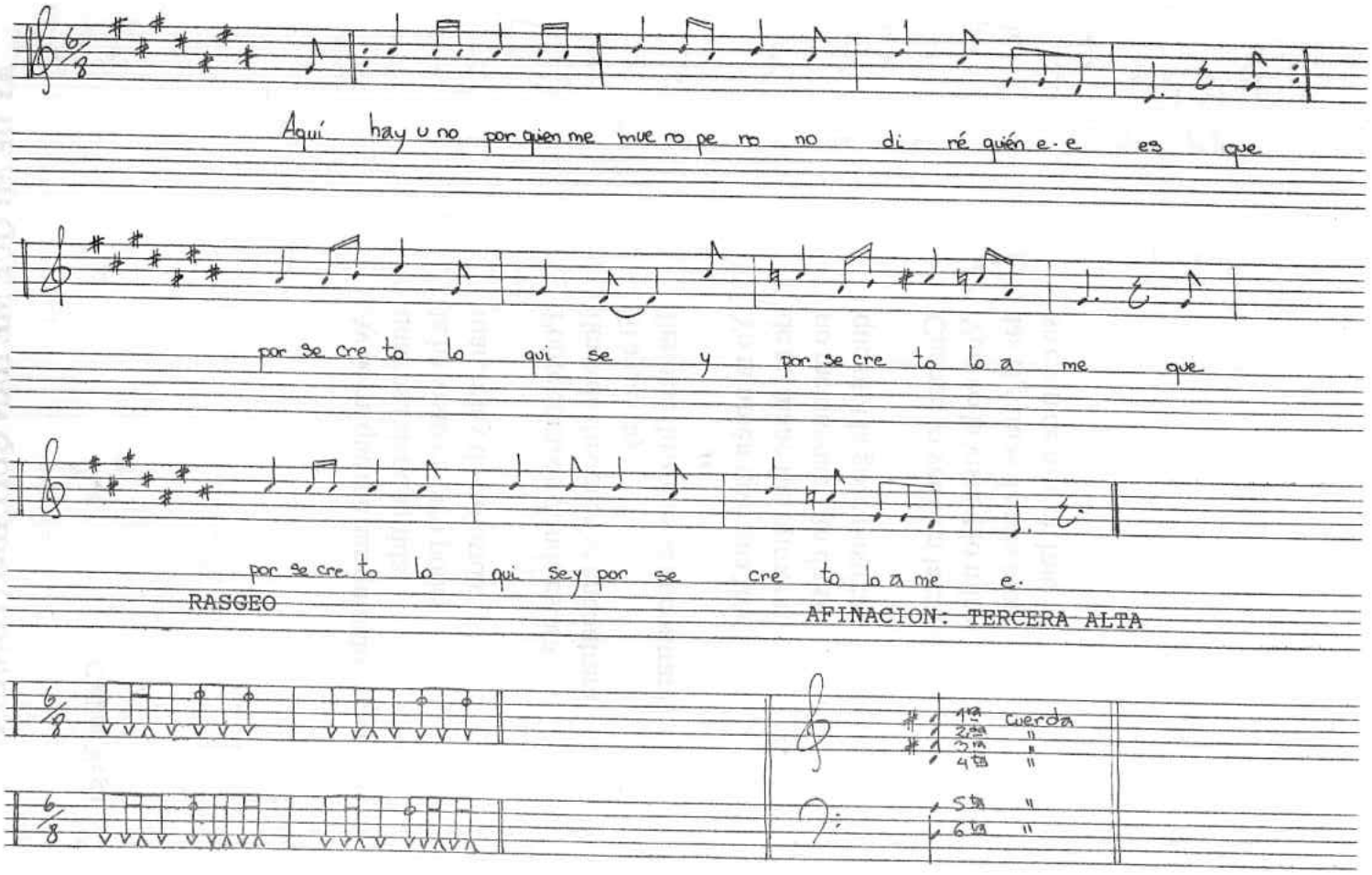
Carlina Vega

Aquí hay uno por quien me muero
pero no diré quién es
que por secreto lo quise
y por secreto lo amé

Anda pajarilla anda
y anda volverte ligero
porque te quiero decir
que aquí hay uno por quien muero

Mis ojos tienen la culpa
que con ellos te miré
ellos fueron sabidores
que por secreto lo amé.

TONADA. CARLINA VEGA



AY DE MI QUE ME HAN QUITADO (TONADA)

Carlina Vega

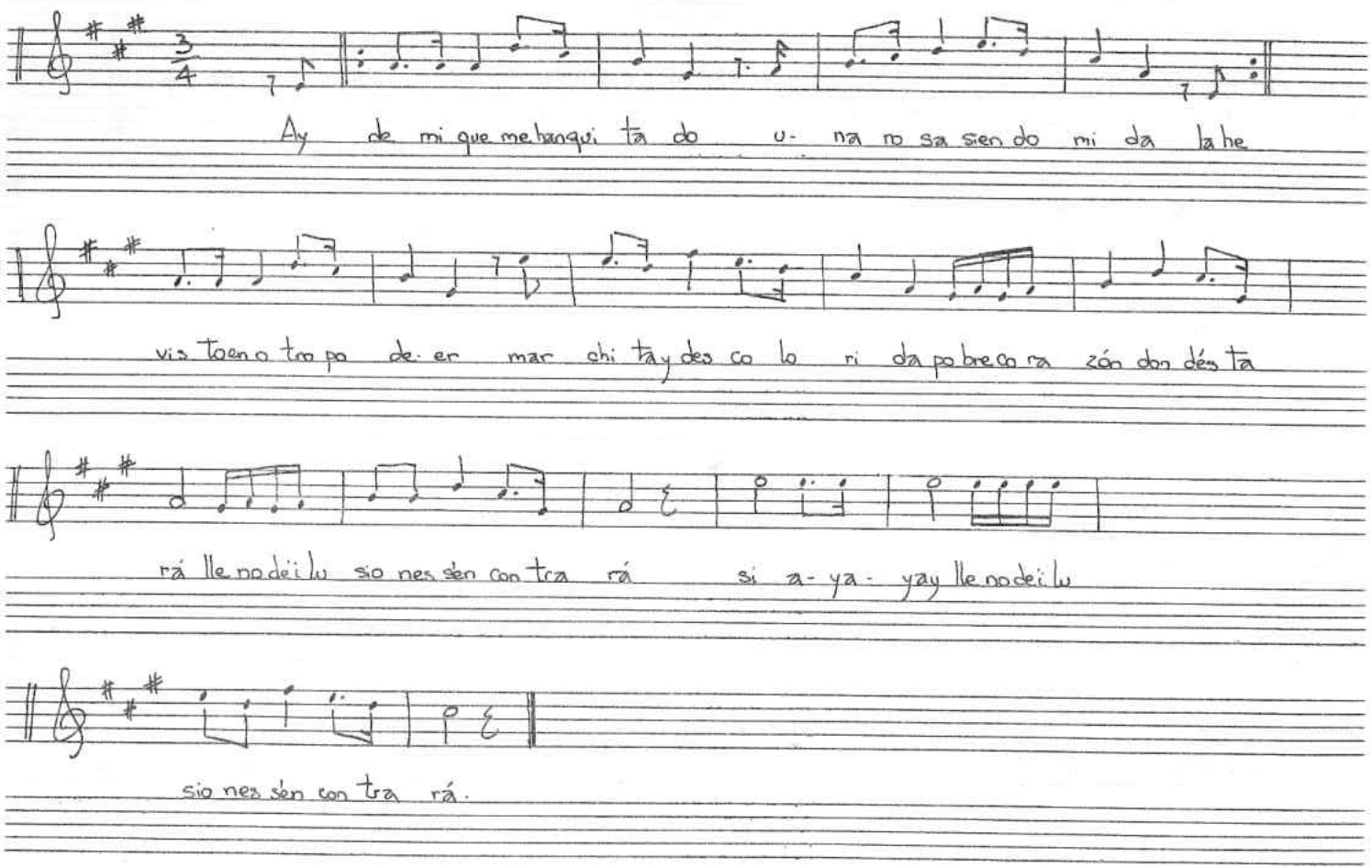
Ay de mí que me han quitado
una rosa siendo mida
la he visto en otro poder
marchita y descolorida

Pobre corazón donde estará
lleno de ilusiones se encontrará
Sí ay, ay, ay
lleno de ilusiones se encontrará

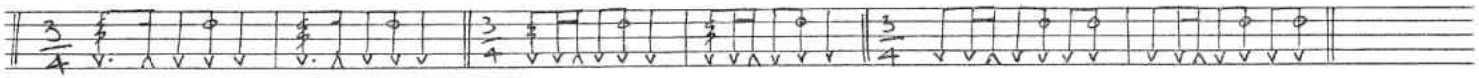
Yo también tuve una flor
de mi mano fue primera
no me queda ni un dolor
que otra la goce postrera

Cuando lo vedo en la calle
Vuelvo la vista y lo miro
las lágrimas de mis ojos
se caen de hilo en hilo.

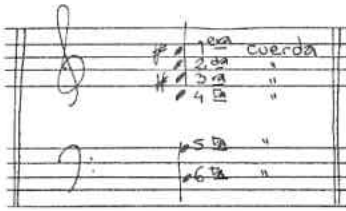
TONADA. CARLINA VEGA



RASGEO



AFINACION: TERCERA ALTA

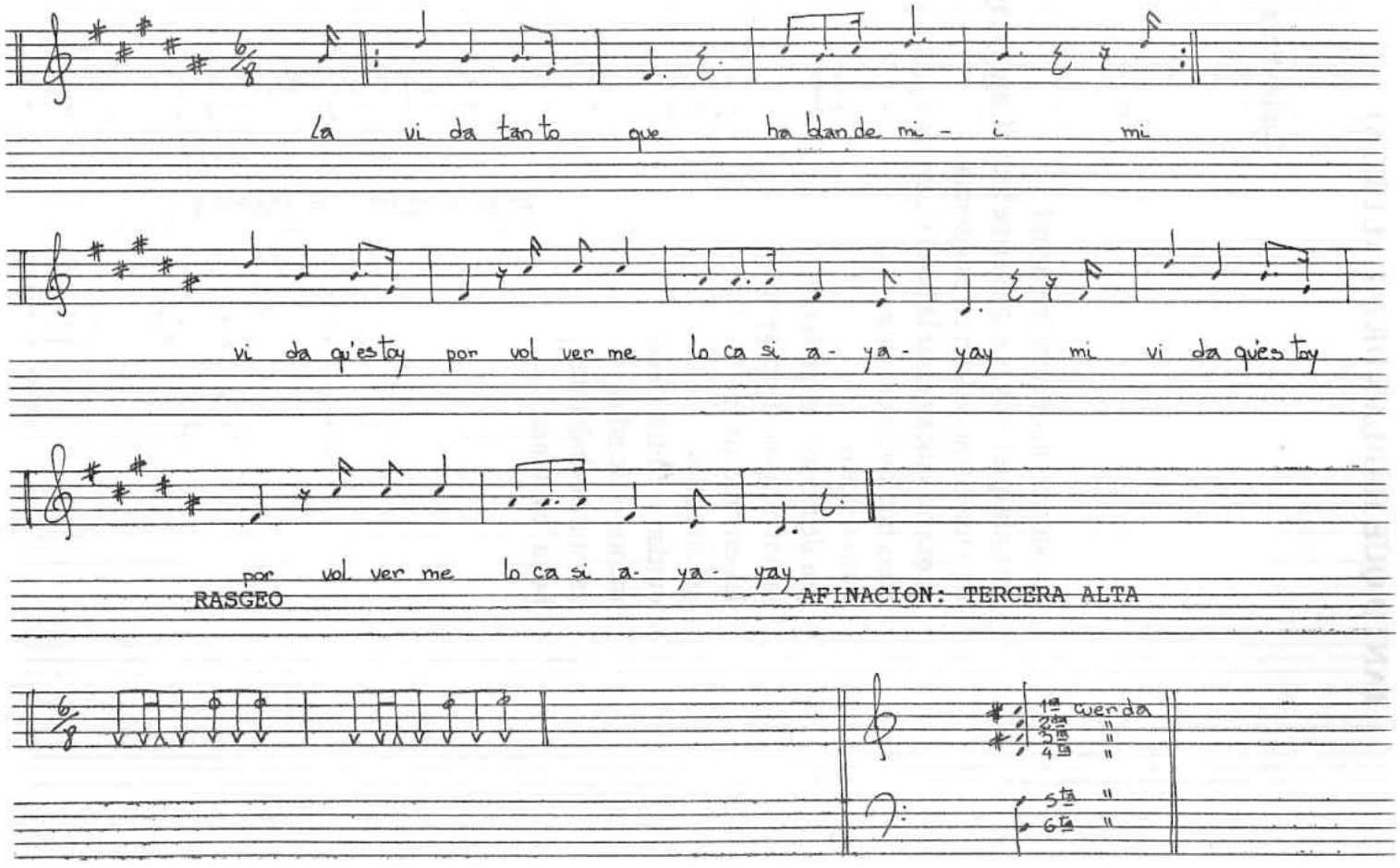


TANTO QUE HABLAN DE MI (CUECA)

Carlina Vega

La vida tanto que hablan de mí
mi vida que estoy por volverme loca sí, ay, ay ,ay
mi vida cuando están en esa gracia
ahora no saben cerrar la boca sí, ay, ay, ay
unas hablan de envidia
otras celosas
por detrás me despedazan
las envidiosas sí, ay, ay, ay
las envidiosas sí
así son ellas
cuidan créditos ajenos
menos el de ellas
así son las hablonas
boca ‘e ratonas.

CUECA. CARLINA VEGA



DESPIERTA SI ESTAS DORMIDA (ESQUINAZO)

Ester Lepe

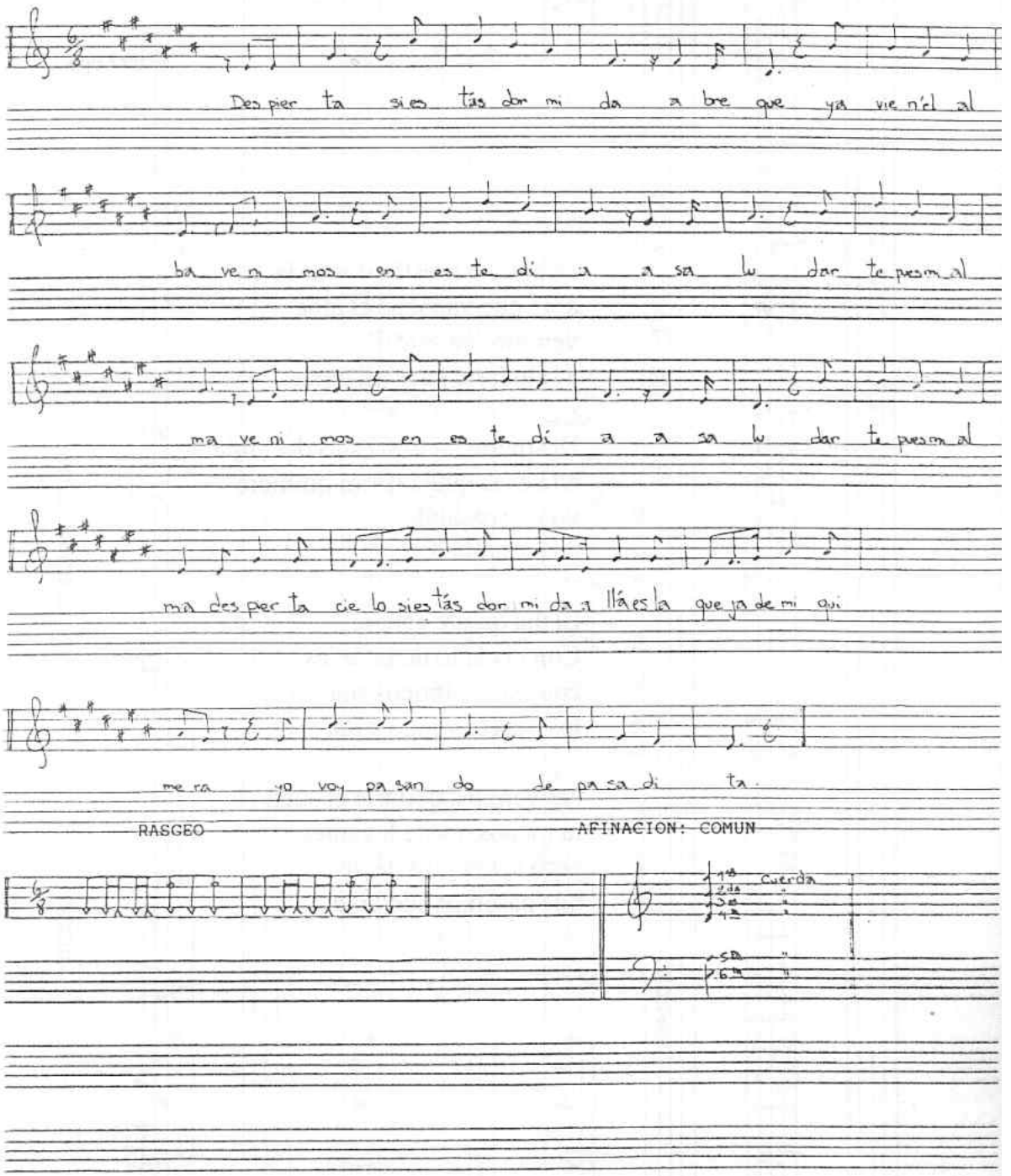
Despierta si estás dormida
abre que ya viene el alba
venimos en este día
a saludarte pues mi alma

Despierta cielo si estás dormida
allá es la queja de mi quimera
yo voy pasando
de pasadita

El día quiere aclarar
Con el canto de las aves
con estos cánticos suaves
los días te vengo a dar

No vengo a quitarte el sueño
ni menos que te levantes
pero te vengo a decir
que pasemos adelante .

ESQUINAZO. ESTER LEPE



HIMNO A CURANIPE (CORRIDO)

Ester Lepe

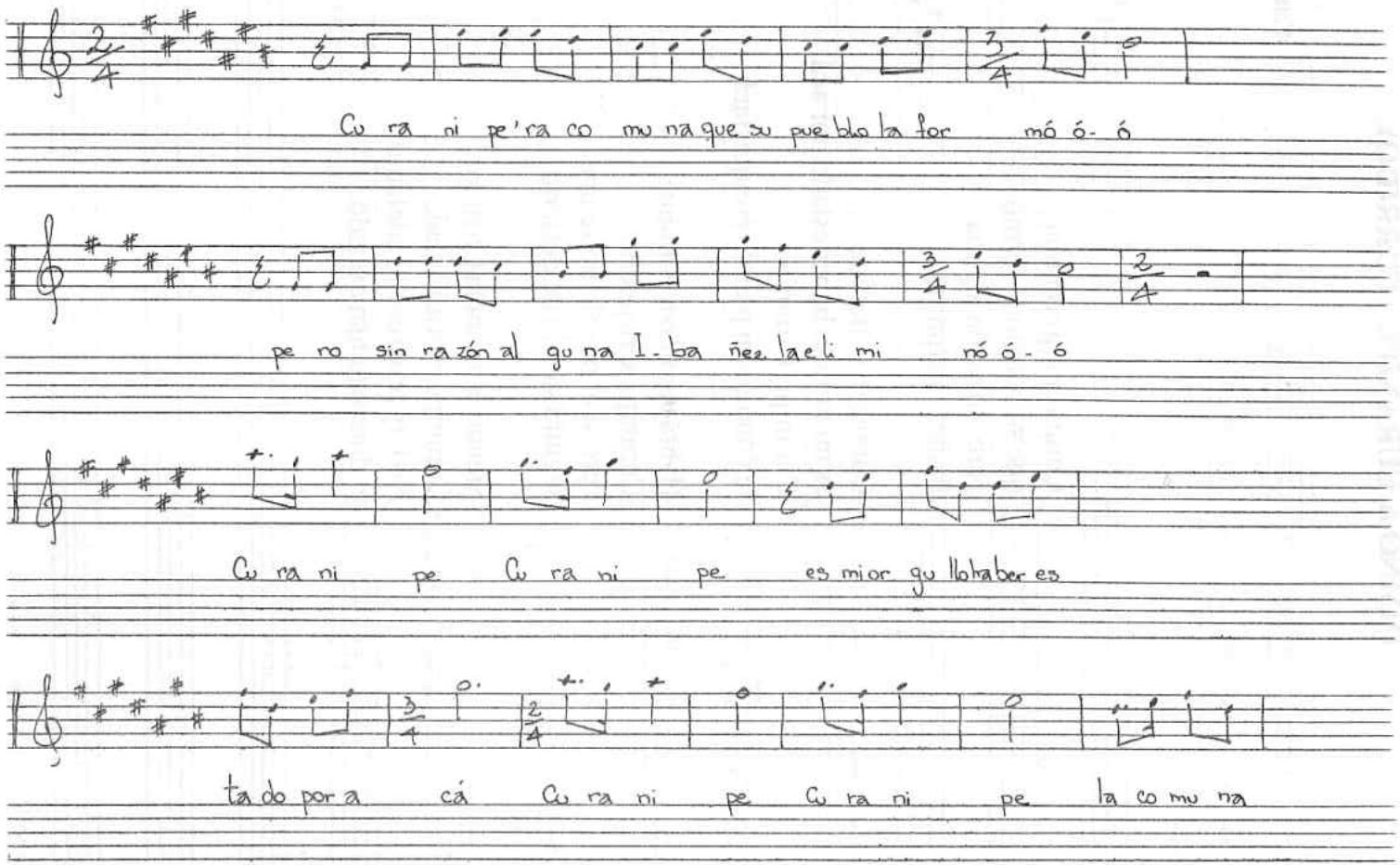
Curanipe era comuna
que su pueblo la formó
pero sin razón alguna
Ibañez la eliminó

Curanipe, Curanipe
es mi orgullo haber estado por acá Curanipe,
Curanipe
la comuna su pueblo conquistará

Habrá camino a Pelluhue
Curanipe será puerto
pero si el pueblo no se une
seguirá siendo un desierto

Siendo la comuna Chanco
Curanipe está arruinado
No hay progreso ni adelanto
el dinero lo han quitado.

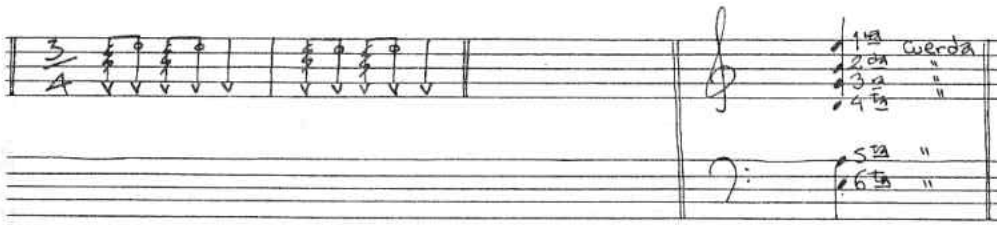
CORRIDO. ESTER LEPE



su pue blo con quis ta rá.

RASGEO

AFINACION: COMUN



LOS NOVIOS VIENEN LLEGANDO (PARABIEN)

Estela Castillo

Los novios vienen llegando
ya vienen en gracia de Dios
recibieron los sacramentos
que el sacerdote les dio

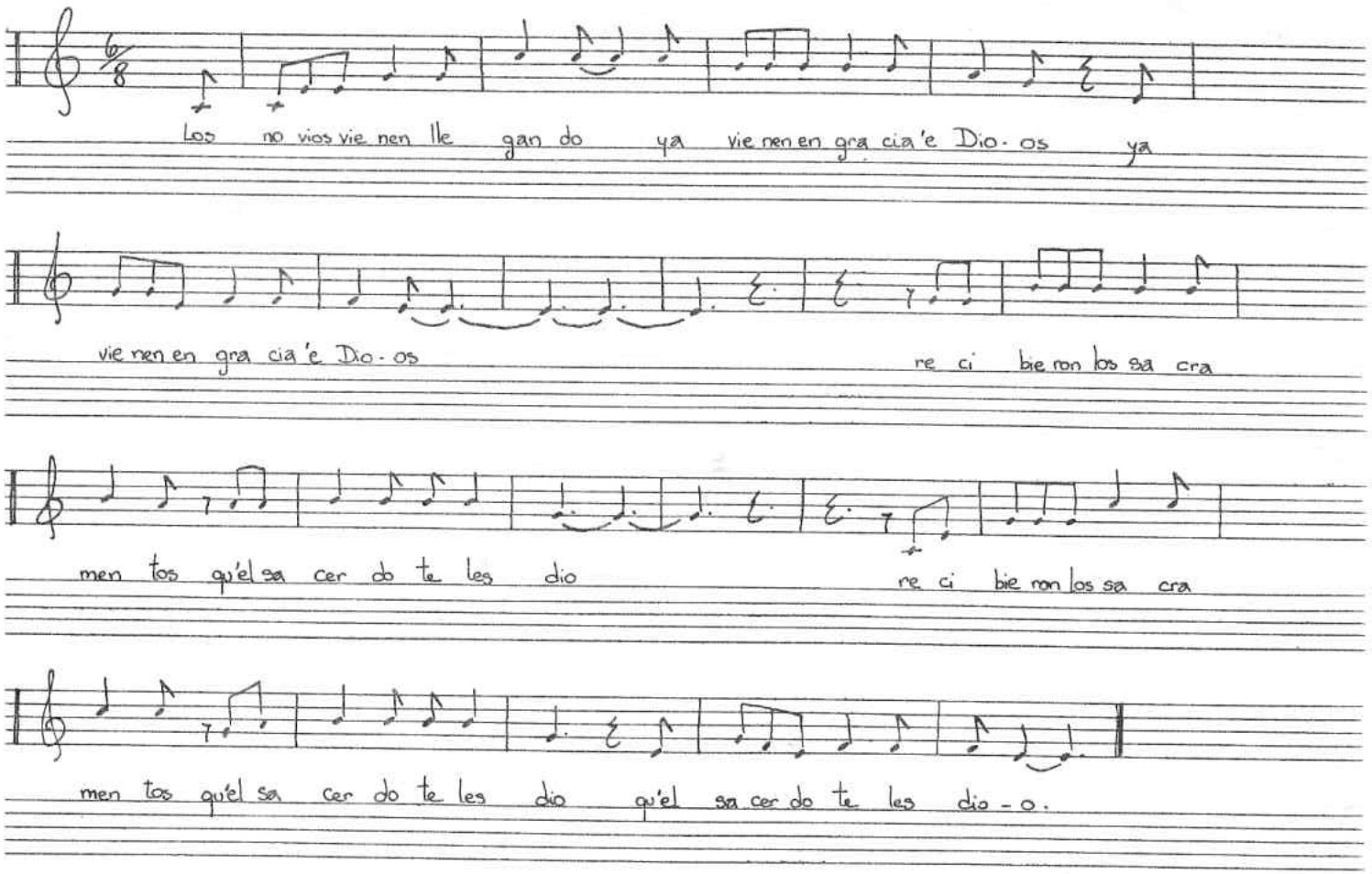
Con la gracia del Señor
la del sacerdote le dieron
la bendición de sus padres
cuando 'e su casa salieron

De su casa salieron
les quedaron esperando
rodeados de sus amigos
y lo andaban acompañando'

Dentro de un templo sagrado
recibieron los ceremonios
adonde fue bendecido
este feliz matrimonio

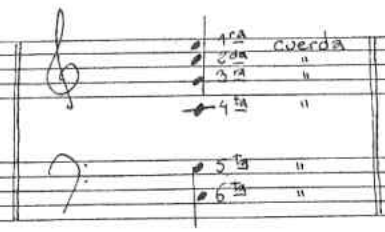
Vivan novios y padrinos
con espíritu sagrado
vivan parientes y amigos
vivan suegros y cuñados.

PARABIEN. ESTELA CASTILLO



RASGEO

AFINACION: POR LA ORILLA

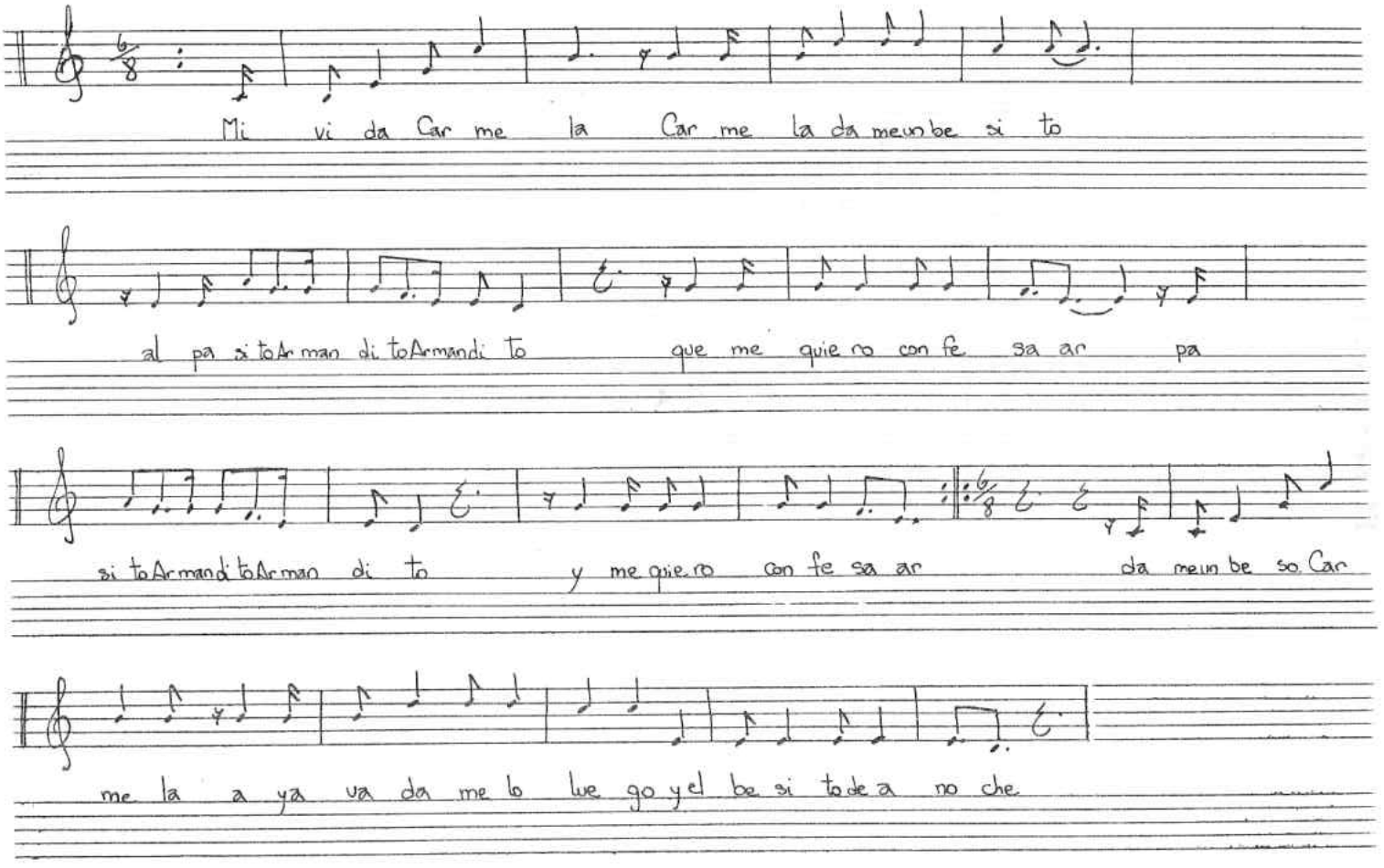


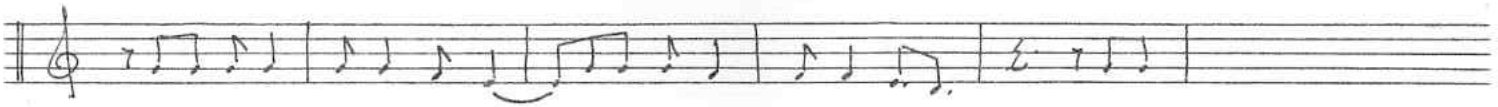
EL BESO (CUECA)

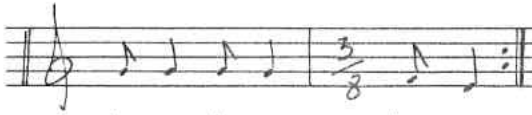
Estela Castillo

Mi vida Carmela dame un besito
caramba que me quiero confesar
la vida y un besito no es pecado
caramba dándolo con voluntad
la vida Carmela dame un besito
dame un besito Carmela
ay, ay, ay dámelo luego
un besito con lengua
caramba revoloteado
anda me saca pica
un besito es cosa rica.

CUECA. ESTELA CASTILLO

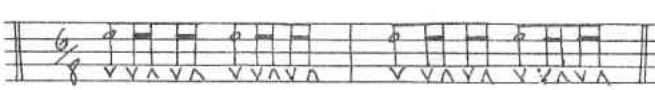


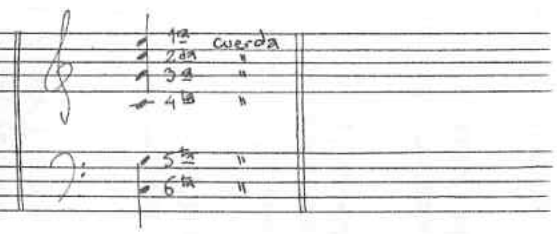




RASGEO

AFINACION: POR LA ORILLA





Índice

Prólogo/7

Introducción/12

Antecedentes sobre el Canto Tradicional en Chile/12

Identidad y Cultura Campesina/15

Las Historias de vida y su Recolección/17

«Mi guitarra es mi compañía, con ella me di vierto y canto» Rosa Hernández Vega/19

«Antiguamente cantaba toda la gente... La vida de ahora no es como la de antes»
Blanca Torres Muñoz/35

«Mi vida ha sido siempre así no más, entre canturreo y vivir»
Fresia Osores Leal/45

«Para ser cantora hay que dejar de lado la vergüenza»
María Alejandrina Torres Vega/57

«Las cantoras son como los pajaritos. Están las diucas,
los zorzales, los gorriones y a cada uno Dios le dio su canto»
Carlina Vega Cuevas/67

«Todo se acaba en la vida... Hasta en los campos las flores, pero los recuerdos quedan»
Ester Lepe Vega /81

«Yo era tan alegre que mi cara era puro canto»
Estela Castillo Gutiérrez/91

Anexos. Transcripciones musicales y letra/113

Agradecimientos

Queremos agradecer a quienes colaboraron con entusiasmo en la realización de este libro. Agradecemos especialmente a: Graciela Alvear Bustos, por su apoyo y confianza en este proyecto; a Graciela Alvear Muñoz, por su sentido de crítica que fue de gran ayuda; a Magglio Chiuminatto, por su lectura y comentarios; a María Inés Chavarría, que con cariño hizo posible un espacio de trabajo indispensable; a Carmen García Salamanca, por la alegría que fue capaz de transmitimos en momentos difíciles; a Angélica Olmos Cortés, por su afecto y buena voluntad; y a don Remicio Vega y familia, por habernos acogido y orientado en nuestra búsqueda.

Para todos los presentes
que me perdonen les pido
la letra y la mala voz
los defectos que han habido.

Citado del Folclor Chileno

www.patriciachavarria.cl
vituelas@gmail.com

(...)Sus palabras tienen el don de poner en órbita un modo de entrañar el tiempo. Un tiempo no ajeno ni hostil, violentador, violador del ritmo humano, sino uno disponible, servicial para que la experiencia humana ocurra tomándose todo el tiempo que necesita para ser en plenitud. Tiempo como ya no va quedando, porque se ha impuesto el tiempo chatarra de los relojes que hacen chatarra la vida de los que caen bajo su imperio. Este tiempo chatarra induce a sustituir el ser por el tener y con el tener, consumir la vida consumiendo. Esta triste versión del desarrollo no está en las palabras de la vida de las cantoras de Curanipe (...)

(...)La cantora es una figura emblemática, es la oficiante del rito sagrado del encuentro. Ella no sólo aporta a la historia local, regional, nacional. Sus canciones engastadas en los acontecimientos claves de la vida -bautizos, casamientos, velorios, trillas, novenas, santos- son algo más que documentos; son monumentos, esto es, encarnaciones vivas de la historia. La cantora y su quehacer es un monumento por el que respira la vida, la memoria y sentido vital de una cultura (...)

Fidel Sepúlveda Llanos